



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sr. Avellaneda, Sr. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borro, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sr. Coronado, Sr. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echegaray (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Euzora, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Ferrn Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Gralls, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Maria, Güell y Rená, Güelvenzu, Guerrero, Inceña, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgás, Ortiz de Pinedo, Oldaza, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poesy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Riera, Ricero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Veja (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Junio de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—El Banco Hipotecario, por D. José María Alonso de Beraza.—Gladstone, por D. Eusebio Asquerino.—La República dominicana, por D. Temistocles A. Ravelo.—Estudios sobre biología social: El municipio, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Puntos de vista, por D. José Selgas.—La cueva de Hércules (tradición toledana), por D. Eugenio de Olavarría y Haritz.—Los Duques en las cortes de Rusia y Escandinavia, por D. Nemesio Fernández Cuesta.—Discurso leído ante la Academia Española, por D. Emilio Castelar.—Holores, novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Crónica, por D. Miguel Moya.—La catarata y el ruisecillo, por D. Manuel Reina.—A Lúcar, (romance), por D. Eusebio Blasco.—Caballero y trovador, por D. Valentin Gomez.—Hodas secundas, por D. E. Segovia Rocasberly.—En un álbum, por D. José E. Triay.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Anunciábnos los periódicos de la reaccion terribles sucesos en París con motivo de un triste aniversario; del aniversario que conmemora la entrada de las tropas regulares en la ciudad insurrecta y la inmolacion y el sacrificio de los comuñeros revolucionarios. Los muchos rojos impenitentes que la amnistía echó sobre los barrios extremos de la capital; la agitacion traída por los decretos de naturaleza eclesiástica, que han avivado tantas esperanzas demagógicas; el audaz lenguaje de los periódicos exaltados, que venían esta semana ébrios de cólera contra el presidente y contra el Gobierno; los desórdenes en varias ciudades, provocados por las huelgas y los huelguistas: todo este conjunto de circunstancias nefastas engendraban aprensiones múltiples en los ánimos más serenos y hacían temer sucesos desagradables originados por las clases populares, tan numerosas y tan temibles en esos inmensos centros de poblacion que, como el Oceano, suelen moverse y encrespase en extrañas y súbitas tormentas.

Pero nada sucedió afortunadamente. Hay que creerlo y que decirlo. En nuestro suelo europeo la mitad de los motines de abajo dimanan de comodidades y complicidades de arriba. En cuanto se muestra deseo de obligar al respeto de las leyes por los medios coercitivos que todo Estado posee, la amenaza del tumulto se disipa como una ligera pesadilla y el orden público se mantiene por su propia fuerza y su propia virtud como el orden y la regularidad del universo. No hay Gobierno tan fuerte en Francia como el Gobierno republicano; porque no hay Gobierno que, como el republicano, pueda contar con el concurso de la nacion entera, por virtud de cuyos poderes, legítimamente dados y recibidos, dirige la sociedad y la encamina al cumplimiento de sus fines racionales y humanos. Las sublevaciones, que mientras haya el reconocimiento explícito del derecho, serán crímenes de lesa nacion, resultan hoy ante este gobierno libe-

ral, ante esta Cámara dimanada del popular sufragio, ante esta república reciente una demencia, tan extraña como la demencia del suicida. Por tal causa, la opinion comenzó á volverse contra los manifestantes deseosos de ofender al Gobierno legítimo de Francia, y los mismos que los habian acolorado con excitaciones insanas, han tenido que contenerlos y refrenarlos con moderadas y sabias advertencias. Así la manifestacion ha quedado reducida en realidad á una escasa asamblea de gentes, unas seiscientas personas, que han circunvalado la columna de Julio en cuya cumbre resplandece el ángel de la libertad, y que han ido al cercano cementerio, en cuya fosa duermen las tristes victimas de las discordias francesas. El gobierno republicano, que mostraba ciertas aprensiones, ha salido ileso de esta nueva prueba; y el pesimismo reaccionario, que se las prometia felices de la intemperancia é inexperiencia popular, ha quedado completamente burlado en sus nefastos pronósticos.

Triste costumbre conmemorar las discordias civiles, tristísima. Pero si estas discordias se han alimentado en utopias como la descabellada utopia comunista; han producido sublevaciones como la sublevacion patricia de la comunidad revolucionaria; y han acabado por catástrofes como el incendio de París y los fusilamientos horribles, ¡ah! debían relegarse á justo olvido, ó recordarlás tan sólo para maldecirlas, y enseñar á los pueblos cómo se extravían y se deshonoran cuando apartan los ojos del sol de la justicia y abandonan la senda de la legalidad y del derecho. La buena noticia de que en París se conserva firme el orden público, hállase contrastada por la triste noticia de que en Lyon sólo ha habido en unas elecciones parciales candidatos intransigentes, obteniendo el mayor número de votos el ciudadano Blanqui, el cual reúne á la nota de intransigencia la nota de ilegalidad. Francamente, si las ciudades se perturban de esa suerte; si exageran las ideas democráticas y republicanas, confundiendo con las ideas comunistas; si adoran aún á los viejos revolucionarios que destruyeron la República de Febrero y trajeron la comunidad demagógica; si desprecian las leyes hasta dar sus votos á candidatos ilegales, demostrarán que no merecen una libertad de la cual abusan con tanto escándalo, ni una República que desacreditan y adulteran con tan demente política, y necesitarán el correctivo de un gran rigor en el Gobierno y de una gran resistencia en el Parlamento, para evitar que, por culpa de algunos demócratas exaltados, pierda la democracia francesa los adeantos y los progresos prometidos por las instituciones republicanas, que se han alcanzado, á despecho de los ro-

jos, con tan hercúleos trabajos, y se han mantenido despues de los horrores de la última guerra civil en las calles de París, con tantos y tan sublimes sacrificios. Y la tristeza del caso crece sin medida cuando se estudian y conocen los documentos escritos por la intransigencia con premeditacion para mover á tales elecciones.

Todos los periódicos avanzados han traído una carta de Rochefort, en la cual maltrata el cáustico escritor á la República como jamás en sus más encendidas Linternas maltratará en otro tiempo al Imperio. Allí vereis describir de los severos republicanos como si fueran otros tantos Sardanápalos, injuriado Dufaure con el epíteto de viejo sanguinario y Simon con el epíteto de antiguo jesuita; puesto el mismo Gambetta en la picota de una sátrapa sobrecargada y llamado sátrapa del Palacio Borbon, harto y satisfecho, que destila sobre la frente de Francia, oprimida y explotada, las gotas de su grasa. Y á vuelta de todas estas atrocidades se declaran salvadores de Francia, modelos republicanos, ideales del calendario democrático á cuantos en París sitiado combatieron al Gobierno más que al sitiador; y sobre Francia, rota y tendida en el suelo, bajo las herraduras de los hulanos, celebraron la sangrienta orgia de la comunidad revolucionaria. Ya sabemos, que en la experiencia de la democracia contemporánea y en la solidez de la República presente, no cabe, no, el terror que el año cuarenta y ocho nos llevó por elecciones tan desdichadas como la eleccion de Sné y por frases tan temerarias como las frases prouhonianas á una reaccion tan desastrosa como la reaccion imperial. El mundo ha caminado mucho para que pueda volver la vista atrás, aterrado por semejantes locuras. Pero se necesita que el Gobierno y la Cámara afirmen una vez más su resolucion de separar la República tanto de las tinieblas reaccionarias como de los incendios demagógicos.

Declaro, sin ambages, que me inspira la mayor confianza el presidente del Consejo de ministros, Mr. de Frecynet, cuya clara inteligencia verá bien pronto la extrema necesidad de una política, como la que yo aconsejo, para salvar la democracia y la República de tantos peligros como los cercan y de tantos enemigos, interiores y exterior, sobrado demócratas, ó sobrado conservadores, como la combaten y la asedian. Los que siempre fueron republicanos, tienen excusa ciertamente, si en los ardores de su pasion y en las predicaciones de su propaganda, exajeran alguna vez la República. Pero los que la han aceptado por necesidad, y no la han querido nunca con los ardores del dogmatismo, demuestran si tienen

complacencias con las exageraciones republicanas, que todo cuanto en nosotros puede aparecer como convicción, aparece en ellos como vergonzosa debilidad. ¡Lástima grande! Las dichas leyes religiosas, tan contrarias á los verdaderos principios modernos, y tan ineficaces en resultados políticos, se levantan como un valladar insuperable ahora mismo entre la moderación y el Gobierno. El Senado arde en discordias por razón de las elecciones á la presidencia, y los discordes llevan cada cual respectivamente en sus manos enseñas republicanas. Simon, Say, Pelletan, todos del mismo partido, combaten tristemente, malgastando fuerzas que debían reservarse contra la reacción y contra la demagogia. Y la causa de estos disonamientos provienen de las leyes religiosas, que en apariencia son leyes de defensa de la República; y en realidad, por contradecir sus principios fundamentales, ¡ay! expedientes que la debilitan y la postran. No hubiera hoy dos partidos republicanos en frente, con daño para todos, si no se redactara ayer ese malhadado artículo séptimo, que á todos nos ha herido por igual; y tras el artículo séptimo no se hubieran resucitado las leyes cesaristas y borbónicas. Urge volver pronto sobre esas leyes reaccionarias y confiar más en los resortes de la libertad.

Cuando Bismark, con mayor fundamento y motivo que los republicanos franceses, en presencia de aquel Syllabus, cuyos cánones reducían la Iglesia tristemente á una sola persona, bajo la pena general que difundían declaraciones tales como la declaración audáz de la infalibilidad, en el instante de llegar el absolutismo pontificio, fundado por el Concilio tridentino, á las exageraciones de que dió muestra el Concilio vaticano; cuando Bismark, decía, dió leyes perseguidoras, en estas mismas revistas anunció yo entonces que le resultarían ineficaces y se le quebrarían entre las manos por esgrimir y asestarlas contra aquella facultad invencible que se eleva sobre todas las persecuciones y que se denomina la humana conciencia. Pues ya se le han quebrado entre las manos y ya ha tenido que presentar un proyecto de ley pidiendo autorización, si no para destruirlas, para modificarlas, y modificarlas profundamente. Los ánimos se han exacerbado en Alemania con la modificación de las leyes, como se exacerbaron hace años con su presentación. Entonces los católicos vieron extremas persecuciones, y ahora ven los libre-pensadores debilidades extremas. No se pueden dar esas leyes sin grave riesgo para todos, y no se pueden esgrimir en el estado presente del mundo sin que aparezca en seguida su inutilidad y su ineficacia. Nada de persecuciones religiosas en nombre de ninguna Iglesia, ni de ningún Estado contra ninguna creencia; colguemos su triste recuerdo, como un arma embotada, en el panteón de la historia, y digamos que ni contra los enemigos de la libertad y del derecho pueden suprimirse el derecho y la libertad.

¡Cuánto más hermoso en sí, cuánto más grato para el corazón y más consolador á todos nuestros dolores, el espectáculo que ofrece el pueblo inglés en este siglo de la libertad, apercibiéndose á dar mayores garantías así en su derecho personal como en su derecho religioso, al pueblo irlandés, vejado y oprimido por la aristocracia protestante, á título de católico! La gloria mayor de Gladstone consiste en haber arrancado ¡el anglicano! la Iglesia anglicana del suelo de Irlanda, prestando ese homenaje debido á la libertad del pensamiento y de la conciencia. Por eso, con solo subir ahora al poder, ha vertido torrentes de consuelo en aquellas almas atribuladas que necesitan de todas las libertades y especialmente de la libertad religiosa, ya para siempre establecida y arraigada. Pero hace apenas medio siglo que un rey inglés, Jorge IV, lloraba y resistía y amenazaba con irse á su tierra de origen, Alemania, si le obligaban de alguna manera sus ministros á firmar la emancipación de los católicos. Y tuvo que firmarla porque se le impuso la voluntad de Inglaterra. Inmensa la gloria de O'Connell. El gran orador reunía todos los tonos de la pasión, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los labios de un campesino ebrio, hasta la poesía sublime y la oración étherea, como pudieran salir de los labios de un ángel en éxtasis. Y sin más escudo que su fé, sin más arma que su palabra, en la cual se oían los ecos de las olas y de las selvas pátrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepulcros, lanzaban las generaciones pasadas, todos los ecos del alma de un pueblo suspendido de unos labios como el rocío de los pétalos de una flor; aquel hombre, poniendo sobre el viejo bastión de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia Católica, y dejó en las torres de esta Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro, la libertad de la palabra, la libertad de asociación y la libertad de conciencia. Pues si es grande la gloria de O'Connell, católico, trabajando por la emancipación de la Iglesia de su raza oprimida, es mayor aun la gloria de Gladstone, trabajando, anglicano, contra la Iglesia de su raza opresora.

Así las dificultades más graves y más relacionadas con la religión, aplácense y ceden fácilmente allí, porque sobre las tumultuosas pasiones cor-

re como un aura sosegada el soplo de la libertad. Presentábase un problema últimamente, que en cualquier otro Estado inexperto en las prácticas del derecho, produjera gravísimos conflictos, y que, en Inglaterra, se ha arreglado por una de esas transacciones facilísimas donde reina larga y luminosa educación política, fruto de la experiencia en los comicios, en los Municipios, en los Parlamentos adquirida, merced á la frecuentación larga y tenaz de los asuntos públicos. Entre los tipos más originales de Inglaterra, se encuentra el célebre Bradlaugh, especie de cartista perdido en esta sociedad nuestra, aficionadísima á las libertades públicas y curada de las utopías socialistas como no lo estuvo la sociedad de hace treinta años, á la continúa encendida y agitada por mayores y más irritantes injusticias. En aquella nación aristocrática, este reformador pertenece por completo al pueblo; en aquella nación individualista por completo al socialismo; en aquella nación protestante á lo que él llama escuelas ateas é iconoclastas; en aquella nación del lenguaje pulcro y de las convenciones sociales á un malthusianismo de tal género, explicado con tan ruda franqueza, que no me perdonarían si me atreviese, ni por alusiones, á traducirlo, nuestras naciones latinas, apreciadas de tan ligeras, hasta de inmorales, en los altos consejos de los sajones y de los germanos. Pero Bradlaugh profesa esas ideas con la mayor honradez y la mayor sinceridad, devoto al pueblo hasta el fanatismo, y enamorado de sus instrumentos de trabajador como cualquier noble de sus pergaminos heredados y de sus blasones feudales.

En España estuvo hace años y vino á conocerme personalmente, por lo cual trabé con él desde entonces verdadera amistad, no obstante la diferencia de nuestras ideas políticas, porque demócratas ambos, yo he pertenecido siempre á la parte más templada y menos comunista de la democracia europea. Parece que le veo aún, gigantesco, fornido; con la cara, como un cura católico completamente rapada; con el traje negro y sencillo como un kuáquero y un puritano; las manos encañadas, la voz estentórea, los ademanes vulgares, pero la doctrina, muy condenable en su forma y en su fondo, profesada con una extraordinaria sinceridad y difundida con un desinterés extraordinario. Republicano naturalmente, no tiene grande impaciencia por la República que suelen tener los republicanos latinos. La parte más avanzada de la democracia madrileña, le dió un banquete, al cual no asistí yo, porque no se atribuyera mi presencia en aquel acto á comunidad con sus ideas socialistas y ateas. Pero sucedió cosa que merece contarse. Se consagraron varios brindis en español, y contestó á ellos con un discurso en inglés. Mientras hablaba en esta lengua, le aplaudían, aunque no lo entendieran, por el jesto soberbio, por el ademán imponente, por la voz tempestuosa, y sobre todo, por la suposición de que decía ideas por extremo avanzadas. Un profesor español, muy ducho en todas las lenguas, y especialmente en la inglesa, á la letra vertió luego de viva voz lo sustancial de aquel discurso. Si el sentimiento de hospitalidad natural á los españoles hubiérase permitido, silbarán al oírlo en español ¡ah! lo mismo que aplaudían con tanto entusiasmo en inglés. El radicalismo había dicho que no le importaba gran cosa que la República tardara unos cien años en llegar á Inglaterra.

Sin embargo, este hombre, elegido diputado en las últimas elecciones, repugnaba prestar juramento sobre la Biblia, que para él es un libro como otro cualquiera, invocando el nombre de Dios, en quien no cree. Gozábanse ya los conservadores y reaccionarios ingleses en el conflicto que iba el radical á producir con su negativa. Si lo lanzaban del Parlamento, ataque á la libertad de conciencia extraño en partido que la echa de liberal en su pensar; y si lo admitían, escándalo y grande en la Inglaterra deista, protestante, religiosísima y hasta cierto punto supersticiosa. Mr. Bradlaugh estuvo muchos días sin poder sentarse en el Parlamento, porque la comisión parlamentaria, aun compuesta de radicales, no quería alzarle el juramento, ni convenir en lo que él prometía, una simple palabra de fidelidad á las leyes dicha en conciencia y asegurada por el honor. Despues de largo litigio, arreglóse el asunto, y Bradlaugh jurará con el juramento ordinario y tomará asiento en la Cámara de los Comunes como cualquiera de los diputados ingleses.

Lo que más deploro en la crisis presente de la política europea, es la coacción ejercida sobre Roma por los jesuitas para disuadir al Papa de su política de transacciones. Duchos en la intriga, le presentan con arte el resultado de su proceder; Alemania, cada día más aferrada á las leyes confesionales; Bélgica, más en disidencia con la Iglesia; Francia, restableciendo prácticas en desuso contra las corporaciones religiosas, concluyendo por amenazar á sus esfuerzos, hechos en fin de la alianza entre la Iglesia y el Estado, con fin tan triste como el que tuvieron los esfuerzos de Pio IX para la alianza del Catolicismo con la libertad. Concedo que existen motivos para descorazonarse; pero concédaseme á mí también que no existe analogía de ningún género entre la situación doble y dificultosa de Pio IX y la situación sencilla y desembarazada de Leon XIII. Pio IX acariciaba un verdadero imposible, al querer la democratización de una teocracia, y al ponerse á la cabeza de la causa italiana cuando para defenderla necesitaba herir un Estado católico, hijo suyo, pedazo de sus dominios es-

pirituales, encontrándose en él, por sus dobles magistraturas, el Pontífice y el monarca en abierta é irremisible lucha, por todo lo cual tenía necesariamente que sucumbir, y decidirse ó por renunciar á sus ideas políticas ó por renunciar á su corona temporal. Mas Leon XIII no se encuentra en el mismo caso: por fortuna para él, para la democracia, para la Iglesia, el poder temporal ha pasado para no volver; aquella sombra del feudalismo que se extendía sobre la corona celestial de los Pontífices, ha huido á los conjuros de la libertad y el eclipse de su poder religioso por su poder político ha concluido y no volverá, no, á oscurecer como en otro tiempo la conciencia y el espacio; se trata de dogma, de disciplina, de todo lo espiritualista, y en tan luminosas esferas, cuanto más se acerque al espíritu moderno, al derecho moderno, á nuestras ideas y á nuestros sentimientos, más se acercará al Evangelio, y más fácilmente dejará una obra inmortal que orne con su hermosura á la tierra, que brille con su luz en la historia y que merezca las bendiciones de Dios.

No ha de costarle, no, á Leon XIII sacar á la Iglesia de manos de los jesuitas que la han materializado, lo que le costó á Gregorio VII sacarla de manos de las potestades feudales que la habían en su tiempo horriblemente corrompido. Cuando propuso la abolición del clero simoníaco y amancebado que perturbaba á la Iglesia, movióse una revolución tan grande en derredor suyo que parecía perdida para el Pontífice la Península italiana. El celibato forzoso le desarmó de casi todos los clérigos italianos. Pero él, venciendo casi á la naturaleza, reconstituyó y salvó la sociedad de su tiempo.

Pues si Gregorio VII pudo en los siglos bárbaros de la Edad Media dar al ministerio del Pontificado este carácter sobrehumano, Leon XIII podría hoy, sosteniendo la causa de la libertad y armonizándola con los preceptos del Evangelio, espiritualizar la religión y encender en las almas de mayor poder sobre las sociedades modernas un ideal que, cuajándose poco á poco en leyes é instituciones, llegara por fin á dar un nuevo espíritu á nuestro siglo. El protestantismo anglicano tiene disciplina no menos severa que la disciplina católica; el puritanismo escocés, prácticas más escrupulosas que nuestras prácticas eclesiásticas; y no obsta ni uno ni otro carácter para que hayan educado en las instituciones parlamentarias aquí, y en las instituciones republicanas éste, á dos pueblos de tan gloriosa estirpe como el pueblo inglés y el pueblo americano. Si la Iglesia católica llega por fin á separar la vista del progreso, de la libertad, de la democracia, de los ideales, cuyos resplandores iluminan lo porvenir; ¡ah! no puede calcularse la profundidad del abismo á que se arrastra y á que arrastra con ella tristemente á los más ilustres pueblos del globo, á aquellos que más esplendentes reflejos de su alma han dejado en las páginas inmortales de la historia. Nunca más necesaria una alianza del catolicismo con la libertad, y nunca más autorizado un pontífice romano, ni en mejor coyuntura, para intentarla y para cumplirla.

EMILIO CASTELAR.

EL BANCO HIPOTECARIO.

Cuando un Establecimiento de crédito se llama «Banco Hipotecario de España»; cuando, además, tiene el privilegio de emisión de cédulas hipotecarias; cuando, de este modo, hay imposibilidad absoluta de que se creen y funcionen otros Bancos Hipotecarios que puedan hacer competencia al Establecimiento privilegiado, podríase creer que el «Banco Hipotecario de España» aprovecha ese privilegio para llevar hasta el último rincón de la Península los beneficios de los préstamos hipotecarios á módico interés.

Podríase creer también, mejor dicho, habría que suponer, desde luego, que ese Banco Hipotecario era objeto de las alabanzas de los propietarios de fincas rústicas y urbanas, que hallaban en él poderoso auxilio. Los agricultores que necesitaban introducir mejoras en sus explotaciones agrícolas, ó que, por diversas circunstancias, necesitaban levantar un préstamo á largo plazo sobre sus fincas, deberían hallar el concurso eficaz del Banco Hipotecario, y no serían ellos, ciertamente, los que menos elogios deberían dispensar á un Establecimiento de crédito territorial, cuya existencia tales y tan provechosos frutos producía. Y dicho se está que no hablamos aquí de los préstamos pequeños y á plazo corto, propios de los Bancos agrícolas.

¿Cómo es que ese concierto de alabanzas por ninguna parte se oyen, ni en ninguna parte se lee si no es en las «Memorias» del Banco Hipotecario, que allí se alaba á sí mismo?

¿Cómo es que, por el contrario, ese Establecimiento privilegiado de crédito territorial ha sido objeto de enérgicas censuras en el «Congreso de agricultores y ganaderos» que acaba de celebrarse en Madrid?

Indudablemente, el «Banco Hipotecario de España» no responde en modo alguno al objeto de su instituto, y si en aquel Congreso se ha pedido que se suprima el privilegio de emisión de cédulas hipotecarias, es porque en la práctica se está viendo que ese privilegio de emisión no produce ventaja alguna, á cambio de los muchos inconvenientes que traen siempre consigo el privilegio y el monopolio.

La prueba de esto se halla en la misma «Memoria» del Banco, relativa al ejercicio 1879.

Descartemos de esa «Memoria» la parte de texto relativa á los servicios importantes que el Banco presta, pues claro es que el Banco no habia de acusarse á sí propio, y examinemos los hechos.

Desde su creacion hasta fin de Diciembre de 1879, el Banco ha hecho préstamos hipotecarios por 23 1/4 millones de pesetas, y habiendo sido amortizados y reintegrados por reembolsos anticipados voluntarios 2 1/2 millones, quedan vigentes 20 3/4 millones.

Reproduciendo las cifras exactas, resulta:

	Pesetas.
Importe total de los préstamos....	23.298.285
Amortizaciones y reembolsos anticipados voluntarios.....	2.689.832 84
Quedan vigentes.....	20.608.452 16

Ese es todo el auxilio que el Banco privilegiado de crédito territorial ha prestado á la propiedad durante SIETE años.

Realmente, cuando se considera que el movimiento anual de la deuda hipotecaria en España se calcula en unos 660 millones de pesetas; y que en ese período de siete años, el movimiento se traduce, por consiguiente, por 4.620.000 de pesetas; cuando se considera que se calcula en unos 4.000 millones de pesetas la deuda hipotecaria vigente, cifra que no se estima como baja, porque la situación general económica del país, harto desfavorable, tiene que hacer sentir su influencia en multitud de propietarios, la cantidad de 20 3/4 millones de pesetas como total de los préstamos vigentes del Banco Hipotecario, es profundamente deplorable.

No se ha señalado, ciertamente, el año 1879 por una reacción favorable en la situación económica del país. Pérdidas de cosechas, inundaciones, toda clase de males han afligido á la industria agrícola, y no hay para qué decir que cuando esa industria sufre, y sufre de tal manera, la propiedad no puede hallarse en situación próspera y desembarazada.

Prescindiendo de algunos grandes centros de población, en que otras distintas causas tienen también su influencia, y en alguno de ellos, como Madrid, casi puede llamarse influencia predominante, la propiedad rústica, bien se halle explotada por los arrendatarios, bien por los mismos propietarios, sufre cuando la industria agrícola se halla afligida por las calamidades que sobre ella han caído en 1879, y de rechazo sufre también la propiedad urbana.

A ese malestar profundo corresponde siempre un aumento en la Deuda hipotecaria, sobreponiéndose con mucho los nuevos préstamos á las amortizaciones y reembolsos.

Así es, que teniendo en cuenta todas esas circunstancias económicas, abrigábamos la creencia de que, al abrir la «Memoria» del «Banco Hipotecario de España», hallaríamos en 1879 una suma de préstamos mucho mayor que en 1878 y que en 1877. Y ha resultado todo lo contrario.

Ese Establecimiento de crédito territorial ha hecho préstamos hipotecarios,

En 1877	por	pesetas	5.532.325
En 1878	por	"	5.089.675
En 1879	por	"	4.009.985

Cada año ménos, y en 1879 una quinta parte ménos que en 1878.

Es decir, que cuanto más necesitada de auxilio se ha hallado la propiedad, ménos se le ha prestado el privilegiado Banco.

Cierto es que el Banco asegura que, por su parte, está dispuesto á facilitar todos los auxilios que la propiedad necesite; pero que halla dificultades en la titulación, y que esto le impide desarrollar sus operaciones hipotecarias. Repetimos lo que antes hemos dicho; nadie habia de suponer que el Banco habia de acusarse á sí mismo en seco, y desde luego habria que suponer que en presencia del deplorable resultado que consigna la Memoria respecto al importe de los préstamos hechos en 1879, el Banco Hipotecario habia de procurar aducir alguna atenuación.

¿Pero qué? ¿De todos los préstamos hipotecarios hechos en España en 1879, sólo habia titulaciones en debida regla para cuatro millones de pesetas?

El argumento es tan absurdo, que en vez de servir de atenuación, tiene su empleo que contribuir á agravar la censura.

Pero lo verdaderamente cándido es, que en la misma Memoria en que se procura hacer esas atenuaciones, aconseja y excita el Banco á los particulares prestamistas hipotecarios á que dejen de hacer por sí los préstamos y empleen ese mismo capital en ayudar al Banco, comprando sus cédulas hipotecarias; de cuya manera harán igualmente aquellos los préstamos, pero por mediación del Banco y sin tener que ocuparse de nada más que de cortar el cupon de las cédulas á 6 por 100.

La candidez del Banco, porque así puede llamarse, salta á la vista, pues cree inocentes ó romos de entendimiento á los particulares prestamistas hipotecarios.

¿Cómo! El Banco confiesa que sus préstamos hipotecarios resultan á 7 y 1/2 por 100 para el prestatario; confiesa naturalmente que obtiene beneficios con esas operaciones; pretende que él las hace á interés más módico que los prestamistas

particulares, y como conclusiones ruega á estos que no operen por sí, que renuncien buenamente á una parte de sus beneficios para cedérselos al Banco Hipotecario, y que se contenten con el 6 por 100 de interés que producen las cédulas.

A fuerza de querer buscar atenuaciones para lo insignificante de sus operaciones hipotecarias, el Banco incurre en candideces verdaderamente risibles.

Y aparte de esto, dirán los prestamistas particulares: ¿en qué quedamos?

¿Hay ó no titulación suficiente en debida forma?

Si la hay, y si es cierto que el Banco presta á interés más módico que nosotros, ¿cómo es que los prestatarios no acuden al Banco y acuden á nosotros?

¿Cómo es que el Banco presenta esa ridícula cifra de 23 1/4 millones de pesetas en siete años? ¿Cómo es que cuanto más necesitada ha estado la propiedad, ménos la ha prestado el Banco?

Y si no hay esa titulación en debida regla, sino en una pequeñísima parte de los casos, y el Banco aduce esto como argumento, ¿cómo va á dar empleo á nuestros capitales si el importe de las cédulas que emita ha de ajustarse estrictamente al importe de los préstamos hechos? ¿O es que el Banco va á vendernos cédulas sin haber hecho la cantidad correspondiente de préstamos?

No; no hay defensa ni atenuación posible, en nuestro entender, para esa insignificante cifra de préstamos hechos en siete años por el Banco Hipotecario, y la propiedad rústica y urbana tienen superabundante razon para formular las censuras que han hallado eco en el «Congreso de agricultores y ganaderos» y en no pocos órganos de la prensa periódica.

Pero se dirá; si se suprimiese el privilegio al Banco Hipotecario, ¿con qué se le reemplazaria?

En primer lugar, con «Asociaciones de propietarios»; en segundo lugar, con Bancos libres, en tercer lugar, con Bancos Hipotecarios regionales.

Suprimido el privilegio de emisión de cédulas hipotecarias, no habia de faltar con qué reemplazar ese Establecimiento de crédito territorial, que además funcionaria, si le convenia, como uno de tantos, y seguramente que entónces, ó prescindiría de operaciones hipotecarias para ser una sociedad de crédito como otra cualquiera, ó prescindiría de ocuparse preferentemente en operaciones con el Tesoro público y de buscar en estas más de la mitad de sus beneficios, como lo demuestra la «cuenta de ganancias» de 1879.

Y suponiendo que con nada pudiera reemplazarse el Banco Hipotecario, ¿qué se perdía con ello? Pues qué, ¿un total de préstamos de 23 1/4 millones de pesetas en siete años, es decir, una gota de agua en el océano de la deuda hipotecaria, puede influir en algo en que bajen el interés los prestamistas particulares? ¿Es, por ventura, esa cifra, lo repetimos, verdaderamente ridícula por lo exígua, justificación bastante de la existencia de un Establecimiento que lleva el pomposo título de Banco Hipotecario de España?

Hemos citado los beneficios obtenidos por ese Establecimiento en 1879, y á la afirmación seguirá la prueba, harto fácil, pues que la misma «Memoria» del Banco la suministra.

Importan los intereses cobrados por préstamos hipotecarios, pts..	1.323.688,78
Comision y gastos de redaccion de los préstamos.....	159.914,05
Indemnizacion sobre reembolsos anticipados.....	28.412,23
	1.511.715,06

La carga anual pagada en 1879 por el Banco por las cédulas hipotecarias asciende á pesetas.....	1.252.584,07
Gastos de publicidad por cédulas y préstamos.....	23.021,47
	1.275.605,54

Por consiguiente, deduciendo de las pesetas 1.511.715,06 las 1.275.605,54, resultan 236.109,52 que constituyen el beneficio obtenido por el Banco con las operaciones de préstamos hipotecarios en 1879.

Veamos ahora los otros beneficios que constan de la «Cuenta de ganancias y pérdidas.»

Tenemos, en primer lugar, las de operaciones con el Tesoro público, que consisten en

Comision de cobranza sobre pagarés de bienes nacionales, pesetas.....	176.299 66
Intereses sobre pagarés descontados.	731.627 17
Beneficios sobre anticipos de pagarés descontados.....	10.848 22
Pesetas.....	918.775 05

Aparecen ya aquí, en operaciones con el Tesoro público, beneficios cuatro veces mayores que los procedentes de préstamos hipotecarios.

Hay además:	
Descuento de efectos, pesetas...	70.609 60
Intereses y beneficios sobre valores en cartera.....	725.477 03
Beneficios sobre dobles.....	71.459 58
Intereses de los préstamos sobre valores.....	21.437 52
Varios productos.....	16.488 18
	905.471 91

Resultan, pues, los beneficios brutos, por préstamos hipotecarios, pesetas.....	236.109 52
Por operaciones con el Tesoro público.....	918.775 05
Por otras operaciones bancarias y operaciones de Bolsa.....	905.471 91
	2.060.356 58

De cuyos dos millones de pesetas, sólo 1/4 millón escaso pertenecen á las operaciones en que el Banco debería ocuparse, no solo de preferencia, sino casi podria y debería decirse con exclusion de las demás.

No puede haber demostración más evidente de que el Establecimiento que se llama «Banco Hipotecario de España» es simplemente una sociedad de crédito como otra cualquiera, que se ocupa con completa preferencia de toda clase de operaciones bancarias, incluso operaciones de Bolsa, menos de aquellas á que debiera consagrar exclusivamente sus medios de acción.

Y ahora ocurre preguntar nuevamente; ¿para qué sirve ese Banco privilegiado?

Hasta ahora, las operaciones de que el Banco ha sacado las siete octavas partes de sus beneficios, no parecen comprometer la solidez del establecimiento, solidez que debe ser objeto de tanta mayor vigilancia, cuanto que si bien no sea más que por 20 3/4 millones de pesetas, tiene en circulación cédulas hipotecarias con amortización á larga fecha.

Pero ya la experiencia ha demostrado á donde puede ser conducido un Banco hipotecario que se ocupa de operaciones ajenas al objeto para que fué creado. La historia del *Crédit foncier* de Francia, que ha estado al borde de su ruina, y seriamente comprometido por operaciones hechas sobre valores turcos, es harto reciente para que haya sido olvidada.

El *Crédit foncier*, de Francia, ha perdido su privilegio en 1877, y hoy tiene ya un competidor, la *Banque Hypothécaire*, y no se vé que la propiedad que necesite préstamos hipotecarios se halle en Francia en peores condiciones que antes.

Pero dejando aparte este punto, que no es para tratado de soslayo, hay otros muy importantes en los acuerdos adoptados en la última junta general del «Banco Hipotecario de España», puntos que reclamamos seria atención y que examinaremos en otro artículo.

J. M. ALONSO DE BERAZA.

GLADSTONE.

II Y ÚLTIMO.

Turquía y el derecho electoral.

Gladstone ha negado que la política tradicional de Inglaterra tienda á mantener el imperio decrepito de Turquía á pesar de sus crímenes. Esta doctrina no fué profesada por los hombres de la última generación, y el discurso pronunciado por lord Holland en 1828, en una época de hostilidad contra la Puerta, que habia conducido antes á la batalla de Navarino, demostró las antiguas alianzas de Inglaterra con Rusia, y que antes de 1799 no habia celebrado alianza alguna con el Gobierno otomano, y que la primera se limitó á estender á Turquía el tratado de alianza establecido entre Rusia é Inglaterra para combatir á Francia en el período dominador de Napoleon I.

Atribuye el origen de esta doctrina al auxilio armado que prestó la Gran Bretaña al Imperio turco en 1840, contra su vasallo de Egipto, y califica de preocupaciones *femeninas* la idea que fué tomando incremento, de que era necesario obtener la integridad de Turquía como un baluarte, para impedir las invasiones del poder ruso en la India.

La guerra de Crimea no tuvo este objeto, en la cuestion suscitada entre Francia y Rusia con motivo de ciertos *derechos eclesiásticos*; Inglaterra intervino al principio como *amicus curie* á favor de Rusia, pero las exigencias excesivas de Menschicoff, la colocaron del lado de Francia, y se apoyó en las cartas dirigidas por la reina Victoria y su esposo á lord Aberdeen, Clarendon, al rey Leopoldo de Bélgica, á Napoleon III y al emperador de Rusia, así como en los documentos oficiales presentados en el Parlamento inglés, que corroboran su aserto de que estalló la mencionada guerra, para sostener el equilibrio europeo, y habiendo Austria y Prusia constituido esta cuádruple alianza, y despues que Austria aconsejó que se dirigiera el *ultimatum* á la Rusia, cuando llegó el momento de la acción en 1854. Prusia y Austria no quisieron entrar en el terreno de la lucha material, limitándose Austria á ejercer cierta presión moral, y aun amenazó á Rusia de que podia tomar parte en la contienda armada, y acaso influyó para que antes terminara.

Cita también este distinguido hombre público la extraña proposición de Prusia á participar de las ventajas materiales de la victoria, á la que no habia contribuido de modo alguno, pero fué rechazada su egoista pretension, y sólo despues tomó parte en las deliberaciones de las potencias, para examinar las disposiciones de carácter general europeo contenidas en el tratado de 1856.

M. Martin, historiador de este trágico suceso,

censura con sobrada razón á Austria y Prusia, por que asociadas á las naciones occidentales podrian haber evitado el derramamiento de tanta sangre, é impedido tantos desastres y miserias morales. Despues del triunfo de Sebastopol se pidió á la Rusia una cesion de territorio y la disminucion de sus fuerzas navales en el mar Negro.

Esta guerra excitó fuertemente la opinion pública en Inglaterra, sobre todo despues de la destruccion de la flota turca en Sinope, y de los sufrimientos del ejército por la recrudencia del invierno. Su terminacion fué acogida con frialdad como lo revela la carta dirigida por la reina Victoria á Napoleón con fecha 3 de Abril de 1856, en la que expresa su opinion en estos términos: «Aunque yo participo del sentimiento de la mayoría de mi pueblo que encuentra esta paz un poco prematura, debo decir que apruebo altamente las condiciones que la han terminado, porque veo un resultado que no es indigno de los sacrificios que hemos hecho en comun durante esta legítima guerra, y que ella me parece deber asegurar tanto como es posible la estabilidad y el equilibrio europeo.»

Bright y Cobden eran los hombres más populares de Inglaterra, despues de haber alcanzado el triunfo más brillante sobre las leyes de cereales, y por haberse opuesto á la declaracion de guerra con un desinterés admirable, comprometieron su inmensa popularidad, y se debilitó extraordinariamente su influencia sobre el espíritu público excitado por las pasiones guerreras.

Otras personas pueden vanagloriarse de haber sido más perspicaces y más previsoras que los soberanos y los hombres de Estado, que han proclamado el carácter incurable de la dominacion otomana, conociendo profundamente los fundamentos del poder ejercido por los mahometanos sobre las razas cristianas, y entre estas personas, las más distinguidas han sido M. Freeman y el doctor Newman.

Despues de la guerra de Crimea resaltó la corrupcion de Turquía, que en veinte años de paz habia acumulado una deuda de doscientos millones de libras, cuya inmensa suma se habia dividido entre los agiotistas, las concesiones de los pachas y las prodigalidades sin límites de los sultanes. Y esta deuda ha descendido á veinte millones en el mercado europeo. La Francia y la Inglaterra deben agregar á los ciento cincuenta millones de libras que les costó la guerra, las pérdidas que han sufrido sobre la deuda turca.

Los presupuestos de la guerra y de la marina se han elevado en la nacion británica desde 1857 á 1877 á una doble cifra de las cargas anuales que soportó durante el período de 1830 á 1850.

La rebelion de la India, el temor de una invasion en el Canadá por los Estados-Unidos, en la época de sus luchas civiles, de amenazas del imperio francés, el engrandecimiento de Prusia, los peligros á que está expuesta la India por las conquistas de la Rusia, y las empresas aventureras del ministerio Beaconsfield contra los zulús y el Afghanistan, han impulsado en aquel país un inmenso desarrollo de poder militar.

Su administracion era defectuosa, y se demostró su viciosa organizacion en la lucha emprendida en Crimea. Se acusó entonces al Gobierno inglés de que por las funestas economías hechas en el período de la paz, el ejército sufrió cruelmente delante de Sebastopol, y fué diezmado posteriormente por la enfermedad. Se hicieron tres informaciones por un comité del Parlamento, por comisarios reales y por una comision de oficiales, y resultaron tres opiniones completamente puestas. Lo que parece verdadero, segun observa Gladstone, es que el material de guerra era mediano, que las autoridades militares seguian un viejo sistema en oposicion absoluta con las leyes de organizacion militar hoy universalmente conocidas, así como se perdía de vista una parte del ejército dispersado en la América inglesa del Norte, en las guarniciones coloniales y en las Indias occidentales.

Tan diversas informaciones, y la resistencia de lord Aberdeen al nombramiento de lo que se llamó el comité de Sebastopol, le obligó á retirarse del poder, y el ministerio Palmerston se constituyó para continuar la resistencia, que luego consideró inútil mientras los peelistas quedaron fieles á su programa, y derrotados por una mayoría considerable de la Cámara de los Comunes, presentaron su dimision.

Lord Aberdeen vivió en el retiro, y los peelistas dejaron de estar en relacion con la corte, y fué necesario el trascurso de trece años para que se hayan incorporado al partido liberal. Gladstone siente que la influencia oficial de la Inglaterra se ejerció en armonía con la Puerta y el Austria, que se opusieron á que la Moldavia y la Valaquia se reuniesen en un sólo Estado bajo el nombre de Rumania, habiendo sido adoptada esta medida y la de ocupar su trono un príncipe extranjero, por la accion resuelta de los habitantes de las dos provincias, favorecidos enérgicamente por la Francia, en tanto que la Rusia juzgó prudente no contrariar sus aspiraciones.

Lord Clarendon creyó que Turquía cumpliría con honradez sus promesas de un régimen de igualdad civil, promesas que ha violado obstinadamente en mengua de la civilizacion, que no puede regenerar á un pueblo tan abyecto.

El principio de estension del sufragio electoral á los jefes de familia (*householders*) agrícolas, ha sido defendido por los *Leaders* del partido liberal

en las dos Cámaras, Lord Granville y Lord Harrington, hoy ministros de la corona, y la oposicion de los Torys se fundó en el temor de irritar y de enajenarse las simpatías de los propietarios rurales, dando el derecho de voto á sus obreros, reduciendo al estado de minoría á la clase que hoy domina en las circunscripciones agrícolas.

Gladstone ha publicado algunos artículos en el *Nineteenth Century* de Enero y Julio de 1878, á favor del derecho electoral de los jefes de casa de los condados, combatiendo la tesis contraria sostenida por Mr. Lowe, que representa en el Parlamento á la Universidad de Londres, y ha expuesto con la profundidad de su inteligencia las razones más convincentes en apoyo de tan justa doctrina, pintando el cuadro de la Constitucion parlamentaria de la antigua Inglaterra, parecida á un mosaico, que comprendia una variedad infinita de franquicias electorales, desde el nombramiento de un diputado por un sólo individuo, dando á la aristocracia y á la fortuna territorial la preponderancia que despues ha pasado prácticamente á la riqueza en general.

En 1832 la clase media fué admitida á ejercer el sufragio, y ha demostrado su aptitud en los negocios públicos, fortificando el sistema representativo, así como los artesanos de las villas obtuvieron el voto en 1867, y esta reforma ha producido los efectos más fecundos, porque las libertades públicas están absolutamente en las manos de los cuerpos electorales.

Destruye los argumentos de Lowe, y no comprende que puede haber distincion natural entre las villas y las ciudades, bajo el punto de vista de la justicia, de la idoneidad de los intereses que merecen ser representados, porque contribuyen á la renta y á la riqueza del país, que como jefes de familia dan prendas de moralidad y de amor al orden social y deben ser iniciados con cierta medida en los negocios políticos generales como en los negocios locales. Su derecho es igual, y cada nueva clase que obtiene el voto, acrece la autoridad del Parlamento.

Las libertades de los pueblos tienen el privilegio de ejercer una poderosa accion sobre la educacion pública, y producen el precioso beneficio de multiplicar las fuerzas vivas de la nacion. Los partidos, dice Gladstone, son instrumentos legítimos y necesarios, pero esencialmente secundarios y subordinados, que deben ser únicamente empleados en el interés público. Esta máxima moral y política del ilustre jefe del Gobierno inglés, es una acusacion terrible contra los conservadores de nuestro país, que constituyen un partido egoísta al que sacrifican los intereses más sagrados, sin otro móvil que el de sostenerse en el poder.

Y para corroborar esta tesis, y para que aparezca en toda su magnitud el contraste notabilísimo que ofrecen las teorías profesadas por el dignísimo hombre de Estado de Inglaterra, y las doctrinas y la práctica establecida por el presidente del Consejo de ministros de España, basta leer las siguientes frases: «Nosotros no tenemos el derecho de rehusar á los condados el derecho electoral de jefe de casa (*household franchise*), por el motivo que los paisanos seguirán largo tiempo la direccion del ministro del *squire*, lo que fortalecerá al partido Tory, y bajo el pretexto que vale más un cuerpo electoral restringido, cuya mayoría es liberal, que un cuerpo electoral más estenso con una mayoría Tory. Yo opongo á estas ideas falsas la proposicion siguiente: cualesquiera que deban ser las consecuencias al punto de vista de los partidos, vale más que una nacion que se ha dado un Gobierno libre, sea libremente gobernada; que la base de este Gobierno sea á la vez sólida y ancha, que los privilegios y las franquicias no sean distribuidas caprichosamente, sino de una manera firme é imparcial.

El ánimo se contrista al examinar la inmensa diferencia que existe en las elevadas concepciones políticas, pensamientos fecundos y generosos, espíritu filosófico y progresivo del gran ciudadano que rige los destinos de la Gran Bretaña, de su entusiasmo reflexivo y profundo por la libertad humana, sin que el hielo de la edad avanzada haya apagado la vivísima llama de su amor al progreso en su alma noble que rinde culto ferviente á los más sublimes ideales para realizarlos en la vida práctica, elevando, engrandeciendo moral y materialmente á la poderosa Albion, modelo de los pueblos libres, mientras nuestra desventurada patria gime envuelta en las mallas apretadas de un doctrinarismo frio, extéril, glacial, que paraliza todos los resortes vitales, que ahoga toda expansion generosa, que mutila todos los derechos, que suprime todas las libertades en su esencia más íntima, ostentando no más la falsa apariencia de formas hipócritas, encadenando la libre emision del pensamiento, y muda la cátedra sin resonar en sus ámbitos la voz elocuentísima de los grandes oradores, de los verdaderos sacerdotes de la ciencia, que engrandecen y dilatan los vastos horizontes del espíritu iluminado con los resplandores de su génio, que emancipaban la conciencia humana, que enriquecieron el alma y la inteligencia de la juventud con el rico tesoro de la verdad, de la filosofía, del arte, de la historia, del derecho, de todas las luminosas manifestaciones del progreso humano, de todos los grandiosos atributos de la razon, desarrollando las facultades individuales y abriendo las anchas vías del porvenir á las generaciones que sólo pueden crecer pujantes y vigorosas, vivificadas por el sol de la democracia.

Francia, Inglaterra, Suiza, los Estados-Unidos, Bélgica, Italia, Portugal, Grecia, Suecia, respiran una atmósfera pura, liberal, expansiva, de atraccion, y España, despues de tan titánicos esfuerzos, de tantos gloriosos heroísmos, desde los inmortales legisladores de Cádiz en 1812, ha venido á caer en los abismos doctrinarios, en las tinieblas del sofisma, en los precipicios de los gobiernos personales, en la noche de los mezquinos intereses, en la soledad del egoísmo, en el silencio de la libertad y del derecho.

Las preocupaciones del interés personal son más intensas, segun la opinion de Gladstone en las clases elevadas; una larga experiencia le ha dado la conviccion de que adolecen menos de este vicio las menos opulentas, y (salvo la organizacion *des trades unions*) las menos fuertemente organizadas, y considera que uno de los medios de desarrollar el amor al país es el de confiar á ellas una participacion en los negocios que les son comunes con sus conciudadanos.

El derecho de gobernar, dice Mr. Burke, reside en la sabiduría y la virtud; pero sea por causas morales, ó por otra razon, añade Gladstone, el juicio popular sobre un cierto número de cuestiones es más seguro que el de las clases elevadas. En esta medida, las clases inferiores no son más incapaces, sino más capaces, y Mr. Harrison ha hecho notar en la *Horningsly y Review* en Octubre de 1876, que la gran fuerza y la gran impulsión dada al partido liberal por el *acta* de reforma, son debidas menos á las disposiciones mismas del bill, que á la manera enérgica de que se ha hecho la educacion de la nacion, durante la larga y obstinada lucha que ha sido preciso sostener para obtener esta reforma. La educacion se ha derramado, y la nueva legislacion comercial ha asegurado á aquel país el doble beneficio de una doble provision alimenticia, y de un libre mercado para los productos de su industria.

Hoy el elector rural goza de la independencia que es una condicion esencial del buen ejercicio del derecho electoral; ya se ha borrado la tradicion de la antigua ley de los pobres, y el paisano no está adherido á la gleba por la ley de *Lettlement*, que es la ley bajo la cual están colocadas las herencias, los contratos de casamiento, los fideicomisos, y más particularmente las disposiciones que regulaban los derechos de los propietarios territoriales sobre las personas que cultivan sus tierras; el empleo de las máquinas y los perfeccionamientos agrícolas, han dado una impulsión nueva y un nuevo desarrollo á la mano de obra; los periódicos se han extendido hasta las chozas; las escuelas se han multiplicado en cada parroquia y en cada localidad; el salario del trabajador en gran número de condados se ha aumentado, y en las controversias que se han agitado en las campañas entre el capital y el trabajo, el clero parroquial ha cometido la falta de pronunciarse á favor del capital, y esta conducta ha desarrollado un sentimiento favorable á la supresion de aquel establecimiento eclesiástico, del que son los más activos adversarios los oradores no conformistas por sus tendencias religiosas, que han prestado su concurso á los trabajadores agrícolas en sus debates con los capitalistas.

Gladstone censura el progreso rápido y constante del poder de la plafa, que impulsa á ciertas clases sociales á la gerontocracia y á la plutocracia, y que una de las causas deplorables del mal, es el gasto excesivo que ocasionan las elecciones, hasta el extremo de que con motivo de la eleccion de una Universidad en un puesto vacante en la época anterior, cuando Beaconsfield era ministro, la condicion indispensable exigida para la produccion de una candidatura fué el depósito de una suma de 4.000 libras, es decir, 20.000 duros; tanto hubiera valido vender á pública subasta su asiento en el Parlamento, y este sistema, practicado por los torys, desarrolló al más alto grado las preocupaciones de interés personal, el espíritu local, el egoísmo, la corrupcion de los colegios electorales, el culto de la riqueza que *caracteriza y deshonra nuestra época*, estas son sus palabras, y que dispone á tener mucha cuenta de las consideraciones particulares y muy poca de los intereses de la nacion.

Invoca la necesidad de la estension del derecho electoral, á las ciudades, á las villas rurales, acompañada de la medida propia á disminuir los gastos de los electores. Esta reforma debe ser el programa del partido liberal.

Para demostrar la solidez de su argumento basado en la idea de que el juicio popular es con frecuencia más seguro que el de las clases elevadas, enumera muchos ejemplos, como la abolicion de la esclavitud, la reforma del Parlamento, la abolicion de las leyes sobre los cereales, la de los juramentos religiosos, las de las leyes de navegacion, alrededor de doscientos derechos de aduanas, la reforma de Código criminal, la de las leyes injustas y desiguales sobre las condiciones y los contratos, la direccion de su política exterior en un sentido favorable á las aspiraciones liberales, y contraria á los designios de la Santa Alianza.

Recuerda que la religion misma no arrojó sus primeras raíces, ni encontró su primer asilo en el corazon de los reyes, de los filósofos y de los hombres de Estado, porque las fuerzas regeneradoras del Evangelio obraron de la base á la cima de la sociedad, y mientras los ricos, los nobles y los si-bios conspiraban en su inmensa mayoría contra Jesucristo, el pueblo oía con veneracion y alegría

la doctrina evangélica, y trabajó con entusiasmo y decisión á defender y consolidar el imperio de la verdad.

Señala la diferencia que existe en la homogeneidad del instinto de propiedad que une á los miembros que la poseen. Tímidos é inertes, cuando se trata de provocar cambios, porque están ya satisfechos de su condicion; pero hábiles, perspicaces y penetrantes, cuando se trata de descubrir, provocar ó impedir lo que se refiere á sus intereses, y en cambio las clases laboriosas no pueden llegar á una union política cualquiera, si no á costa de grandes sacrificios, del tiempo que les priva del pan del día siguiente.

Ilustres escritores, esclarecidos miembros del Parlamento, piden la estension del sufragio á las circunscripciones rurales, habitaciones más espaciosas, decentes y menos húmedas, para los trabajadores, más luz y más aire, y las modificaciones de las leyes sobre el derecho de primogenitura y las sustituciones.

Millares de labradores acuden desde muy lejos, pudiendo apenas soportar los gastos del viaje para asistir á los grandes meetings, perfectamente pacíficos, que presiden Bright, por ejemplo, y otros representantes de sus derechos.

Gladstone atribuye á los elementos morales del carácter que contribuyen al mismo título y con frecuencia poderosamente con las cualidades intelectuales á formar un juicio sobre las cuestiones de accion humana y de interés humano, y en la mayoría de los casos la riqueza y la reforma desarrollan el egoísmo, y las preocupaciones personales y los individuos que no poseen muchas veces más que lo estrictamente necesario para vivir, dan menos importancia á las ventajas que pueden resultarles, que las personas que viven en medio de las superfluidades, que toman hábitos de espíritu que á la larga pasan en su temperamento intelectual y constitucion moral, de las que deben resultar una disminucion de aptitud, para juzgar sabiamente las cuestiones más importantes, y deduce de estas premisas la consecuencia precisa de que las clases laboriosas tienen más abnegacion y cualidades morales que pueden hacer más que compensar la superioridad debida á la fortuna, al favor de las circunstancias. He trazado un rápido bosquejo de los bellísimos ideales del filósofo y del hombre de Estado, que en el poder irá realizando lentamente, pero con rectitud y conciencia, como ha empezado á demostrar en su programa ministerial, concediendo el derecho electoral á los burgos y villas de Irlanda. Además en la política de Oriente ha patentizado que ha sido un error funesto para Turquía la idea alentada por el ministerio anterior, de que interese, sobre todo á Inglaterra, el sostenimiento del imperio turco, que ha violado todas las estipulaciones convenidas por el tratado de Berlin. Ha desvanecido completamente tan falsa idea, así como ha afirmado en sus magníficos discursos al frente del Gobierno las regeneradoras teorías que ha dilucidado en los libros y en las revistas, á cuyo análisis hemos consagrado dos artículos en LA AMÉRICA.

EUSEBIO ASQUERINO.

LA REPÚBLICA DOMINICANA.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

Muy señor mio: En su ilustrado periódico, número 16, correspondiente al día 28 de Setiembre, aparece un artículo, titulado «Los Estados-Unidos y las Repúblicas Hispano-Americanas», que firman varios americanos, y en el cual, al referirse á la República Dominicana, por las apreciaciones que se formulan, se comprende desde luego que carecen de muchos datos, en lo que atañe á dicho país, los señores americanos que la estampan y suscriben.

La *Hispaniola*, como la llamó Colon, que ocupa un lugar tan preferente en la historia de la conquista y descubrimiento del Nuevo-Mundo, es hoy desconocida hasta de los mismos americanos y españoles, y por ello me dirijo á usted suplicándole dé cabida en su digno periódico á las siguientes rectificaciones:

La isla de Haití ó Quisqueya, como la llamaron sus primitivos habitantes, se halla hoy dividida en dos Estados: la República llamada impropriadamente de Haití, que ocupa escasamente una tercera parte, y la Dominicana, que tiene todo el resto.

Gobierno: El Gobierno de la República dominicana es republicano, libre, independiente, por todo extremo civil, alternativo y responsable. (Artículo 1.º de la Constitucion.)

Poblacion: Su poblacion absoluta es de 300.000 almas.—De ella pertenecen las tres cuartas partes á la raza blanca y el resto á la africana y mestizos.

Agricultura: La agricultura toma todos los días nuevos ensanches.—Veintidos ingenios (desde tres años acá) existen en los alrededores de la capital; de éstos, unos diez y ocho trabajan con maquinarias de las más modernas.

En la provincia de Azúa hay seis de maquinaria é infinidad de trapiches: en Macoris, dos; en Samaná, dos y un buen número de trapiches, y en Puerto de Plata, uno.

De café, cacao, etc., etc., hay muchas plantaciones en produccion.

Industrias: Aunque estos países no son industriales, sino agricultores, existen, sin embargo, dos fábricas para extraer campeche y toda maderá

colorante, una para extraer el jugo de las plantas textiles, una para la fabricacion del hielo artificial y cuatro ó seis tenerías en la capital; una de velas y jabon en Puerto-Plata, habiéndose pedido ya autorizacion para una de fósforos.

Minas: Se encuentran en explotacion las renombradas de sal mineral en la Comun de Neiba (provincia de Azua). Esta empresa está á cargo de una compañía inglesa establecida en Lóndres y cuyo capital efectivo es de pesos 1.500.000.

Ultimamente se ha formado una compañía americana en Nueva York para explotar las minas de oro.

Instruccion pública.—La instruccion pública no está tan adelantada como deberia estarlo, pero tampoco se encuentra abandonada como algunos presumen.

En la capital hay tres academias, una de derecho, de medicina y de farmacia; una escuela de náutica y otra Normal, seis colegios particulares y doce municipales. Santiago de los Caballeros tiene una escuela Normal, varias particulares y municipales. En las ciudades, villas y aldeas existen más ó menos escuelas, segun su número de habitantes.

Comercio.—El comercio aumenta todos los días, siendo el de este año con los Estados-Unidos solamente el siguiente: Exportacion.—Asciende á pesos fuertes 4.000.000, y la importacion á 2.025.000. Este montante, segun los datos que hay, podrá llegar al duplo en el año venidero.

Con los otros países existe tambien bastante comercio, particularmente con Alemania, que consume todo el tabaco de las provincias del Cibao, y que ha sido este año de ciento veinte mil quintales con Francia, Italia y España.

Ferrocarriles.—Existe uno desde el puerto de Barahona hasta el lago de Saragua, tocando en el monte de sal mineral (Aciba) y otros en proyecto, desde la ciudad de Santiago hasta Samaná. Este estará concluido probablemente dentro de dos años.

Hombres ilustres, escritores, poetas, diplomáticos, etc., etc.: D. Pedro Agustín Morrell, de Santa Cruz, licenciado; Antonio y Manuel Sánchez Valverde; doctor Pedro Valera y Simenes; doctor Tomás de Corte, arzobispos; doctor Elías Rodríguez, obispo; doctor Antonio Pineda; doctor Vicente A. de Faura; doctor Bernardo Correa y Cidron; doctor Lucas de Ariza; doctor Domingo Muñoz Del Monte, Antonio Delmonte y Aponte; doctor Manuel María Valencia; doctor Francisco Javier Carro; doctor José Nuñez de Cáceres, Juan Sánchez Ramírez, Eulixes Esparillat (presidente), Ciriaco Ramírez, Juan Pablo Duarte, Francisco del R. Sánchez; doctor Gaspar de Arredondo y Pichardo, Pedro A. Pina, Pedro Pimentel; licenciado Felipe Fernández de Castro, Manuel Rodríguez Objio, Nicolás Ureña; licenciado Tomás de Aquino Rosó, Pedro Antonio Bobea, Jesús María Delmonte, Josefa Delmonte, todos estos duermen el sueño eterno.

Manuel de S. de Peña, gramático y literato; Félix María del Monte, poeta lírico y dramático; José G. García, historiador; Emiliano de Tejera, presbítero, doctor; Fernando A. de Meriño, que en días de expatriacion mereció á su talento, que siendo extranjero le nombraran presidente de la Legislacion del Estado de Barcelona en Venezuela, y que por su elocuencia en la tribuna sagrada le llamaban *Pico de oro*; Manuel de S. Galvan, José Joaquín Pérez, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera, Federico Herigues, Juan Isidro Ortea, Nicolás Heredia y Mota, Antonio Alfán y Barat, Javier Angulo Guridi, señoritas Salomé Ureña, Josefa Antonia Perdonao y otros muchos que honran á la tierra que los vio nacer á las letras españolas.

Santo Domingo pudo estar consagrada por Roma para ser la cuna, la archidiceps y la metrópoli de la teocracia, de la esclavitud y del fanatismo en el Nuevo Mundo; pero hoy en Quisqueya, en la Hispaniola no impera el oscurantismo, porque ella es, en el día, el templo más hermoso donde á gusto se recrea la diosa libertad.

Hasta ayer el estruendo de las discordias civiles hacia volver la espalda al extranjero que cruzara por nuestras aguas; hasta ayer nuestro país era una tierra rica y feraz, pero infortunada y perdida para la civilizacion.—Parece que un velo oscuro y negro ocultaba á ese paraíso de Occidente, primogénito de España á los ojos del mundo.

Más el velo ha caído.—Quisqueya se levanta bella y espléndida, más bella aún que el día que por vez primera la viera el inmortal Colon.—Sus hijos no duermen en la indolencia, sus hijos trabajan por la infortunada patria.

Al choque de las armas fraticidas ha sucedido el ruido pacífico de las máquinas de vapor; á la disputa acalorada de las pasiones, las lides tranquilas de la ciencia y el trabajo.

¡Treinta y seis años de dolorosas experiencias bastan á un pueblo!!!

La REPÚBLICA DOMINICANA marcha hoy por el recto camino del derecho y la libertad!

La libertad y el derecho no son un mito allí!

El progreso y el trabajo no son un mito allí!

Ella tiene tambien sus reformas que regeneran y sus progresos que santifican y engrandecen.

TEMÍSTOCLES A. RAVELO.

(Santiago de Cuba, 15 de Diciembre de 1879.)

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

EL MUNICIPIO.

(Continuacion.)

VI

La corrupcion del Imperio y la invasion de los Bárbaros, hubieran convertido en un desierto la Europa, y la habrian colocado en peor situacion que la India, sin el poderoso correctivo del Cristianismo. El sólo fué capaz de producir las Cruzadas que mataron el Feudalismo, suministrando elementos de accion á las clases oprimidas. Del siglo XI al XVI se despierta en ellas el espíritu de asociacion, y brotan por todas partes los Concejos, los *Comunes*; arman estos sus milicias, y toma mayor fuerza y nuevas formas el elemento municipal, sobre todo, en las villas y ciudades. Movimiento regenerador y fecundo en resultados para las libertades públicas, para el restablecimiento del orden y para el engrandecimiento y prosperidad de las naciones. Pero la obra no fué sólida ni estable, por causas análogas á las que hicieron fracasar el movimiento liberal y regenerador de los Gracos en Roma. De una parte la resistencia furiosa de los Señores—la nobleza,—y de otra parte, las pretensiones exclusivistas y orgullosas de los burgueses, en vez de fomentar el espíritu de union y de comunidad, provocaron la discordia y los bandos, y dieron asa y ocasion á los monarcas para fortalecer su poder absorbente, para levantar su predominio avasallador, combatiendo á los unos por medio de los otros, y acabando por anularlos á todos. La clase media—la burguesía, el estado llano,—renació con el mismo vicio de los antiguos caballeros, con el amor al privilegio y el desdén, si es que no el odio á la plebe, espíritu individualista, que dió al traste con la libertad naciente, que volvió á entronizar el despotismo y con este volvió la corrupcion. Si no volvió el Imperio, no fué por falta de emperador.

Y viene el *determinismo fatalista* de los Tierry y de los Laurent diciéndonos: «Eso fué un progreso, un gran paso: ello dió vigor y fuerzas á los monarcas para abatir á los Barones, para acabar con el privilegio y para entronizar el derecho...» ¡Error crasísimo y funesto error! ¿De cuando acá ha sido el despotismo engendrador ni padrino de la libertad? ¿De cuando acá fué enemigo del privilegio, ni ensalzador de la igualdad ante la ley, ni protector del derecho? ¡Nunca, jamás! El absolutismo entronizado por los monarcas, gracias á aquella tendencia individualista, durante los siglos XIV, XV y XVI, lo que hizo fué detener el movimiento municipal, liberal y progresivo de Europa, y la hubiera vuelto á abismar en las tinieblas de la barbarie, y á encerrar en los ergástulos de la depresiva servidumbre, sin el poderoso resorte del espiritualismo cristiano: resorte cuya fuerza se venia acentuando de siglo en siglo, aunque no siempre bajo el impulso y la direccion de la Iglesia romana. Ese resorte desplegó sus recónditas fuerzas, aun á despecho de los errores, de los desfallecimientos y de los vicios mismos de Roma: las desplegó unas veces por medio de los Concilios, otras por medio de los Papas, y muchas veces por medio de las sectas, que son en la Iglesia lo que los partidos políticos en los Estados libres, acicate de progreso y equilibrio de fuerzas en la exuberancia de vida.

Los volterianos y sobre todos Laurent, son, en esta parte, tan superficiales y tan apasionados, que se empeñan en hacer de la filosofía un arma contra el cristianismo: ¡como si aquella fuese *le pendant* de éste! ¡como si la filosofía no fuese otra de las ruedas, por cuyo medio ha desplegado tambien sus fuerzas el ideal cristiano! ¿Qué importan las diferencias de detalles, de procedimientos y de fórmulas? No ya desde el siglo XI, sino desde los apóstoles Pablo y Juan, y desde los Santos Padres, viene la filosofía sirviendo á desenvolver los gérmenes que entraña la doctrina y la vida del Cristo. ¿Qué han hecho los heresiarcas? ¿qué han hecho los Concilios? ¿qué han hecho los escolásticos? ¿qué han hecho los reformadores, más que filosofar? Pues al filosofar sobre Dios y el hombre, sobre el bien y el mal moral; sobre la gracia y el libre albedrío; sobre la eficacia de la fé y la de las obras; sobre la sustancia y la forma; sobre la divinidad ó no divinidad del Cristo; sobre la unidad y la trinidad; sobre la esencia y los atributos... todos, teólogos y filósofos, sectas y escuelas, no han hecho otra cosa que espiritualizar al hombre, y por consiguiente, á la humanidad. Y en ese movimiento incesante de los espíritus, en esa continua y profunda labor sobre el ideal cristiano, en ese flujo y reflujo de las ideas, en esa investigacion perseverante acerca de la naturaleza de Dios, de su accion providencial, del origen del hombre y de su destino; el hombre, las sociedades, el mundo moderno, se han venido, poco á poco, emancipando del *fatum*, de la materia y del yugo de los tiranos. *Eripuit calum fulmen sceptrumque tyrannidis*, se podría decir del Cristo, con mayor razon que se ha dicho de Franklin.

Que los teólogos hayan ergotizado con exceso: que el episcopado se haya querido aristocratizar y haya trocado la humilde túnica del apóstol por el ostentoso boato del prefecto ó del proconsul; que muchos Papas hayan negado al Divino Maestro, y no pocos hayan cambiado la cruz por la triple corona, y que tales ó cuales clérigos hayan desconocido su alta mision prostituyendo hasta el nombre de cristianos: ¿qué significa todo eso ante el herido del pensamiento, ante la conmocion pro-

funda de las almas, ante el impulso emancipador producidos por las ideas cristianas? Toda esa crítica volteriana que un célebre escritor de nuestros días se ha creído en la necesidad de reproducir y aun de exagerar, es superficial y vacía de sentido y de importancia. Los extravíos, los abusos y las apostasias y defecciones de una idea, de un principio, de una doctrina, si esta doctrina ó este principio entrañan una gran verdad y se encaminan á un fin santo, ni destruyen la idea, ni arguyen en modo alguno contra ella; podrán dificultar su desarrollo y aplazar sus beneficios prácticos; esto es indudable; pero matar la doctrina... ¡jamás! La semilla de verdad una vez sembrada, no se pierde.

Y la palabra de Cristo, llena de verdad y de vida, semilla arrojada en lugar apartado y entre pobres y humildísimas gentes, ha germinado y prosperado á despecho de todo. ¿Es que vino á tiempo, como se dice, y que el campo estaba preparado? ¡Ah! Si la decrepitud y la corrupción del imperio del mundo, de aquella república que acabó con todas para acabar consigo misma; si la decrepitud y la corrupción son preparaciones para que una palabra cualquiera pueda germinar y dar fruto sazonado... entonces, sí, la palabra del Cristo encontró el terreno bien dispuesto, porque la decrepitud y la corrupción del mundo romano eran inmensas. Pero el poder germinador estaba en la semilla, estaba en la idea, en la palabra aquella, que era palabra de vida y que enardecía las almas, que encendía la llama del entusiasmo, que levantaba el espíritu, y transformaba á los hombres y sin más que eso obraba prodigios.

Y la palabra germinó, á pesar de la honda corrupción del imperio y de la salvaje rudeza de los bárbaros; actos de humildad triunfaron de la soberbia romana: la cruz triunfó de las águilas; el orgullo filosófico é imperial de los Julianos se declaró vencido por la sencilla palabra del Galileo. Y no se afanen los volterianos en buscar argumentos contra los milagros y las profecías: el secreto del prodigioso triunfo no está en las profecías ni en los milagros; el secreto está en que aquella palabra era palabra de amor y de vida, era todo sacrificio y abnegación: aquella doctrina hablaba á las almas y movía los corazones: levantaba el espíritu y transformaba á los hombres: hacia al más humilde hermano de los reyes y de los sumos sacerdotes—*egale sacerdotium*—humillaba el orgullo de los soberbios y levantaba á los humildes de su postración: era primero el que más servía á todos los demás: hacia del alma humana un templo y de la conciencia un sagrado inviolable. Ese es todo el secreto.

Esa doctrina encontró obstáculos que parecían insuperables. ¡Y si fuera eso sólo! Pero en el mismo celo de sus partidarios encontró exageraciones y extravíos que al desfigurarla prepararon formidables abusos en su nombre y dieron ocasión á más formidable resistencia. Ni podía ser otra cosa. Todo lo que habla al espíritu habla á la razón: y todo lo que entra en los dominios de esta se halla sujeto al error, á extravíos y alucinaciones; y como el hombre no es puro espíritu, querer espiritualizar demasiado la doctrina del Cristo fué traspasar la meta.

Las ideas son como el mundo, hacen su camino oscilando de acción en reacción. Alejandría espiritualizando y Roma materializando la palabra de vida del Cristo, ha sido indispensable que viniesen la investigación, la hermenéutica, la crítica, la contradicción, la lucha, quizá la negación misma, para que llegase á hacerse la luz y á depurarse la doctrina.

VII

Ahora, observad este hecho constante en la historia, y por cada vez más acentuado. A medida que la doctrina se materializa, la sociedad se abate, se degrada y se somete al yugo de los más prepotentes; con el gran resorte del espíritu, desaparece la libertad. A medida que la doctrina se espiritualiza, la sociedad se irgue, los ánimos se levantan, renace el entusiasmo, la libertad hace oír su poderoso acento, los pueblos salen de su postración, acometen empresas que antes creían imposibles y la humanidad da pasos de gigante.

Esta tesis, que pudiéramos muy bien elevar á la categoría de principio, es aplicable á todos los pueblos y á todas las edades. En mayor ó menor escala, el resorte espiritual, ó lo que es lo mismo, el elemento moral, todo elemento moral, humaniza al hombre y mejora y hace progresar la sociedad. No podía ocultarse esta observación á escritores del talento indagador y sintético, á la vez, de Herder y de Guizot. Pero ninguno de cuantos la han hecho antes y después de los dos historiadores filósofos, ni ellos mismos han sacado de ella, en nuestro sentir, la enseñanza que entraña. El talento analítico que de un siglo á esta parte han venido desplegando todos los grandes escritores ofrece con sus ventajas un inconveniente en que no se ha reparado bien; pero que es gravísimo, sobre todo en la filosofía de la historia: el cúmulo de hechos de índole varía, llega muchas veces á causar vértigo, y si no anula, amengua grandemente la fuerza sintetizadora, permítasenos el adjetivo, de la razón más poderosa. No es sólo Herder el que ha visto el carácter constante de *unidad* que revisten las antiguas sociedades. Pero de un fenómeno tan natural y tan sencillo han hecho un mito. Las sociedades, en su infancia, se dejan impresionar más poderosamente por todo elemento moral, por todo lo que arranca del

espíritu, y se dirige al espíritu, y lo conmueve, y lo subordina. De ahí el carácter de *unidad* que revisten las antiguas sociedades.

Y el fenómeno no es peculiar del Oriente ó de los pueblos asiáticos: se advierte en la Fenicia y en la Grecia misma: si allí se manifiesta en grandes Estados, aquí se muestra y se acentúa en *ciudades* poderosas, en verdaderos *municipios*, que muy pronto se convierten en fuertísimas repúblicas, como se verificó posteriormente en Italia y en casi todo el Occidente.

Y aquí volvemos á ver el municipalismo revelando ostensiblemente la fuerza unificadora y vital del elemento espiritual ó moral. Abramos la historia de aquél y nos patentizará, que el municipio renace de las cenizas del imperio, al impulso que dió al mundo el espiritualismo cristiano de los primeros siglos; veremos que ese impulso decae con la avalancha de los bárbaros, y queda entumecido el movimiento municipal. Cierto es que, aun cuando aquellos aceptan el cristianismo, el elemento municipal no se desarrolla con brío; pero, ¿á qué es debido? más que á otras causas, á la de que los obispos, para atraerse á los bárbaros, comenzaron á materializar la religión espiritual del Salvador: hecho del cual deponen todos los cronistas, y que ya notó Mr. Guizot, con mucho acierto. La Iglesia se hace feudal; y del siglo VIII al X, merced al individualismo, cae la Europa en los pantanos de la corrupción y se vuelve á los umbrales de la disolución social.

El monge Hildebrando hace resonar otra vez la palabra «espiritual del Cristo» desde la cátedra de San Pedro; conmueve á la Europa, y el siglo XI es la aurora de un renacimiento á la vida social, humana y progresiva. De ello es síntoma infalible el movimiento municipal. ¡Qué impulso tan espiritual y tan grande el que ese monge austero y reformista imprimió á la Europa, antes y después de llamarse Gregorio VII!

«Gregorio VII, dice Edgar Quinet, fué, en cierto modo, el Napoleón de la Iglesia: hizo el 18 brumario del catolicismo; nueva revolución en el gobierno espiritual, que pretende no haber hecho ninguna... Cuando se leen las cartas encíclicas de aquel emperador de la Iglesia, se advierte que su gran corazón se veía continuamente afectado por la situación lamentable de la cristiandad y por los obstáculos que para su reforma encontraba en los señores feudales del clero. Pero lo que hacia su victoria legítima y posible era el que, al romper la potestad señorial de los barones espirituales, volvía á entrar en la antigua igualdad de la primitiva Iglesia. ¡Cuántas veces ocurrió, que el pueblo, aquel gran pueblo de la Iglesia, en los momentos de peligro, volvía sus ojos á Gregorio VII, como si en él estuviese concentrada toda la cristiandad! No de otro modo creía todo el mundo ver en Napoleón la imagen viva de la democracia; sí, la capucha de sayal cubría al usurpador de la Iglesia, como el levitón gris cubría al usurpador de la revolución. Pero, ¿quién sería hoy osado á querer perpetuar el absolutismo de San Pedro, sin el alma y las cartas encíclicas de Gregorio VII? ¡Más fácil sería reproducir y consolidar el Imperio sin Marengo y sin el Emperador!»

Más adelante añade: «Quizá os escandaliceis si os digo que Gregorio VII, el hombre de Dios, *vir Dei*, fué un precursor de la Revolución francesa; y sin embargo, nada es más evidente, bajo cierto punto de vista. En su lucha tenaz contra los poderes políticos, en las instrucciones que daba á sus soldados espirituales, especie de proclamas antes de la batalla, no reconocía al poder de los reyes otra base más que la violencia, la mentira y el crimen. «¿Quién ignora, escribe á los obispos, que la autoridad de los monarcas y jefes de los Estados proviene de que, desconociendo á Dios, entregados á su orgullo y á una codicia sin límites, han pretendido dominar á sus iguales, es decir, á los hombres, con auxilio de Satanás y por medio de la audacia, de la rapiña, de la perfidia, de los homicidios, por medio, en fin, de todas las maldades?» Palabra por palabra, las mismas que emplearon los burgueses en la primera explosión del 89 y más adelante los Montañeses cuando dieron el asalto á la monarquía absoluta. La semejanza en los términos es tan notable, que no parece sino que los de las bulas del siglo XI se han grabado en el alma de la Convención. Tan cierto es que Gregorio VII al querer establecer el predominio de la sociedad espiritual sobre la sociedad laica, dió al mundo el primer sacudimiento revolucionario.»

«Remontándose de un salto al espíritu del cristianismo en su primer fervor, Gregorio VII sintió que entrañaba en sí la conciencia de la Edad Media; de la cual era una consecuencia natural el creerse autorizado para lanzar el entredicho y la excomunión, con cuyas armas privaba de sus imperios á reyes y emperadores. En el mundo cristiano los poderes políticos están apoyados en el espíritu; y es preciso que en alguna parte haya una autoridad superior que los quite y que los dé en nombre de un ideal, en nombre del espíritu. Así es que gusta ver á aquel grande hombre, fija la mirada en el ideal del reinado espiritual, y ejerciendo una especie de terror moral sobre los poderes civiles, á medida que se apartan de su dechado. Cuando todavía se hallaba dormida el alma de los pueblos, y estos se encontraban unos de otros separados por barreras infranqueables, se necesitaba que una persona moral fuese el alma

viviente del mundo del espíritu. En aquellos momentos de una organización bárbara, la conciencia de cada pueblo se hallaba, por decirlo así, fuera de él mismo, pero á lo ménos estaba en alguna parte, estaba en el Vaticano. Mientras que el siervo vivía pegado al terrón y el burgués estaba preocupado con su miseria y sus peligros, había un hombre en la tierra que atendía y descubría con vista de águila hasta lo que pasaba en el alma de los reyes; que investigaba sus proyectos y los del emperador y los de los nobles y los de los obispos, y con aquella luz del espíritu penetraba y veía á través de las macizas paredes de los castillos y de las iglesias; media, pesaba y blandía luego sin cesar sobre el mundo la espada aterradora de la muerte espiritual, que alguna vez producía la muerte física.»

«En donde estaba la fuerza de que se sentía poseído Gregorio VII? En esta idea, ciertísima en sí; la de que, para el mundo moderno, *la autoridad política se apoya en la conciencia*; la de que las coronas, los cetros, la nobleza, los feudos son *propiedad del espíritu*, y que solo al espíritu corresponde dar coronas, confirmar ó destituir duques, reyes, emperadores y todos los demás señores de la tierra.»

«Por lo demás, no era bastante llevar en sí esa idea esencialmente revolucionaria: era preciso que Gregorio VII se creyese personalmente investido con el derecho de ponerla en práctica; y ese derecho se le daban *la Santidad de su corazón* y el *heroísmo de su espíritu*: Sabía y sentía que habitaba realmente en un mundo mejor que la sociedad de su tiempo; y sin vacilar sacaba de su conciencia alguna de aquellas Santas cóleras—*iram Dei*—alguna de aquellas llamaradas de fuego que todo el mundo reconocía: las arrojaba sobre la frente de algún monarca, y todo se conmovía: el rayo caía de lo alto: el mundo de la fuerza se veía obligado á buscar sus títulos en la inteligencia, y se volvía á asentar por algún tiempo sobre el derecho del pensamiento. En este sentido Gregorio VII se anticipó al porvenir. Puso el derecho cristiano por fundamento del derecho político: eso es lo que hace su grandeza. Antes de él se había ya tratado del celibato de los clérigos, y hasta se había intentado destruir el feudalismo episcopal; pero convertir el espíritu en soberano, y hacer de todos los monarcas sus vasallos; es decir, comenzar á realizar en el mundo político *la Ciudad del Evangelio*, nadie antes que él lo había siquiera imaginado.»

De la importancia y del alcance de aquel impulso se puede formar idea examinando uno de sus efectos, el de las Cruzadas. En medio del fraccionamiento anárquico y semi-bárbaro de la Europa, desatadas todas las concupiscencias y malas pasiones que trae consigo el reinado de la fuerza y el derecho de la espada, ¿cómo hubiera sido posible aquella gigantesca empresa, sin el poderoso impulso dado ántes á las almas por la idea cristiana? Pues la empresa se inició por un hombre oscuro y se llevó á cabo por toda la cristiandad. ¿Y qué produjo, dicen los escépticos, la romántica empresa? ¿Qué produjo?...

Acabó con la barbarie, hirió de muerte el privilegio y facilitó el nuevo despertar del elemento municipal.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

PUNTOS DE VISTA.

II

Se ha dicho que la imaginación es la loca de la casa, y sería loca de atar, si no hubiesen salido al paso de esta contingencia alegando que es condición indispensable de su naturaleza ser completamente libre.

Ello es que entre sus aficiones particulares, la pintura obtuvo especial preferencia, y es su aptitud tan rara, que sería capaz de pintar el vuelo de una mosca.

Como sus grandes consumidores son los deseos, siempre se encuentra dispuesta á complacerlos, y aunque suele hacerse pagar muy caros sus dibujos y sus colores, con cuatro pinceladas sale del paso; y es tan seguro el lápiz con que dibuja y tan vivo el colorido con que anima sus cuadros, que el lienzo es la verdad misma. ¡Ah, siempre parece que lo estamos tocando con las manos!

A esta loca con quien nos encontramos al dar los primeros pasos en la juventud, la encargamos el retrato de la mujer, que, andando el tiempo, hemos de hacer dueña de nuestro corazón, aunque el original no lo hemos encontrado todavía.

La loca no se hace esperar, y en cuatro rasgos, siempre de mano maestra, nos pone delante la imagen deseada.

Ella es, no hay duda, es ella misma. Allí están sus ojos y sus miradas, su boca y sus sonrisas; es ella en todo lo que se ve, y ella en todo lo que se adivina. Mujer espiritual que flota en la vida sin poner los pies en la tierra; mujer vaporosa que sueña y no duerme, que vive y no come, que anda y no pisa.

Ahora no hay más que coger el retrato y buscar el original... Aquí está; no hay que darle más vueltas; es la imagen que se ha copiado así misma.

Pero ¡oh, qué desengaño!.. Esta mujer es caprichosa, más aun, impertinente; come con buen

apetito, duerme y hasta ronca; se constipa como cualquiera, estornuda, tose; ¡santo Dios! y se sueña, gruñe, regatea, murmura, se rie como una tonta, habla como una descosida, y llora, permítaseme decirlo, á moco tendido.

He ahí cómo la poesía de la mujer se desvanece en la prosa de la vida.

Nunca las mujeres han querido ser feas, y muy pocas veces los hombres se han contentado con ser pobres; pero en la sociedad actual el empeño de las mujeres en ser hermosas raya en manía, y el afán de los hombres por ser ricos toca en locura. Solo Dios sabe lo que es capaz de hacer una mujer para embellecerse, y todos sabemos lo que hacen los hombres por redondearse.

En el mútuo comercio establecido entre las dos mitades del género humano, la cuenta es corriente: de una parte, la belleza; de otra, el dinero; ellas, la *toilette* que las perfecciona; ellos, el negocio que los completa.

Así es que el amor ha venido á reducirse á simples contratos.

Dice la hermosura: «tanto valgo:»

Dice la riqueza: «tanto tengo:»

De todos modos, la operacion comercial que resulta de este mútuo convenio, es ventajosa para ambas partes, puesto que una y otra salen ganando.

En la plaza del mundo, la hermosura es un don que las mujeres le deben á la naturaleza, y que con mayor ó menor descuento se lo cobran á los hombres.

Al mismo tiempo, la riqueza es un beneficio que, sea como quiera, se debe el hombre á sí mismo, y que más tarde ó más temprano suelen pagarlo las mujeres.

Fué Júpiter un Dios bastante calavera, conservó siempre su juventud, nunca dejó de ser hermoso, y su gerarquía olímpica no dejaría de dar realce al encanto de su persona. Sus aventuras atestiguan que no fué Juno la diosa más feliz del Olimpo, pues el hijo de Saturno debió tener mucho partido con las mujeres.

Mas no obstante, Júpiter, dios, jóven y hermoso, tuvo alguna vez que apelar al recurso de convertirse en lluvia de oro para seguir haciendo de las suyas.

Ya sé que siempre ha sucedido lo mismo y que el caso de Júpiter no es más que el boceto del cuadro. Pero la vida ha llegado en nuestros tiempos á ser muy cara, porque el género humano es ya demasiado viejo y necesita rodearse de muchas comodidades, por consiguiente, la mujer más modesta no acierta á vivir sin buena casa, buena mesa y buenos vestidos. Lo diré en francés para mayor elegancia y mejor inteligencia: no puede vivir sin *confort*, sin *menú*, sin *toilette*.

Ante el imperio de estas tres necesidades todo sentimiento dobla la cabeza, el amor abre los ojos y se encuentra vendido, porque Júpiter, envejecido y achacoso, se presenta convertido en copiosa lluvia de refinadas comodidades; la mujer quiere llorar y sonríe, guarda su corazón y vende su mano.

¿Y qué? La madre se alegra, la familia se regocija y el mundo la felicita. Se salva la opulencia y la mujer se pierde.

¡Qué vida!... y... ¡qué desdicha!

Desde que la razon se ha convertido en número, los que no tenemos á la mano un ejército ó una mayoría de votos ó unos cuantos millones de reales, no sabemos qué hacernos de ella; la conservamos como antiguo título de nobleza, poco más ó menos, como guarda el hidalgo linajudo los viejos pergaminos con que atestigua su ilustre abuelo; títulos nobiliarios que le harían hoy mucho más al caso, si pudiera convertirlos en títulos de la Denda.

Tener razon no es precisamente una cosa inútil, sino que además suele ser una circunstancia peligrosa cuando no la acompaña el poder de un ejército ó la adhesión de una mayoría, y la respetable influencia, por lo ménos, de cuatro ó cinco millones de pesetas.

Así vemos á las naciones empeñadas en hacer armamentos, á los gobiernos en hacer mayorías, á los individuos, en hacerse ricos y todo, ¿por qué? Por apropiarse el privilegio exclusivo de tener razon sobre todos los hombres y contra todas las razones.

Regla general: la razon, sin más amparo que la razon misma, se vé vencida en los campos de batalla, anulada en las votaciones de las Asambleas, perdida en las encrucijadas de los tribunales, que ya de un modo, ya de otro, están encargados de reconocerla.

Como si la razon hubiese llegado á ser un delito concita contra sí la fuerza de unos, los votos de otros, el dinero de todos; y vencida, anulada y perdida, se va con el que más puede, con el que más sabe, con el que más tiene.

La razon será siempre el orgullo del hombre, pero el que no posea más que razon, debe esconderla como un tesoro en el último rincón de la casa, porque da miedo de tenerla.

Se ha dicho:

De poeta, músico y loco
Todos tenemos un poco.

Y es verdad. ¿Quién no ha hecho versos, ó por lo ménos, no ha deseado hacerlos? ¿Quién no canta aunque no sea más que en la mano? ¿Quién no lleva en la cuenta de su vida la respetable suma de algunas locuras?

Pues bien; de sábios lo tenemos todo, porque los conocimientos humanos se han extendido tan prodigiosamente, que todos hablamos ya con perfeccion admirable el *caló* de la ciencia. El que parezca más ignorante tiene fraguados á estas horas con cuatro toques de sabiduría, primero, un dios á pedir de boca; segundo, un Gobierno de mano maestra; tercero, un hombre que ni pintado.

En cualquiera de las épocas bárbaras porque ha pasado la historia de la especie humana se habría llamado á esto *pedantería*; nosotros, más cultos, lo llamamos *ilustracion*. En la mesa de un café, alrededor de la chimenea de un casino, en la tribuna de un Ateneo, desde cualquiera de los bancos de este ó el otro Cuerpo Colegislador se corrige el cielo, se reforma la tierra y se restaura al hombre; pero el cielo se cree inmejorable, la tierra se declara incorregible y el hombre empeora.

Hay dos estadísticas que debieran hacerse.

Una, la de los sábios que nos inundan.

Otra, la de los crímenes que nos aterran.

O de otra manera:

La de la ilustracion que nos enaltece.

Y la de la perversidad que nos deshonra.

Si la moda no impusiera el imperio de sus novedades más allá de los límites del vestido, de la mesa, de los saludos y aun de lo asuntos que son el platillo de las conversaciones, la cosa no pasaría del tocador, de la cocina y de los salones, y todo se arreglaría sometiéndonos á la extravagancia del último figurin, al refinamiento del último plato, al rigor de la última manera de saludar; y hablando hoy de la última corrida de toros, mañana del último baile, del último cantante... de todo, en fin, lo que sea lo último, cumpliríamos con los deberes la moda.

Mas es el caso, que la moda se ha extendido por todos los dominios, y hay que ser como ella lo dispone, ó condenarse á vivir confundido con el vulgo de las gentes; esto es, á enterrarse vivo.

Sabido esto, véase ahora el muestrario escogido de la última moda:

Es de rigor:

Hablar por los codos.

Escribir con los piés.

Comer á dos carrillos.

Es de buen efecto:

Entrar descalzo y salir en coche.

Vender al amigo y comprar al enemigo.

No conocer al rey más que por la moneda.

Están muy en boga:

El alma á la espalda.

Las manos puercas.

Las uñas largas.

Y en fin, *hacen furor*:

Las quiebras.

Los secuestros.

Los suicidios.

No son pocas las navidades que el hombre cuenta ya sobre la tierra, mas por lo visto no estamos contentos con la decrepitud que hemos alcanzado, y quieras que no quieras, hemos resuelto hacer del *hombre* prehistórico un ascendiente que sustituya á Adán y nos proporcione un origen mucho más antiguo.

La ciencia, que por una parte hace generosos esfuerzos por rejuvenecernos, rodeándonos de maravillosas novedades, como si la vida fuese una cosa nueva, el mundo una cosa nunca vista, y el hombre una cosa acabada de hacer, por otra parte se empeña en dar á la vida, al mundo, y al hombre una genealogía que se remonte á tiempos muy anteriores á la época del Paraíso.

Es decir, que hemos venido al mundo trayendo ya una edad bastante avanzada, que empezamos á vivir en los momentos de nuestra mayor ancianidad; en una palabra, que hemos nacido muy viejos.

Mas para atestiguar la triste decrepitud en que se encuentra, no es, en verdad, absolutamente indispensable el testimonio fósil del *hombre prehistórico*, porque basta observar que hemos traspasado los límites de toda edad posible.

La descomposicion sobreviene despues de la muerte.

Pues bien; el estado de corrupcion en que nos encontramos, nos descubre que llevamos dentro de nosotros mismos este tenebre absurdo.

Llevamos el cadáver corrompido de nuestra vida.

JOSÉ SELGAS.

LA CUEVA DE HÉRCULES.

(TRADICION TOLEDANA.)

Ya he referido en otro lugar la historia del *Palacio Encantado* que abierto con harta imprudencia por Don Rodrigo, último rey de los godos, dió salida á los males que durante más de siete siglos pesaron sobre España. Invocados por las torpezas de aquel príncipe, los árabes se precipitan como un turbion sobre el Estrecho, deshacen el pequeño ejército de Teodomiro, débil valla para su empuje, que en hora desgraciada se les opone; arrollan en los llanos de Jeréz las fuerzas disponibles de los godos, siguen luego á Toledo, á Guadalajara; se desparraman como las olas de un mar alborotado

por todos los rincones de la Península, y poco tiempo despues quedan pacíficos poseedores de ella, y la media luna ondea sobre las plazas españolas. Pasan enseguida á los Pirineos, invaden la Gália gótica en innúmera muchedumbre, y á no haber sido detenidos en los campos de Poitiers por la maza de armas de Cárlos, rey de los francos, la Europa entera hubiera sido musulmana. Estas fueron las consecuencias inmediatas de los errores cometidos por aquel desgraciado príncipe que al comienzo de su reinado perdonó á sus enemigos, llamó á los que estaban en el destierro, levantó cuantas penas pesaban sobre ellos, y pareció augurar una época de calma y de reposo á la sociedad gótica, rendida por los extravíos de Wittiza.

He dicho tambien,—fiel intérprete de la opinion popular, autora de la leyenda,—cómo así que salió el rey del maravilloso recinto, se hundió éste con horroroso estrépito, cual si quisiera hacer más temibles los presagios que en sus encantados rincones encerraba, y cómo se abrió en su lugar ancha y negra cueva, que el pueblo miraba con horror, porque evocaba en su memoria el lance pasado, y con él la causa originaria de sus desdichas. Desde entonces empezaron á circular rumores estraños sobre la cueva y á tomar forma en la imaginacion pavorosas ideas de duendes y trasgos, que traían á mal traer á los habitantes de Toledo. Pero al hundirse el palacio no habian perdido aquellos lugares la atraccion que tenian, atraccion que encierra siempre lo maravilloso y lo desconocido. *Placer con pesar* llamaba el pueblo á la ferrada torre, y el mismo nombre podia conservarse á la ancha sima abierta en su lugar, porque los espíritus que en ella vivian no se presentaban al ánimo con sombríos colores ni semblantes repulsivos; antes por el contrario, atraían al propio tiempo que atemorizaban; tenian el rostro hermoso y la voz delicada, á la vez que la intencion pérfida y el propósito maldito.

Es verdad que, segun decia la voz popular, eran dulces, simpáticos, y llamaban á sí á los mortales, interesándose con el relato de sus cuitas ó con la descripcion de su felicidad; pero nadie volvía á saber de los ilusos que, engañados, los seguian; es verdad que el aspecto de la cueva era horrible y causaba pavor en el ánimo más templado y en el hombre ménos dado á dejarse imponer por el temor; pero tambien lo es que, segun sabía todo el mundo, en el fondo de aquella cueva, en un lugar oculto á las miradas indiscretas, hacínabanse en monton riquezas sin número, riquezas que la fantasia no hubiera podido contar sin sentir vértigos, riquezas bastantes para calmar la codicia de todos los avaros reunidos y para enriquecer á todos los reyes más poderosos de la tierra. El tesoro de Hércules, del que Don Rodrigo no se habia podido apoderar por el terror que al llegar á la tercera sala hizo presa en él y en los suyos, estaba allí, esperando al sér desprecupado y valiente que, haciendo abstraccion de cuanto viera en torno suyo, siguiere impávido hasta el fin. Oro, perlas, brillantes, esmeraldas, todo caía en ruidosa cascada sobre el pavimento de mármol de una sala escondida, muy escondida en el seno mas profundo de la tierra, produciendo al caer un eco vibrante y argentino, que revelaba el secreto de todas las cosas y rompía el velo que cubre el porvenir. El hombre que llegase hasta allí sería poderoso sobre los poderosos de la tierra. A su capricho se trasformaría el mundo que erigiria en ley su voluntad. Podia aprender allí la lengua de los pájaros y el secreto de dominar ó de atraer las tempestades; fórmulas para ser obedecido por los vientos y fórmulas para imponer leyes al mar y someter los astros á su capricho, haciendo que las mismas fuerzas de la creacion concurriesen á la satisfaccion de sus deseos más pueriles.

Contábanse en el pueblo historias fabulosas acerca de aquellos lugares sombríos á la vista, pero en los cuales, sin embargo, se recreaba la imaginacion. Horrible era el aspecto exterior de la negra sima abierta como una boca gigantesca contraída por sardónica carejada, sarcasmo hecho por la tierra á la hermosura y esplendor del cielo; pero allá, en su oscuro fondo, decíase que brillaba la luz radiante, chispa cuidadosamente conservada de aquella luz que en el primer día de la creacion alumbró el despertar del mundo en el seno del caos. Decíase que séres sobrenaturales, amantes de los hombres, poblaban el encantado recinto y atraían por la noche á los viajeros extraviados que, si se prestaban á sus caprichos, amanecían al día siguientes dormidos casi á la boca de la cueva, llena la bolsa de riquezas bastantes para calmar su ambicion y asegurar su porvenir; pero tambien se añadia que muchos de ellos no volvian á aparecer y quedaban perdidos para siempre en las oscuras revueltas del intrincado laberinto del vasto palacio subterráneo, que se conservaba tal como lo dejaron Don Rodrigo y los nobles godos el día en que movidos de imperdonable curiosidad acudieron á visitarlo.

Todo esto, y mucho más, se decia sobre la *cueva de Hércules*, por cuyas cercanías no pasaba sér humano desde que la campana en la torre saludaba á la tarde moribunda con el sún melancólico del *ángelus*. Muchas veces se habian visto salir del antro oscuro vagos resplandores semejantes á esas llamas azuladas que corren en los cementerios rodeando en brillante guirnalda las piedras blancas de las tumbas, y esas llamaradas que se movian á un lado y otro con rapidez vertiginosa, eran—y bien lo sabia todo el mundo—las almas de los que habian bajado á la horrible sima sin querer volver á la tierra, las cuales yacian en pecado mortal y subian por la noche á pedir oraciones á los lábios y lágrimas á los ojos de los vivos.

De aquí el terror supersticioso que la *cueva de Hércules* inspiraba, desde tiempos remotísimos, á los habitantes de Toledo; terror que transmitido de padres á hijos á través de las edades, habia llegado á formar parte, en cierto modo, de las ideas y sentimientos de los toledanos, y que tan arraigado se encontraba al terminar el siglo XVI de nuestra era, que hizo pensar seriamente al entonces arzobispo de Toledo, cardenal Silíceo, en la manera de acabar para siempre con aquel manantial de supersticiones, que eran otras tantas ofensas á la bondad de Dios, cosa que, sin embargo, no pudo conseguir; contribuyendo, por el contrario, con su conducta á que se acrecentasen y fuesen mayores las hablillas del pueblo sobre este encantado abismo.

I

Era una noche oscura y fria como el desengaño. Anchas

nubes se estendían por el cielo formando espeso manto que no podía traspasar el resplandor de las estrellas más brillantes. Sólo de cuando en cuando, por entre algún pequeño desgarrón, asomaba la luna su faz pálida, rodeada de azulada círculo, como vieja curiosa que saca la cabeza por estrecha ventana para mirar hacia la calle, y satisfecho apenas ese sentimiento, que en el Paraíso perdió á nuestra madre Eva, se retira con premura, temerosa quizá de ser vista.

De cuando en cuando gruesas gotas de lluvia humedecían la atmósfera, dando al viento ese olor á humedad que sale de tierra recién mojada; pero pronto cesaban de caer, como si, avanzadas de la tempestad que se preparaba, no tuvieran más objeto que anunciar á las gentes la aproximación del ejército de que formaban parte.

Ni un rumor turbaba el silencio; daban las diez de la noche y esta hora era ya bastante avanzada en un pueblo como Toledo y en una noche de otoño, tempestuosa como la descrita. Todo dormía y callaba en la calle de los Infantes, menos Magdalena, la hermosa jóven que, sentada tras la reja de su cuarto y apoyando su cabeza encantadora en los desnudos hierros, negros como su dolor, lloraba silenciosamente turbando con el eco de sus suspiros y sus ahogados sollozos la calma siniestra de la noche. Delante de ella, y apoyado también en la parte exterior de la reja, Pablo la contemplaba tristemente sin pronunciar una sola palabra, como si ya hubiese agotado todas las frases del consuelo.

Magdalena y Pablo se amaban hacía mucho tiempo. Ella no había tenido más novio que él; él, por su parte, á nadie había amado todavía cuando la vista de Magdalena hizo latir su corazón con más prisa que de costumbre. El lenguaje de los ojos es muy elocuente para almas jóvenes que despiertan al amor en la primavera de la vida, y de él se sirvieron los amantes para declararse la recíproca impresión que se causaban. Miradas de fuego capaces de incendiar un mundo; estas fueron sus primeras palabras de ternura, dulces palabras que herían su corazón sin pasar por el intermedio del oído, no escuchadas ni aun del viento, caprichoso servidor de los amantes, mensajero de frases y suspiros, que en vano aprestaba sus alas para llevarlas á donde se le ordenase. Después, se vieron varias veces en la iglesia, alguna en el campo; luego, una dueña de faz rugosa como manzana tostada al fuego, hizo el oficio que la mitología dió á Iris, y durante mucho tiempo la luna que bañaba la calle con sus rayos, le vió noche tras noche apoyado en la reja de su amada, acariciando siempre en su imaginación acalorada, tras un presente algún tanto nebuloso, un porvenir claro y sin nubes. Todas las viejas de la calle conocían sus pisadas, y apenas llegaba él ante la casa de su novia, envuelto en las sombras que la noche tendía por todas partes y oían á poco rechinar la ventana de la reja, una sonrisa maliciosa se dibujaba en sus labios descoloridos, y si la noche era tempestuosa y el viento silbaba y la lluvia caía tenazmente sobre el suelo, «¡pobrecillo!»—decían con fingida compasión arrebujándose en las sábanas, ó acercando sus temblorosas manos al hogar.

Pero él no se apercebía de nada; fijos su atención y su pensamiento en el hermoso semblante de Magdalena cuyos grandes ojos le revelaban horizontes desconocidos, el resto del mundo no existía para él. Amaba la tierra, considerándola creada por Dios para poner en ella al sér amado; veía al sol con gratitud, juzgando que sólo brillaba en el espacio para dar á la pupila de aquella mujer la luz que en sus effúvios le abrasaba. Y en la serena calma de la noche sólo veía el recogimiento de la naturaleza que no quería perturbar sus sueños, y en los rayos de luna amorcillos caprichosos que jugaban al escondite en las blondas guedejas de la mujer de su sueños. Por eso estaba alegre, contento, aunque el viento azotase su rostro ó la lluvia empapase sus vestidos, ó el trueno rugiera sobre su cabeza, siempre que delante de él, tras aquella reja, altar bendito de su amor, brillase la mirada dulce y cariñosa de Magdalena.

Esta, por su parte, era también feliz á muy poca costa. Amaba á Pablo con el fuego de la primera edad, con esa confianza que sólo tienen los niños y los ancianos, que no conocen ó han olvidado ya los amagos de este mundo traidor, en que bajo el verde prado sembrado de flores por la primavera se desliza la víbora insolente, y tras la tersa superficie del lago se agolpa el cieno en inmundicia montaña. Aunque su padre no sabía nada de sus relaciones, aunque tenía más de un motivo para creer que opondría á ellas el peso de su autoridad, no obstante, fuera de algunos ratos de insomnio—verdaderas nubecillas que el viento de la confianza arrastraba pronto lejos de ella—fuera de estos momentos, el porvenir se le aparecía rosado por los rayos de la aurora, aunque á través de un velo transparente.

Aquella noche, sin embargo, los dos amantes estaban tristes, como si lo sombrío de la noche tuviera alguna relación con lo sombrío de sus almas, y las tinieblas que invadían el espacio hubieran invadido también su corazón. Mudos como los grandes dolores, uno en frente de otro, contemplándose, gracias á esa delicadeza de los sentidos que sólo alcanzan los amantes, pues la oscuridad era muy densa, permanecían hacia ya bastante rato, Magdalena con la cabeza apoyada en los hierros de la reja, vertiendo copioso llanto, y Pablo lanzando en derredor torvas miradas, en las cuales brillaban de cuando en cuando ardientes llamaradas de furor.

—Pero, ¿es posible?—decía la jóven con la voz entrecortada por las lágrimas.—¿has oído bien?

—¿Y me lo preguntas—respondía su amante—cuando sus palabras se clavaban en mi corazón como puñales de acerada punta, arrojados por una mano hábil, escribiendo en él con sangrientos caracteres mi desesperación? ¿Me preguntas si he oído bien, cuando para no perder una palabra sola no me atrevo á respirar, y devoraba más que oía sus frases, desnudas de sentimiento, dictadas solamente por el cálculo y el egoísmo?

—Y, sin embargo, mi padre me quiere. Soy la única hija que le queda de los que Dios le envió, para que le sirviesen de apoyo y consuelo. Muchas veces me ha dicho que sin mí hubiera muerto.

—Pero es viejo y ha olvidado ya el modo de ser del alma; ha olvidado que la juventud es toda confianza, toda amor, toda fé en ese Dios tan grande que regla los movimientos de las hojas en el árbol, y mantiene á los pájaros, y

cuida de los insectos en invierno. Es viejo, y todo lo vé ya por el prisma de la realidad más fría, más desconsoladora y más amarga que la muerte. El hielo de la vejez ha caído en él sobre esa región bendita en que duermen las ilusiones, como palomas en el nido. La ancianidad es egoísta y quiere matar con su helado soplo los sentimientos elevados de la juventud, y llama quimeras á sus sueños y quimeras á sus esperanzas. A mis palabras de ternura, á mis frases ardientes, cuando le hablaba yo del porvenir, respondía con voz seca y desoladora que detenía la sangre en mis venas. Acabé de hablar, y me dijo:—Todo eso es muy bello, jóven, pero hoy por hoy no tenemos nada, y yo no puedo entregar mi hija á los horrores de un presente aterrador, aunque el porvenir sea brillante. El porvenir... ¿qué es el porvenir?... Un esfuerzo de imaginación que hace el hombre para no desesperarse en medio de las angustias que le rodean, de los dolores que sufre... Asegúrame el hoy, y tiempo tendréis de prepararos al mañana.—

—¿Y qué le respondiste tú?

—¿Lo sé yo mismo? Te perdía, y esta consideración que me daba fuerzas para sufrir sus sarcasmos, y callarme á las humillaciones, dió, además, á mi voz una elocuencia que no tiene de ordinario. Le hablé de mis tios, que me quieren mucho, y se encogió de hombros; de mi carrera, de la que tanto puedo esperar, y me miró con incredulidad; le hablé, por último, de mi amor... y entonces ví que sonreía desdichosamente.

—¡Pobre Pablo!

—No sabes lo que he sufrido; no sabes el número de veces que me he llevado la mano al corazón para contener sus latidos que parecían querer romper la débil tablazon que le sujeta. Cuando le oí decir:—otro hombre me ha pedido la mano de Magdalena; es rico, puede hacerla feliz y se casará con ella...—entonces... mira, creo que lloré, yo que no he llorado desde la muerte de mi pobre madre, en cuya tumba vertí mis últimas lágrimas de niño. Sentí pasar algo como una nube por mis ojos y estenderse algo como niebla sobre mi alma, y caí sobre mi asiento sin fuerzas para protestar de aquella blasfemia, porque esas palabras son—vida mía—una blasfemia. Volví á suplicar, á suplicar sin trégua, por que ya no se tratara de que fueses mía, sino de que no fueras de otro, pero mis esfuerzos no pudieron ablandar el pecho de roca de tu padre, que, conociendo lo forzado de la situación, se levantó y me dijo:—Jóven, dentro de quince días mi hija dará su mano al hombre que su padre la destina. Venid antes de ese plazo con un capital igual ó mayor que el suyo, y tal vez podamos entendernos. De no ser así no vengais porque os cansaríais inútilmente. El amor, la ilusión se van muy pronto y quedan eternamente las necesidades. No tengo más hija que Magdalena y quiero darla una riqueza; la felicidad vendrá después.—Tales fueron sus últimas palabras. Me saludó y se retiró, dejándome mudo de espanto. Salí, y al verme en la calle sentí lo que Adam sentía al verse arrojado para siempre del Paraíso. Enjugué una lágrima y me alejé en silencio. Ahí tienes mi vida de hoy.—

Magdalena lloraba en tanto sin consuelo.

—¿Y qué hacer?—murmuraba débilmente.

—No lo sé. Tanto he llamado á Dios que desconfío ya de que me escuche. ¡Quizá el infierno fuera ménos sordo á mis quejas!

—Calla, calla; esas palabras, dichas en medio de la noche cuando la tempestad nos mira, me dan miedo. Tú eres bueno.

—Pero por alcanzarte á tí sería capaz de todo; hasta de volverme malo y olvidar los consejos de mi padre moribundo y la memoria de mi madre muerta. Si el mismo Satanás me aconsejase, seguiría escrupulosamente sus consejos.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¿Te has vuelto loco?

—No lo sé!—respondió él con voz sombría.—

Hubo una larga pausa. Al cabo de ella, un rayo de alegría iluminó la mirada del amante desesperado que, dándose un golpe en la frente, murmuró:

—¡Ah!

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?—le preguntó la jóven.

—Que una idea ha venido á mostrarme el camino que debo seguir.

—¡Oh! Pablo, me asusta, aunque no sé cuál es, esa idea que viene á tu cerebro, como respondiéndome á tu invocación á Satanás. ¡Jesús!—añadió santiguándose devotamente, porque en el fondo oscuro del cielo la luz cárdena de un relámpago había rasgado las nubes iluminando un instante el espacio.—No sé qué extraños fulgores ha dado esa luz siniestra á tu cara que se me ha aparecido como rodeada por un círculo azulado... Pablo, Pablo; desecha de tí las malas ideas que te inspira el espíritu del mal...—

—Adios, Magdalena.

—¿Te vas ya... sin decirme qué es lo que piensas hacer?

—Voy, alma mía, á intentar el postrer recurso para que puedas ser mía. Reza por mí, para que Dios, que vé mis intenciones, me acompañe. Y si acaso no vuelvo... acuérdate de mí, que habré muerto por no poder conseguir tu amor.—

Y poniendo sus labios ardientes en la blanca mano que la doncella apoyaba en los hierros de la reja, se alejó antes que esta pudiera detenerle, á tiempo que un horrible trueno, rugido de furor de la tormenta, vibraba sordamente en el espacio.

—¡Virgen María, amparo de los desgraciados, consuelo de los afligidos, santa Madre de Dios, ampara!—dijo la doncella cruzando las manos y dejándose caer sobre el desnudo pavimento.

Un nuevo relámpago brilló en el cielo y un nuevo trueno se dejó oír. La tormenta azotaba sus corceles acercándose á pasos agigantados á la tierra.

II

Ya llueve. Las densas nubes que encapotaban el firmamento abren sus negras bocas, de las cuales se escapan torrentes de agua, que caen en el aire deshechos en gruesas barras de cristal. El horizonte está cerrado por todas partes. La oscuridad es completa. De cuando en cuando una llama de fuego cruza arrastrada por una fuerza desconocida, brilla un momento y luego desaparece en la tierra abriendo en ella ancho pozo que deja como huella de su paso, y su luz, luz vivísi-

ma que hace daño á los ojos, alumbraba la negrura de la extensión. El viento sopla con fuerza, y desgaja las ramas de los árboles, y llama furiosamente á las puertas de las casas, y ora silba al entrar por la boca de una chimenea, ora ruje con fuerza al batir los muros de piedra que se le oponen á su paso. Como si fuese el soplo del demonio, apaga una tras otra las lámparas que la piedad de los toledanos enciende ante las santas imágenes de los pequeños retablos que tanto abundan en las calles de Toledo, y la ciudad queda completamente á oscuras, y las tinieblas tienden por donde quiera su manto de sombras. En el interior de las casas despiértanse las familias, y encendiendo luces á Santa Bárbara, patrona de las tempestades, rezan en voz alta el Trisagio y otras oraciones para hacer huir el fantasma de la tormenta que tiene por aliento el aquilon, por voz el trueno y por mirada el rayo y la centella.

A pesar de esto, desafiando la tempestad, Pablo caminaba con una mano apoyada en la pared para dirigirse, y la otra estendida hacia adelante para no caerse. Con paso firme y sereno atraviesa diversas calles empinadas y retorcidas callejones; y sigue, sigue, sin detenerse á descansar un momento, sin que el estado de la atmósfera pueda imponerle en lo más mínimo.

¿Dónde iba? ¿Qué pensamientos bullían en la cárcel reducida de su cerebro, chocando y atropellándose como se atropellaban los relámpagos y chocaban las nubes en aquel cielo tempestuoso? Cuando algún reflejo lejano venía á herir su rostro, veíasele sereno y sombrío, pero muy pálido; su mirada era resuelta; los rasgos de su hermoso semblante anunciaban una determinación tomada de antemano. Se conocía que marchaba á un fin, pero, ¿qué fin era éste?

La lluvia empapaba sus vestidos; el ardor de la carrera inundaba su rostro de sudor, y sin embargo, el frío de la noche empezaba á entumecer sus miembros. Tenía fiebre. Pero él no sentía nada; fijo siempre en su idea, andaba, andaba sin cesar y sin detenerse, abstraído en sus reflexiones.

Y era natural que no se apercebiese del mundo exterior quien reconcentrándose en su interior, evocaba recuerdos dichosos, dulces memorias de ternura, que le elevaban de las frías regiones de la realidad á las vagas quimeras de la ficción.

En medio de la naturaleza, que parecía rebelarse contra su señor, en aquella lucha gigantesca que rehían en el aire los elementos desencadenados, él veía pasar ante su vista, como envueltas en un nimbo luminoso, aquellas gratas escenas de los primeros días de su amor, idilios encantadores que se renovaban incensantemente, y en los cuales sólo los personajes cambian. Sobre todo, recordaba como si lo estuviera viendo, la tarde de primavera en que recibió la primera carta de Magdalena. Caía el sol en el horizonte bañando con sus rayos de fuego el cielo azul, la verde campiña, las casas lejanas, y él, sentado junto á la ventana de su cuarto, permanecía en ese estado en que la imaginación se detiene y abate sus alas, cuando entró en la habitación la respetable dueña, que le entregó con maliciosa sonrisa el billete de que era portadora, sentándose enseguida, sin separar de él los ojos, para sorprender sus pensamientos por las alteraciones de sus músculos, y poder luego satisfacer la ávida curiosidad de su señora, que la agoviaba á preguntas. Volvióse él de espaldas á la luz, y ébri de placer empezó á leer aquellos renglones, que encerraban sin duda algún encanto que le impedía separar de ellos los ojos, y mientras sujetaba el papel con la mano izquierda, contenía con la derecha á su leal perro de caza, gravemente sentado en una silla, y que con sordos gruñidos demostraba bien claramente las intenciones poco benévolas que abrigaba hacia la venerable quintañona... Todo lo recordaba, como si á la sazón volviera á verlo real y positivamente: la estera que embotaba el calor de los rayos caniculares durante el día, y que recogida ahora dejaba paso por las junturas de la anea á la pálida luz de la tarde, que reflejaba tristemente en los cristales de la ventana; el cuarto modesto, confidente de sus penas y testigo de sus alegrías, que en sus blancas paredes ostentaba, como glorioso lema, el nombre del sér querido, cien y cien veces trazado sobre la tersa superficie...

Estos recuerdos, esta ojeada retrospectiva á un pasado feliz, le conmovió, y sintió húmedas sus mejillas, sin saber si eran gotas de lluvia lo que á él se le antojaban lágrimas, ó si, en efecto, eran lágrimas lo que á él se le antojaban gotas de lluvia. Y siguió andando, andando sin cesar, como si una fuerza superior le impeliera. El huracán seguía desbordado; la tempestad llegaba á su más alto período.

Detúvose de repente. Cerca de él y como si la tormenta se desarrollase también en las profundidades del planeta que nos arrastra en su marcha por el infinito, oíanse ruidos como de cadenas, rumores confusos de yunques golpeados con furor, ecos de carcajadas que llegaban á dominar el resoplido del viento, y cantos desacordes formando horrible armonía con el rujir del trueno y el caer de la lluvia. Entonces Pablo, como si sólo hubiera esperado llegar á aquel sitio para dar á su cuerpo el descanso que tanto necesitaba, exhaló un suspiro de satisfacción, y se dejó caer al suelo murmurando:

—¡Ya estoy aquí! ¡Ya me encuentro en la terrible *cueva de Hércules*! Ahora sólo me resta detenerme, mirar el camino que hasta aquí he recorrido, y luego, considerar el que aún me falta por recorrer.—

III

Estaba, en efecto, junto á la llamada *cueva de Hércules*, madre de tantos cuentos extraordinarios, de tantas singulares historias narradas junto al fuego del hogar, y con las cuales se asustaba á los niños, se hacía pensar á los jóvenes y se ponía graves á los viejos.

¿Qué iba á hacer allí Pablo á hora tan avanzada de la noche, con aquel tiempo tan horrible y en el estado de sobreexcitación en que se hallaba? ¿Qué motivo le llevaba á aquella senda que sólo podía conducirle á la locura? El amor que Magdalena le inspiraba, el deseo de hacerla suya para siempre y el sentimiento de su impotencia ante la férrea voluntad del padre de su amada, avaro sin corazón cuyas entranas parecían hechas del mismo duro metal de que tan idólatra se mostraba, le habían inspirado una idea diabólica: la de ir á buscar al escondido seno de la tierra las rique-

zas que de otro modo no podía obtener, para poder postrarlas á los piés del metalizado viejo, y conseguir á cambio de sus trabajos y como recompensa á su valor la mano de aquella mujer sin la cual le parecía la existencia cosa harto pequeña y baladí para tomarse la pena de defendérsela al destino.

Y es que el amor de Pablo era la pasión en su más alto grado de desarrollo, estallando violenta, pronta á romper cuantos diques se le opusieran; una de esas pasiones avasalladoras, que según se las maneja, llevan al hombre á los últimos escalones de la materia, ó á la cumbre más alta del espíritu. No se le ocultaba á él que había algo de sacrilego en la empresa que proyectaba, algo de rebelarse contra Dios, pidiendo un auxilio sobrenatural para conseguir sus fines, y yendo á buscarlo, no á las regiones del cielo sino á las entrañas de la tierra; ya sabía él, de sobra, que los misterios de la Cueva de Hércules, con sus ruidos sospechosos, con sus sordos temblores, con sus recuerdos del pasado, con su origen y con el papel que en la tradición histórica de España representaba, y sobre todo, con sus encantamientos, era más bien obra del diablo que de Dios; pero el amor que le subyugaba había puesto una venda sobre sus ojos, y pobre ciego abandonado en un camino dificultoso, corría al azar, pronto á asirse á la primera mano que se le tendiera, perteneciese á quien perteneciese. Su unión con Magdalena: hé aquí su solo fin. Había momentos en que creía no haber nacido mas que para amar á aquella mujer, y caer rendido en sus brazos, y pasar así con ella, como el polvo del camino, arrastrado por ese huracán que se llama vida, á perderse lentamente en ese abismo sin fondo, á que se dá el nombre de tiempo. Por eso, así que se le ocurrió la idea que ahora iba á ejecutar, se asió á ella con la misma ansia con que el náufrago, que se vé preso ya por la mano de la muerte y siente que sus fuerzas le abandonan, se ase á una tabla que de repente encuentra á su alcance, sin reparar de donde viene ni de qué parte del buque es.

Y lo hizo sin luchar, sin defenderse. Poco le importaban los peligros que había de correr, y ménos aún las riquezas que iba á buscar, y en las que sólo veía el faro brillante que había de conducir á buen puerto la insegura barquilla de su felicidad. El sentimiento religioso le imponía algún tanto; pero era sofocado al punto por la tentación que le presentaba realizado el fin que sin descanso perseguía. Ante esto callaban todos sus escrúpulos.

Mucho tiempo llevaba ya en la misma posición que tomara al dejarse caer agoviado por la fatiga, cuando haciendo un esfuerzo vigoroso, se levantó. Apenas podía sostenerse en pié. La calentura daba vivos fulgores á su lúcida mirada, y sus ojos brillaban en la oscuridad como dos carbones encendidos. Vacilaba al andar, y á los pocos pasos tuvo que detenerse para tomar fuerzas. Su frente ardía, sus sienes palpitaban, y sentía, alternativamente, en su cuerpo, calor de fragua ó frío de hielo. Sostenido por la fiebre, las fuerzas que le mantenían en pié parecían prontas á abandonarle. Era horrible verle caminar así, con el paso tardío, la mirada estraviada y respirando con dificultad, en medio de la noche sombría y á la rojiza luz de los relámpagos, y acercarse pesadamente á la entrada de la cueva, que parecía la boca del infierno.

—¿Qué es esto?—murmuraba.—¿Me faltarán las fuerzas, precisamente en el momento que más necesito de ellas? ¡Oh! Aunque tuviera que llegar arrastrando y dejarme caer después al fondo de un precipicio, iré hasta el fin.—

Y dió algunos pasos más. —Dicen,—prosiguió tras una breve pausa,—que en esta cueva habitan seres misteriosos que guardan grandes riquezas. Buenos ó malos, yo les obligaré con mis súplicas á que me den oro, mucho oro, lo bastante para calmar la codicia del padre de Magdalena. Y si no les convenciesen mis desventuras, les arrancaré por la fuerza lo que no quieren darme de grado, y Magdalena será mía... ¡Magdalena! No sé qué encanto tiene este nombre, que al pronunciarle parece calmarse el ardor que me consume, y respiro mejor, mucho mejor... Fijo mi pensamiento en ella, bajaré al fondo de la cueva y volveré á la superficie. Ella me espera y si no me viese mañana sufriría mucho...—

En esto sintió que la entrada que buscaba estaba cerca de sí. Adelantó algunos pasos más, é incapaz de sostenerse en pié más tiempo se echó al suelo y prosiguió arrastrándose con precaución. Los ruidos subterráneos habían cesado por completo y hasta la misma tormenta había calmado su furor. El viento era ménos fuerte; los truenos ménos profundos.

—¡Ya estoy aquí!—dijo con voz fuerte y vibrante—Ahora que Dios ó el diablo me socorran!—

Y adelantándose con precaución entró en la cueva. Hubo un momento de silencio. Después se oyó un grito ahogado de agonía, y volvieron á sonar como ántes los ruidos misteriosos en el seno escondido de la tierra. La tempestad seguía su carrera un momento interrumpida.

IV

Eran las doce de la noche de aquel mismo día. Una figura como de espectro se detuvo ante la casa de Magdalena y llamó á la puerta con mano segura. Preguntó por el dueño, pretestó un asunto urgente, y así que consiguió ser llevado á su presencia:

—Levántate—le dijo imperiosamente—Levántate y sígueme.

—¿A estas horas?—preguntó el anciano con extrañeza.

—Es negocio de mucho dinero.

—Pero yo no te conozco, ¿Por qué cubres tu rostro con la capa y te recatas en la sombra? ¿Quién eres?

—No te importa. Aquel que todo lo puede me envía á tí para decirte:—sígueme. Levántate, toma tu sombrero y anda.

Había en la voz de aquel hombre un no sé qué de imponente y amenazador. Parecía un juez ante un criminal. Un desasosiego y una inquietud que no sabía á qué atribuir se apoderaron del ánimo del viejo que sin darse cuenta de lo que hacía se levantó de la cama, se vistió, y sin hacer objeción alguna echó á andar delante de su interlocutor.

—¿Cómo, señor, vais á salir con esta noche de perros?—le preguntó asombrada la dueña.—

Nada la respondió su amo que, siguiendo ahora á su silencioso acompañante, empezó á atravesar Toledo, como si

fuera día claro, sintiendo que una luz que no brillaba en parte alguna iluminaba su camino. Cuando su acompañante se detuvo, el anciano se detuvo también, y al detenerse no pudo contener un grito de terror. Los ruidos subterráneos que con estrépito sonaban á su alrededor le ilustraron sobre el punto en que se encontraba.

—¡La cueva de Hércules!—murmuró, y sus dientes castañetearon de terror.—¿Quién eres tú, y por qué me has traído aquí? ¿Qué fuerza me ha obligado á seguirte contra mi voluntad?

—Soy Pablo.

—¡Pablo!

—Sí, Pablo, á quien tu avaricia ha perdido. Pablo, que olvidándose de lo que hay más santo en la tierra y en el cielo ha venido á este lugar en busca de riquezas que calmasen tu sed de oro, y ha encontrado la muerte sobre ellas. Al presentarme á Dios manchado con el cieno de la culpa, me ha mandado irte á buscar para que entres en la cueva y en ella permanezcas viviendo sin vivir, sufriendo un castigo horrible, hasta que esté satisfecha su justicia. Esa fuerza que te movía á seguirme sin murmurar, era el remordimiento de tu crimen...

—¡Piedad!

—Piedad te pedía yo, y tú sobreías á mi súplicas. El oro es tu pasión; entra; ahí tienes lo bastante para satisfacer tus apetitos.—

Y Pablo empujó con la mano al miserable viejo, penetrando con él en la cueva de la que nunca habían de salir.

V

Comentóse mucho en Toledo, los días sucesivos, la desaparición de Pablo y del anciano, que nadie sabía cómo explicarse satisfactoriamente. Magdalena los esperó durante su vida, que fué muy corta, pues poco tiempo después de estos sucesos murió víctima de una enfermedad que ningún médico supo definir.

Nunca hubiera llegado á saberse la palabra del enigma á no haber ocurrido un suceso tan portentoso como el primero.

Un día, algunos años después de lo narrado, huyendo un chico de su amo que le quería azotar por una falta que hacía él haber cometido, y no sabiendo dónde se metía, penetró en la cueva de Hércules sin apercibirse de su torpeza hasta después que estaba muy adentro y no le era posible retroceder. Anduvo mucho tiempo ignorando el medio de salir de allí, hasta que, hallando en el camino una segunda cueva, se internó en ella, encontrándose de repente en el campo, y cerca de Añover, pueblecillo á tres leguas de Toledo. Cuando volvió á la ciudad, contó cosas tales que más parecían fábulas de encantamiento. Durante su excursión había visto en el centro de la cueva un gran tesoro vigilado por un enorme animal para él desconocido, que, recostado sobre él, mostraba los dientes cuando el chico se le acercaba; vió en derredor altos montones de huesos de seres humanos que habiendo ido por el tesoro, habían sido devorados sin duda por el feroz guardian, y muchos fantasmas y muchas visiones que se movían sin cesar armando un ruido horrible, que hacían mayor los graznidos de las aves nocturnas y los rugidos de las fieras que sonaban por todas partes, y los golpes que una estatua gigantesca descargaba pesadamente en un yunque sobre una barra de oro. Cerca del tesoro, girando sin pararse nunca, fijos en él los ojos codiciosos, pero sin poder llegar á él, vió á un anciano y á un jóven detrás, que exhalaban sordos gemidos de dolor, y en cuyas facciones alteradas por el sufrimiento, reconoció las de Pablo y el padre de Magdalena, á quienes había conocido mientras vivieron entre los mortales. Después de contar estas cosas y otras muchas, á cuál más raras, el muchacho perdió el habla y murió á las pocas horas.

Esto es lo único que llegó á saberse en Toledo del desenlace de esta historia, y lo que aun cuentan en la ciudad al narrar las tradiciones de la Cueva de Hércules.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

LOS BUFONES EN LAS CORTES DE RUSIA

Y ESCANDINAVIA.

Entre todas las cortes civilizadas ó no civilizadas, ninguna más terrible para los bufones que la de Rusia, ni ninguna tampoco los ha tenido más groseros. El oficio de bufón en Rusia, no era ciertamente una prebenda, porque las chanzas que solían gastar los Emperadores costaban muchas veces la vida á los pobres juglares. El más salvaje de estos potentados fué, según parece, Ivan Vasilievitz IV, que reinó desde 1533 á 1581. Ivan solía divertirse en convidar á comer á muchos cortesanos y ponerles manjares de perro, gato y hasta carne humana. ¡Qué tales serían las chanzas de los bufones en la corte de este personaje! Una vez, su bufón favorito se permitió á la mesa alguna chanza grosera en ocasión en que el Czar estaba de humor de ser delicado y pulcro. Su Majestad mandó al bufón que inmediatamente saliera de la estancia, y á los pocos minutos le envió orden de volver á entrar y arrodillarse delante de él. El bufón obedeció, y su gracioso soberano tomó una gran sopera llena de caldo hirviendo y se la echó por el cogote. La desgraciada víctima no pudo sufrir aquel tormento. Ivan mandó llamar á un médico para que le asistiera; pero la medicina no pudo salvarle. Cuando fueron á decir al Emperador que había muerto, dijo:—Ya que se ha empeñado en morir, que le entierren.

Por muchos años los bufones rusos más apreciados fueron los hombres más feos, más ridículos y más idiotas, sin que presentaran nada notable fuera de su falta absoluta de ingenio. Sólo desde el tiempo de Pedro el Grande se habla de bufones de algún talento. Pedro el Grande mantenía á su alrededor nada ménos que cien personas que merecían éste título. Era de varias especies. Unos habían nacido imbéciles, y de estos se servía el Emperador como ejemplo para

sus cortesanos, comparándolos con algunos de ellos. Otros eran oficiales del ejército, que habiendo cometido algún grande acto de locura eran castigados, obligándoles á vestirse de bufones, á tomar el nombre de tales y á desempeñar los oficios de su profesion. Otros eran personas que habiendo cometido delitos graves, para evitar el castigo se habían fingido locos y eran tratados como tales en la corte. Entre los bufones de la segunda clase estaba el capitán Uschakof, que fué promovido á la categoría de bufón de la corte por el siguiente suceso. El capitán había sido enviado por el comandante de la plaza de Smolensko con una carta importante dirigida al Gobernador de Kief, carta que exigía respuesta inmediata. Mandáronle que caminase las 60 leguas que hay entre ambas ciudades con toda la velocidad que su caballo pudiera permitirle, y obedeció la orden fielmente llegando á las puertas de Kief una mañana antes de amanecer. Allí pidió que le admitieran; pero el oficial de guardia le dijo que tenía que esperar hasta que el jefe de día que estaba durmiendo le diera las llaves. Uschakof contestó que la carta que llevaba era de la mayor importancia, y que si no le admitían inmediatamente, volvería á galope á Smolensko y daría su queja al comandante que le había enviado. El oficial de guardia creyó que se chanceaba, pero su sorpresa fué grande al ver que el impaciente capitán volvía grupas y desaparecía á todo galope entre la niebla de la mañana. Cuando Uschakof llegó á presencia de su superior en Smolensko, llevando la carta en vez de la respuesta esperada, y cuando hubo manifestado lo que había ocurrido, el comandante exasperado le llenó de maldiciones, y queriendo darle un castigo adecuado á lo enorme de la falta, le envió á presencia del Czar con orden de referirle toda la historia. Pedro el Grande, no bien la oyó, mandó inmediatamente prender á Uschakof y alistarle entre los bufones de la corte. Esto, lejos de ser un castigo, era sin duda la mayor fortuna para un hombre del calibre mental del capitán Uschakof. Su nuevo oficio le pareció excelente, y por su buen humor fué recibido en varias cortes de Europa, ahorrando en poco tiempo no ménos de 20,000 talers de los regalos que le hicieron. Acompañó á Pedro el Grande en muchas de las visitas que hizo á otros soberanos, y en una de estas ocasiones se halló con el Czar y el Rey de Polonia en el teatro de Dresde. El programa de la funcion anunciada por carteles ofrecía la novedad de un bailarín llamado Scaramouch, que debía bailar un paso cómico llamado *Las folias de España*. La expectation era grande; el entreacto se prolongaba demasiado, y Uschakof, impaciente, saltó del palco real sobre la escena, y con admiracion y aplauso de toda la concurrencia, ejecutó unas folias con tantas cabriolas y contorsiones de su invencion, que tuvo á los ilustres espectadores en continua risa.

Dos hermanos había de una familia de principes, que promovidos al rango de bufones oficiales, no tuvieron la misma suerte que Uschakof. Flögel, que cita el caso, no nos da sus nombres ni dice de donde ha tomado su historia, pero la cuenta de la siguiente manera. Estos hermanos habían entrado en una conspiracion, cuyo objeto era matar al Czar. Descubierta la conspiracion, y habiendo sido ahorcados inmediatamente los principales conspiradores, los dos hermanos, viendo que iba á llegar su vez, acordaron fingirse locos. Noticias de Pedro de su locura, les perdonó la vida, pero mandando que fueran tenidos en adelante por locos y tratados como tales. Esta nueva especie de tormento no era muy intolerable, pero como les detuvieron en la corte haciéndoles desempeñar el oficio de bufones, los hermanos no la pudieron sufrir: uno de ellos cayó en una profunda melancolía, y el otro se dió á la bebida, y murió en un acceso de *delirium tremens*.

Pedro el Grande, en verdad, era hombre muy extraordinario. Antiguamente en Rusia se celebraba entre el día de Navidad y el de año nuevo, una solemne procesion por el clero, que recorría en trineos las calles de Moscou, espléndidamente ataviado. Esta procesion se detenía á las puertas de las casas de personas pudientes: allí el clero cantaba con música un *Te Deum laudamus*, y recibía en cambio ricas donaciones de los cristianos más ortodoxos. Pedro el Grande, habiendo contemplado una vez la ceremonia, quedó tan edificado al notar el mucho dinero que los fieles entregaban á los sacerdotes, que determinó dispensar al clero de nuevas molestias, poniéndose él mismo en traje de gala á la cabeza de los trineos y de la iglesia, cantando el *Te Deum*, y recibiendo las contribuciones de los fieles cristianos y leales súbditos, con toda la satisfaccion de un hombre que ha descubierto un nuevo modo de divertirse y de ganar dinero á un mismo tiempo.

Los hombres á quienes Pedro enviaba á los países extranjeros para estudiar artes ó ciencias, estaban sujetos á su vuelta á un detenido examen. Si de éste examen resultaba que habían aprovechado en sus estudios, eran recompensados generosamente; pero si se veía que habían vuelto tan ignorantes como habían ido, el castigo era inevitable; se les degradaba, se les hacía criados domésticos y se les anotaba en el registro de los bufones. En la corte de la Czarina Ana hubo muchos de estos individuos, el más notable de los cuales fué Pedrillo, nombrado jefe de todos. Se les empleaba en cuidar las estufas del palacio, proveerlas de leña, tener cuenta de los perros y servir de objeto de burla para las camaristas de la Czarina.

Si en todas partes se diera un castigo semejan-

te á los que no han aprovechado en los estudios á que les han puesto ó á que ellos mismos se han dedicado, sería innumerable la multitud de criados de palacio, y grande la diversion de las camaristas.

Muchas veces tenia Pedro á su mesa un indívduo vestido de *Patriarca de Rusia* y algunas veces de *Rey de Siberia*, ya en traje sacerdotal, ya con el manto régio cubierto de medallas de oro y plata que resonaban á cada movimiento. Pedro, cuando él y el titulado *Patriarca* estaban borrachos, se divertía muchas veces en derribarle al suelo con silla y todo y mostrar á sus amigos al reverendo, con los talones en el aire. Tenia otro bufon á quien llamaba el *Rey de los Samoyedos*, y era un polaco, que recibía un rublo ó sean 15 reales al mes por entretener al Czar y á la corte, pobre paga á la verdad, aun para aquellos tiempos. Este título de Rey de los Samoyedos le daba Pedro generalmente á los bufones supernumerarios. A esta clase perteneció un judío portugués, cuyo aspecto cómico hizo por algun tiempo las delicias del Czar. Primero le promovió á la distincion de *Conde honorario*, y luego le elevó á la dignidad de Rey de los Samoyedos, haciéndose una coronacion burlesca en su presencia. También nombró Rey de los Samoyedos á su anciano maestro de escritura Sotoff. El clero de Rusia representó á Pedro que no debía llamar Patriarcas á sus bufones. Pedro dijo que se enmendaría; y en efecto, dejó de darles el título de *Patriarcas* y les nombró *presbíteros*. También elevó á la dignidad de bufon al cocinero principal de la Czarina. Parece que la mujer de este cocinero, por su conducta poco ejemplar, habia deshonrado á su marido. Pedro trató la cosa como objeto de burlas; mandó que el marido asistiese como bufon á las comidas de ceremonia, y en presencia de sus huéspedes le dirigía las chanzas y los gestos más groseros. Sin embargo, cuéntase que el cocinero algunas veces se irritaba y contestaba al Czar, haciendo alusiones á sus asuntos domésticos, que muchas veces tuvieron por resultado contener el torrente de su buen humor.

Otras veces, Pedro, que realmente era más tentado de la risa que todos sus bufones, hallándose en la iglesia, y teniendo mucho frio, echaba mano de la peluca del cortesano calvo que tenia más cerca, y se cubria con ella, devolviéndola luego á su propietario al concluirse el servicio divino.

Como hemos dicho, su principal bufon era su maestro de escritura Sotoff; habíale escogido, sin duda, por su figura, porque Sotoff era enano, ya viejo, con largos cabellos que le caian sobre los hombros, feo, deforme y con una voz, que segun cuenta el cardenal Dubois en sus Memorias, se parecia al canto de las ranas. Con este Sotoff, entre otros personajes, viajó Pedro el Grande por varios países, y últimamente, llegó á París, despues de haber estado en Holanda. Iba acompañado de los príncipes Kurakin y Dolgoruki, del Baron Schaffiroff y de su embajador Tolstoi. Sotoff no era el menor personaje de esta comitiva, porque ninguno de ellos podia jactarse de no haber sido desterrado, preso ó azotado con el knut: de manera, que bajo este punto de vista, estaban todos sobre un pie de igualdad. Saint-Simon y el cardenal Dubois cuentan lo que hacia Pedro el Grande en París, lo que hablaba, cómo bailaba, cómo tomaba en brazos al niño Luis XV, cómo se burlaba del duque de Orleans y las muchas botellas de cerveza que se bebía en su palco de la Opera. El bufon Sotoff llamó mucho la atencion de la corte francesa, aunque sus chanzas eran incomprensibles, porque no hablaba sino en ruso, y no le entendian más que los moscovitas de la comitiva del Czar. Sin embargo, parece que era muy del gusto de Pedro, que solía oír una comedia de Moliere sin sonreírse, y soltaba la carcajada cuando hablaba Sotoff.

Despues de Sotoff, se habla del Príncipe Galitzin, aunque este, más bien que chancero, fué objeto de una chanza bastante pesada. Galitzin habia sido inscrito en el registro de locos y bufones de la corte, por haber abandonado la religion griega ortodoxa, y abrazado la católica romana. Una vez alistado entre los locos de Palacio, la Czarina Ana dispuso casarle con una muchacha de humilde nacimiento, y para celebrar las bodas se mandaron venir de las diversas provincias del imperio algunas parejas de novios y novias que figurasen en la fiesta nupcial del Príncipe. En el día señalado salió una procesion de 300 personas del Palacio imperial y atravesó la ciudad con direccion á un palacio de hielo que se habia fabricado expresamente para la ceremonia, y fué el primer palacio de hielo que se construyó en San Petersburgo. La novia y el novio iban bajo un pálido y montados en un elefante; los de la comitiva iban en camellos y otros en trineos, que representaban diversas figuras de animales.

Era en el invierno de 1739. Despues de la ceremonia nupcial, se dió un banquete en honor del duque de Curlandia, y cada pareja de novios despatchó en él los platos peculiares de su respectiva provincia. Al banquete siguió un baile, concluido el cual, el príncipe y su esposa fueron conducidos al palacio de hielo.

Este palacio se habia construido á orillas del Neva, y estaba compuesto de grandes masas de hielo; tenia 60 pies de longitud, 18 de anchura y 21 de altura. A su frente se veía un pórtico de hielo con columnas y estatuas de la misma materia. Detrás de este pórtico estaba el único piso del Pala-

cio, dividido en dos departamentos, todos de hielo, con puertas y ventanas de hielo, pintadas á imitacion del jaspe. Dos delfines de hielo vomitaban llamas de nafta para alumbrar la procesion á fin de que pudiera atravesar el umbral; y dos morteros y tres cañones, tambien de hielo, hicieron tres salvas sin reventar. Los dos departamentos estaban divididos por una mampara, y contenian elegantes sillas de hielo, estatuas de hielo, espejos de hielo, candelabros, y en fin, todo el mueblaje imaginable, pero todo hecho de hielo.

Al exterior habia varias pirámides de adorno, una estufa con pajarillos en los árboles, una casa de baños y otros accesorios del mismo material, todo brillantemente iluminado. A este palacio fueron conducidos los recién casados con toda solemnidad, colocándose una guardia de honor á la puerta para evitar que entrase nadie á molestarlos y tambien para impedir que huyesen de la fria hospitalidad que les daba la corte imperial. Esta burla fué tan celebrada, que desde entonces el construir palacios de hielo se hizo moda en la corte, aunque no se les dedicó al uso que el primero habia tenido.

El Czar Pablo tuvo tambien un gran número de bufones en su corte, y no contento con los rusos, gustaba de tener á su lado cómicos franceses. No era, sin embargo, cosa muy segura chancearse con Pablo, como se vió en el caso del actor Fougere, el cual durante una cena se tomó la libertad de hablar francamente al Emperador y de censurar ciertas debilidades suyas. El Emperador hizole sacar de la cama aquella noche, le encerró en un carruaje cerrado, donde no podia ver la luz, le hizo vendar los ojos y le mandó notificar muy cortemente que iba á ser conducido á la Siberia. En efecto, el carruaje echó á andar y estuvo más de un mes andando hasta que llegó á su destino; pero cuando quitaron á Fougere la venda de los ojos, se encontró en presencia del Czar Pablo y de un gran número de convidados, que todos celebraron mucho la chanza, incluso el mismo Fougere, que habiendo creído hallarse en Siberia, se encontraba en San Petersburgo en presencia de la corte.

Nicolás, hermano de Pablo, tenia tambien humor chancero. No acostumbraba á rodearse de bufones: pero de cuando en cuando se apoderaba de alguno que encontraba á mano y le hacia representar este papel. Esto sucedió con un oficial de su guardia llamado Save Saveitz Yakoff. Este joven oficial, de nombre un poco cacofónico, habia sido comisionado para comprar caballos con destino á su regimiento, y fué tan fiel en su comision, que le tuvieron por loco. En efecto, llevó á San Petersburgo caballos que valian doble suma de la que se le habia dado para comprarlos. Por esto su situacion en el regimiento se hizo intolerable; era un mal ejemplo que podia tener funestas consecuencias este de haber comprado por la mitad del valor, cuando la costumbre general era comprar por el doble. El joven Save Saveitz Yakoff tuvo por consiguiente que dejar el regimiento. Pidió permiso para viajar por el extranjero, pero le fué negado; y no sabiendo qué hacerse, ni en qué ocuparse, estuvo pensando mucho tiempo sobre su situacion, y al fin determinó exhibirse en la capital como el prototipo de la moda y la elegancia. Presentóse, pues, un día en público en el traje más exagerado que pudo arreglar, tomándolo de figurines franceses ó ingleses y se paseó por la gran Perspectiva Nevski, llevando en la cabeza un sombrero que parecia un tiesto de flores boca abajo, la barba cortada á lo Enrique IV, una corbata enorme, una capa á lo Almaviva, en una mano un baston de nudos retorcido y en la otra un lente pequeño que aplicaba al ojo. Iba además acompañado de un perro dogo de los más feos y más caros en San Petersburgo. De éste modo se paseaba contoneándose por la Perspectiva, cuando acertó á pasar Nicolás en su carruaje imperial. La mirada del Emperador se detuvo un momento sobre aquel hombre, que afectaba la más exquisita elegancia, y le hizo seña de que se acercara. Acercóse el oficial pensando que su fortuna estaba hecha.

—Diga Vd., á nombre de todos los santos,—exclamó Nicolás,—quién es, y de dónde ha venido.

—Soy, señor, el más fiel súbdito de V. M.; Save Saveitz Yakoff.

—¿De veras?—dijo el Emperador con mucha gravedad:—tenemos una satisfaccion en conocer á usted, Save Saveitz Yakoff. Háganos Vd. el favor de entrar en el carruaje.

Yakoff dejó caer el baston, y un poco confuso tomó asiento en frente de S. M.

Luego que hubieron andado un poco, dijo el Emperador:

—¿Dónde está el baston. Save Saveitz Yakoff?

—No haga caso V. M. del baston.

—¿Pues no he de hacerle! Volvamos en su busca.

El carruaje volvió, se recogió el baston y S. M. dió orden de dirigirse al palacio de invierno. Una vez allí, el Emperador se apeó é hizo señas á Yakoff para que le siguiera. Este quiso dejar la capa, pero el Emperador, volviéndose, exclamó:

—¡Oh, Save Saveitz, no se quite Vd. la capa! Queremos verle á Vd. con sombrero, baston, capa y todo.

Y con esto el Emperador, seguido del oficial, se dirigió á las habitaciones de la Emperatriz. Al entrar preguntó á la Czarina:

—¿Conoces á éste animal?

—No, no le conozco, contestó la Emperatriz sin poder reprimir la risa al ver la extraña figura que tenia delante.

—Pues tengo el honor de presentarte á nuestro fiel súbdito Save Saveitz Yakoff.

Nicolás, haciendo dar entónces á su víctima una vuelta en redondo, añadió:

—¿No es guapo muchacho?

El desgraciado Save Saveitz Yakoff, despues de haber proporcionado mucha diversion á sus majestades, fue despedido medio muerto de terror y confusion; pero antes de salir del Palacio recibió... la insinuacion saludable de que el Czar no siempre trataba con tanta benignidad las extravagancias de sus súbditos. En suma, Nicolás, despues de haberse divertido con Save Saveitz Yakoff, le despidió sin darle siquiera el salario de bufon.

En la Escandinavia ha habido tambien bufones en gran número en los antiguos tiempos. En la autobiografía de la Reina Cristina de Suecia nos dice esta Reina que cuando en su juventud la regencia del reino trató de darle habitaciones separadas de las de la Reina madre, esta se opuso con vehemencia; y Cristina, á pesar del respeto que tenia á la viuda de Gustavo Adolfo, aprobó con mucha alegría esta medida. «Temia yo, dice Cristina, que la Reina madre fuese un gran obstáculo para mis estudios y ejercicios, porque yo tenia un gran deseo de aprender y la Reina madre se deleitaba en mantener á su lado y en sus habitaciones un gran número de bufones y enanos, segun la moda de Alemania, que no me dejaban un momento de reposo. Esta moda era para mí insostenible, porque he tenido siempre una aversion natural hacia esta clase desdichada de seres.»

Flögel se remonta en la historia de los bufones escandinavos hasta el período de los Scaldas (Skial ó sabios) que se llamaban tambien Spekinge (de la voz *Speke* (sabiduría), de donde dice que viene el verbo alemán Sprechen y el inglés Speak (hablar). No sabemos hasta qué punto esto será cierto, porque de hablar y aún de ser orador á ser sabio, hay todavía una gran distancia que recorrer. Los versos de los Scaldas tenian siempre un doble sentido, y de aquí sin duda la idea de clasificar á los bardos como una especie de juglares.

Algunos recibieron grandes recompensas por sus versos; por ejemplo, Hiarne el Scalda, que escribió un epitafio á la muerte del Rey Frotho I de Dinamarca, y el pueblo quedó tan admirado que elevó al poeta al trono vacante. El doctor Doran, que sin duda conocia este epitafio, dice que el pueblo dinamarqués no debía de ser un gran juez en poesia, porque el tal epitafio era una produccion muy mediana. Por nuestra parte, no habiéndole visto, ni siendo tampoco peritos en la materia, no podemos dar nuestro fallo imparcial. El Scalda de todos modos se parecia al juglar en la libertad con que cantaba ó hablaba y en la impunidad de sus censuras. Hubo tambien muchos Reyes escandinavos que fueron Scaldas en su propio Palacio, como ha habido Reyes que fueron bufones en su propia corte; pero habia una diferencia entre los Scaldas y los bufones y es que los versos de aquellos eran excesivamente nebulosos é incomprensibles. Nuestro poeta Góngora, en los tiempos del más exagerado culteranismo, hubiera sido un portento de claridad al lado de ciertos Scaldas. Decia uno de los versos de estos:

Pongo la serpiente redonda

En la lengua de la alcáncara

Junto al puente del escudo de Odin.

Para comprender que esto quería decir que se ponía una sortija en el dedo pequeño de la mano, es necesario saber que la alcáncara significaba la mano del alconero que llevaba el alcon, la lengua de ella era el dedo pequeño, y el puente del escudo de Odin era el brazo del cual el guerrero llevaba suspendido el escudo. Cuando se introdujo el cristianismo en los reinos escandinavos, los Scaldas que eran paganos comenzaron á decaer; se hicieron poetas de la corte y descendieron de su categoría al puesto de menestrales y juglares ordinarios. De uno de ellos se cuenta que invitó al Rey para comer una sopa de cerveza. Condujo despues al monarca á la orilla del mar y le dijo:—Ahí está la sopa; cuando la hayas concluido, tendrás la cerveza.

El bufon de Federico II de Dinamarca, hacia el año 1580, dió un buen consejo á este Monarca. Federico se hallaba perplejo, por que tenia medio celebrado un contrato con varios mercaderes ingleses de Copenhague. El contrato consistia en venderles la isla de Huen en el Sund, á cambio de las varas de paño inglés escañalado que se necesitasen para rodear con él toda la isla, poniendo además una moneda de oro en cada costura del paño. Despues de convenidos en el contrato y antes de llevarle á efecto, Federico pensó que si los ingleses tomaban posesion de la isla de Huen podrian fortificarla, y con sus escuadras bloquear el mismo estrecho del Sund. Este pensamiento le tenia inquieto y no sabia qué hacer para romper el tratado sin que pareciese que faltaba á su palabra. Despues de haber reflexionado mucho, no hallando salida á la dificultad, consultó á su bufon, el cual sonriéndose le dijo:—No tienes que hacer más que llamar á los comerciantes ingleses y decirles, que con arreglo al contrato se entiende que tan luego como se les entregue el objeto contratado se le han de llevar á su país; por que no podian creer que tú trataras de vender un artículo que te incomodara á tus puertas para dejarle donde está. El

Rey con esto pudo deshacer el trato y la voz popular dió el nombre de isla Escarlata á la de Huen, NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DISCURSO

leído ante la Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Emilio Castelar, el 25 de Abril de 1880.

(CONTINUACION.)

Aquel, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las nacientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos sólo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagrólas á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada á planear el dolor en la servidumbre y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas «Oneguina» canta el hastío; y la mejor de sus estrofas planea un poeta joven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótese en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, relevada en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponía en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices días. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imagináos cuánto manarían las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece á la dramática, de aquella resurrección de la leyenda de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de zafiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos: Uhland, que se gozaba en oír la esquila del ganado tornando al aprisco y la canción de la moza del cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Uhland, que seguía el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella, á ver si podían juntarse alguna vez en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epopeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor á la patria libre, y el amor á la patria libre despierta en sus sentimientos vivisimos la aspiración al humano derecho. Y Teodoro Koerner, afilando su espada en las piedras druídicas donde aflaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas á sus sangrientas divinidades, corre á las batallas en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseñe á los suyos cómo se combate y se muere por la libertad y por la patria. ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, á quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalem, y cómico aristofanesco en algunas inyectivas propias del mercado: con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos á recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los lábios abiertos para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias: oscuro y soñador como un germano, y claro y armonioso como un griego; aunque impío é irreverente quiere turbar la paz en todos los templos, desde aquellos del Egipto y Caldea que tenían por vasos de oro los astros, hasta aquellos de góticas agujas que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan á orar con las melodías de sus órganos; aunque excéptico, burlon, indiferente, dado á colgar bajo las hojas de su corona de laurel ruidosos casacaheles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor ignora; conserva siempre allí en el fondo de su corazón, religioso culto á las dos ideas capitales del mundo moral, á la idea de Dios, y á la idea de la libertad; á manera de esos ángeles de la leyenda que, caídos de la gracia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania ¿cómo cantará la revolucionaria Francia?

La voz de la libertad se une á tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, á quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor á la libertad abría el pecho de aquel otro poeta que parecía no amar sino los ídolos de un día y no sentir sino la emoción de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes á los versículos de Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habeis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antitesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así á las reglas de lo artificioso como á las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la savia del terruño español en las venas, y en la frente el beso indeleble de nuestra luz meridional; y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta á sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradición de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolución francesa, que logró destronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inflexible, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguían y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aun existían las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas,

deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no lejos de allí bramaban y rugían, como océano encrespado, los pueblos; y en el teatro, sujetó á las unidades, como los jardines á la geometría y los cortesanos á la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían revestidos de la inmortalidad, Lope, Shakespeare, Calderon, los cuales siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas á la prisionera poesía. Pertenece, pues, á nuestro tiempo con mayor derecho que á ningún otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultarse que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto á la historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales, propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la Historia. Ningun tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el polen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquel en cuyo sé la poesía no es una profesión ó un arte, sino la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, á guisa de trovador en la Edad Media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexión, aviva toda nuestra historia; en la campaña de Toledo la tradición del Cristo de la Luz y en las márgenes del Arlanza los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular el más maldecido y el más amado de los reyes, Don Pedro el Cruel, y en la memoria popular el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, D. Juan Tenorio; en las almas cristianas el Te Deum, cantado bajo los muros de Santa Fe por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de Africa, el suspiro lanzado por el proscripto, al pié de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla, y la Alhambra de Granada, inspirando á la nostalgia del destierro y á las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas é inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiración la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transición.

Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la historia siglos de transición, ó si queréis, de renovación, distintos de los siglos en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transición el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto en que pasamos del imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo en que pasamos del feudalismo primitivo que podríamos llamar semi-teocrático al feudalismo puramente militar que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimo-quinto en que pasamos del feudalismo militar á las monarquías absolutas; y el décimo-nono, abierto por la revolución francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas á las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recojen por necesidad en tales afectos motivos bien varios para la poesía histórica. Siglo semejante á este siglo fuera el sexto, anterior á Jesucristo, que oyó pensar á Pitágoras, hablar á Xenophanes, cantar á Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus plinths y sus volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse á las proporciones del cuerpo humano; y que la monarquía se iba con Pisistrato para abrir paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica. La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer geroglífico escrito en las paredes de los templos y nuestra filosofía de la historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales geroglíficos, interpretados ó no, asemejanse á esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar á nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamorfosis, la historia!

Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; libros teogónicos más tarde, cuando solo se refería la vida de los dioses personificados en las alimanas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra de los panteones y de los sepulcros; cántico transmitido por los cantores errantes en los oídos de las generaciones ó escena cincelada por los primeros artifices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sancioniaton de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de tradición en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos; poética en Herodoto, política en Tucydides, moral en Xenophonte, filosófica en Platon y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, eléctrica en Alejandría donde así se deletrean los geroglíficos egipcios como se traducen los libros santos; romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro Siculo cual una reacción del espíritu humano ya próximo á la conciencia de sí contra el prodromio de Roma; triste y decadente en la narración llamada augusta, que historiando la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalem, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al dividirse el mundo romano en oriental y occidental y venir sobre esta división los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos, bizantino y cortesano en Procopio, teológico y enciclopédico en

Teodoro, bárbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froisard, con el arzobispo Rada, con el rey Alfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan á dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas; griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazón humano y de la humana sociedad en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el padre Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimo-séptimo hasta la primera mitad del siglo décimo-octavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo-octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabía que creciera, á nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el universo, y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redención gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado á la historia, engrandecida é iluminada, las proporciones y los cortes de una maravillosísima epopeya.

Recordárame algun malicioso que el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy á la idea pesimista, con tanta fuerza como á las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas, sino genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesión de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el germen de todas las penas, en la vida el continuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tréguera, en las ilusiones engaños y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que sólo llueven los oropeles de la mentira; por las cimas de la ciencia espirales de sofismas que sólo persuaden á la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeración de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el odio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resulta en una podredumbre horrible, siempre la misma suerte, el no ser alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío y lo único eterno y cierto el perdurable silencio de los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgalas alarde del mal pasajero, más bien que expresion de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual; todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto con el conjunto de los seres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperación lo mismo que sucede con el arte realista; no pasa de realista. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes del cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas vereis con mayor claridad el albedrío que busca voluntariamente la más alta moral agujoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia á su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente.

Daro á su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se justaran ó desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará según que le hierva la sangre de su corazón en las venas ó le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su musa independiente, vereis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos continuos les arrastrará. Como la sábia química de hoy fué alquimia, y la sábia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustras como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto á nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa que arrancaba el hierro al pedernal, y la creímos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente.

Y una noche salimos de nuestras cavernas, y á través de la vistosa vegetación, columbramos la luna, y creyéndonla el lumínar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplación. Y tras la luna, vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal; que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazón, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebosante de miel, hasta el arpa despidiendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creación y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorgoros, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiración universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por denominarse con alguna denominación, aunque sea imperfecta, se denomina

arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fatalidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay también una parte considerable de necesidad.

La región luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer á ninguna ley extraña á él, ni siquiera obedece á las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad á él aghena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce: pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplación. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, á esa ave celestial en regalar ó no los oídos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, también ha crecido en nuestros días. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística.

Los primeros cristianos veían la sonrisa del demonio en los lábios de las estatuas griegas. Algunos, entre los Padres de la Iglesia, aconsejaban á los artífices que pintasen y esculpiesen feo á Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones, de las que más han cooperado á la educación del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida á figuras incapaces de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la corrección y la armonía de las órdenes griegas. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante; y el autor del Cándido llamaba á Shakespeare deforme y bárbaro.

Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratin, ó de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolución literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, detalladas por Esquilo y Sófoles, frias estatuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y á pocos pasos de allí, por el cruce de la Porciúncula, artista empeñado en la resurrección de la Edad Media, trazará un fresco en que reproduce á drede la incorrección del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, solo por amor á la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena á estos artistas exclusivos.

Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos, y admiramos á todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses á todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteísta; ni el apólogo persa en que dialogan el ruiseñor y la rosa á la sombra del algímez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas de Mediterráneo y la peregrinación de los israelitas al través de las arenas del desierto.

Cantamos en el coro que celebra, á la voz de Simonides, la rota de los Darios y los Ciro y en el coro que alaba al Eterno, á la voz de Moisés, en la tierra del Asia y á la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando á los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danés, que acaba de maldecir á Ofelia, preguntando á los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titan de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentía el Segismundo de Calderón. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephté, por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, llorando contadas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu á los juegos píticos para beber en copa cincelada por Praxiteles agua de Castalia y oír bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo tan armonioso como una oda y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia.

Y luego, á guisa de los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del sayal, ceñidos del cilicio, á enterrar en la soledad un corazón desgarrado, á macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos á la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca á los vivos como plañe á los muertos; y acudimos á la sombra de las torres y de la ogiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas ó en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias cavamos con el hazadon nuestra sepultura, no

tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar á las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que disperse con sus alas nuestro cuerpo como un montón de cenizas, y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el sueño eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestros errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos á todas las artes y á todas las literaturas, con tal que broten de una fé sincera, de una inspiración sencilla é ingénuo, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, aghenos á la pura inspiración del arte.

Somos como aquellos artistas del Renacimiento que entre los precursores de Cristo ponían á San Juan y á Virgilio; entre los doctores á Platon ceñido de auréola tan sagrada como la auréola de San Agustín ó San Gerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religión los bajos relieves donde se veían la ninfa y el fauno ébrios con la embriaguez de una vida exhuberante; junto á la hermenéutica evangélica el mitho de Psiquis encerrando como alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pacea los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordan y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro rios de ideas que fluyen de Jerusalem, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Búrgos, y estudiando su coro, encontré en la misma silla arzobispal, bajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado, ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decía el eterno oráculo del idealismo, en este sentimiento de admiración creemos tener el principio de nuestra ciencia.

Llevaré un hombre de otro siglo á estos tres sitios: á las ruinas de Poesthum, á la Alhambra de Granada, á la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano, y desconocerá completamente alguna de estas tres maravillas. Nosotros, por lo contrario, los sentimos y los comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo ví las ruinas de Poesthum. Acababa de recorrer desde el cabo de Miseno al cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenopea con su cintura de ciudades bulliciosas y de sus ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arboles donde todavía habita Ciree y el mar donde todavía cantan las Sirenas; y creí que no era dado ni á la naturaleza ni á la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio donde yace insepulta la antigua ciudad griega.

La bahía de Salerno se ostenta á los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio; bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nebulillas de colores tan rojos que las tomarías por evaporaciones de sangre; en campo desierto algun búfalo y en el aire silencioso algun cuervo; entre pilastras rotas, zócalos deshechos, plinths caídos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su fronton triangular, empapado todo él en ta les rosáceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas á la abandonada Alhambra, y vereis cuán diversa, pero también, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura.

En el patio de mármol la alberca de cristal; junto á las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airosas ostentando los arcos adornados de ligeras alharacas que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y el Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres; y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría. Volad desde el jardín de los adarbes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazareis toda nuestra historia.

(Continuará.)

DOLORES.

CONTINUACION.

CCC

Algunos instantes despues de haber salido don Pedro, cuando aun no habia podido recorrer las anchas habitaciones y llegar hasta las escaleras, el conde hizo sonar un timbre: apareció al momento un criado de librea.

—Que se siga á ese hombre que ha venido á visitarme, que no se le pierda de vista, y al momento, cuanto antes, el gancho, la detención, el secuestro.

—Muy bien, señor.

—No pierdas un instante—añadió el conde. El criado desapareció.

CCCC

—¡Día negro, día terrible, día maldito!—exclamó el conde:—mi madre presa, acusada de homicidio, peor aun, de asesinato! y luego este hombre, este terrible hombre, que cae de improviso como un techo que se desploma sobre mi cabeza! ¡y es necesario que yo acuda á mi madre; es necesario que esta se cubra: las circunstancias son favorables: los indicios vagos: ella me ha afirmado que ninguna parte ha tenido en la muerte del padre Pascual: tal vez una muerte casual: una caída: es necesario saber quiénes son los médicos nombrados para hacer la autopsia: deben haberlo sido ya. Veamos.

Sonó de nuevo el timbre.

Apareció otro nuevo criado de librea.

—¿Ha vuelto don Isidro?—le preguntó.

—Sí, señor.

—Que venga.

A poco se presentó al conde uno de estos altos criados que cuando no están delante de sus amos parecen señores: un hombre ya de edad proveecta, de muy buenas maneras, vestido convenientemente y casi distinguido.

—¿Has averiguado quiénes son los médicos que se han nombrado para ese desdichado asunto?—dijo el conde.

—Sí, señor.

—¿Les has prevenido que yo deseo verlos?

—Sí, señor.

—¿Quiénes son, y dónde viven?

—Aquí tiene vuecencia la nota.

—Bien; véte.

Don Isidro se fué.

El conde se vistió, y en carruaje se fué á visitar á los dos médicos.

Dos horas despues, éstos despues de haber inspeccionado el cadáver del padre Pascual, y despues de haber reconocido el lugar donde habia sido encontrado muerto, dieron una declaración facultativa, por la que se afirmaba, sin vaguedad alguna, que el muerto lo habia sido á consecuencia de una fuerte conmoción cerebral, causada por un violento golpe en la nuca, á consecuencia del choque con el ángulo de una mesa fuerte de roble, al caer de espaldas.

Por consecuencia, no podia acusarse á nadie de aquella muerte causada por un accidente casual.

Además de esto, los médicos fijaban como momento probable de aquella muerte las primeras horas de la noche, atendido el estado del cadáver.

Estaba, por consecuencia, probado, que no habiendo ido la condesa de X á casa del difunto, sino algunas horas despues de la muerte, no habia podido ser autora de ella.

Constaba que la condesa habia estado en su casa hasta muy entrada la noche; así, pues, la cohartada era indudable: no habia lugar á la formación de causa contra la condesa; y esto que, aunque presa, lo habia sido con todas las consideraciones posibles; y no habiendo pasado del Gobierno civil, fué puesta en libertad por el juez en persona, que no perdonó escusas.

El asunto del padre Pascual habia dado fondo.

Por su muerte no se podia acusar á nadie.

Realmente, aunque los médicos habian sido solicitados por el conde de X no habian faltado á su deber; el estado del cadáver los habia escusado; habian declarado, en verdad, lo que segun su *leal saber y entender* habian resultado de la autopsia.

CCCCI

Don Pedro, que desde hacia algunos años vivia en una miseria fría, solapada por el decoro; que mal alimentado sentia ya los primeros fenómenos de la anemia, la debilidad y la frialdad del estómago, la pesadez, el cansancio, las vaguedades de la cabeza, la depresión del sentimiento, se sentia momentáneamente como confortado por el alcohol, pero á poco licor que habia sufrido unos efectos mucho más enérgicos que si hubiera sido jóven, y sobre todo, hubiera estado bien alimentado: le sobrevenia una excesiva excitación nerviosa, se olvidaba de todo, se alegraba, y sonaba despierto.

El rom que habia bebido en el café, que sobrevenia á la *chispa* un tanto mayúscula, que hablando de su enlace con María, y de las condiciones para que se llevara á cabo, habia cogido con el señor Domingo; los vapores de la borrachera mal pasada que *empalmaban* con la excitación reciente, habian dado á aquel extraño personaje ilusiones rientes, perfumes de juventud en el alma, sueños dorados, á lo que contribuía en gran manera otra excitación simultánea: la de la posesión de veinticuatro mil reales, que para él no era más que una *hors d'œuvre*, una aceitunita para hacer boca, una prólogo brevísimo de una gran fortuna, porque su hijo natural era riquísimo, y no podia menos de colocar á su padre en una situación brillante, siempre á condición de que no le llamase padre delante de las gentes.

CCCCII

Don Pedro, puesto en una tal situación de espíritu, iba por las calles hablando alto y llamando la atención de los transeúntes.

—¡A Leganés!—le dijo uno de esos desvergonzados que no saben callar lo que se les viene á la boca.

—¡Bestias!—exclamó don Pedro:—esos animales no comprenden que el hombre es perfectamente libre, y, por consecuencia, puede hablar alto para sí mismo y dar salida á esas elucubraciones del espíritu, que si fueran recitadas, mejor dicho, peroradas, en una conferencia ó en una sociedad científica, harían la reputación del que las hubiera pronunciado: ¡estúpida humanidad ligada siempre á las convenciones vulgares, que llama locos á todos los que no comprende, que se va por el sendero trillado y en cuanto se la saca de él se

pierdes! ¿Y qué me importa? La verdad es que yo me siento feliz. ¿Cuánto tiempo hace que yo no tenía 24,000 reales? Yo no me acuerdo; creo que no los he tenido nunca. Me parece que llevo en el bolsillo todo el dinero que hay en el mundo. Y me siento fuerte, joven, poderoso. Necesariamente el alma no tiene edad, lo que se gasta es la materia, como todos los mecanismos; pero yo soy de buena madera, mejor dicho, yo soy de acero: mi padre vivió noventa años, ¿por qué no he de atreverme yo á vivir ciento? ¡Todavía cuarenta años por delante! ¡Y ella, María, mi María, fresca, pura, con una vida poderosa! ¡Y, sí, sí; ella me ama, me ama: nuestras almas son gemelas: ha surgido un accidente: la lucha del espíritu con la materia; pero la fuerza del espíritu es incalculable: el mio fascina á María: María es mía, sí, indudablemente mía!

Y nos detenemos porque sería nunca acabar seguir la improvisación que dictaban á don Pedro las tres copas de rom que se había bebido y los veinticuatro mil que llevaba en el bolsillo.

Se comprende que don Pedro estuviera fuera de sí mismo: que todo para él tuviese color de rosa.

CCCIV

Así es que iba andando á la ventura: en un estado muy poco á propósito para notar si era ó no seguido y observado.

Bien es verdad que se le seguía y se le observaba con una tal maestría, que aunque don Pedro hubiera ido con todos sus cinco sentidos y receloso, no hubiera notado que se le seguía.

De improviso oyó una voz angustiada, sonora, cadenciosa, voz de mujer joven, en que había un encanto y una fuerza que conmovían.

—¡Eh, caballero,—le dijo,—hágame usted el favor.

Se volvió don Pedro y se encontró delante de una chula; pero qué chula! ni de encargo: lo soberano del género, pelo negro y rizado, alto quinqué (así se ha llamado una especie de gorra de pelo que con sus cabellos y un reenchido llevaban nuestras chulas); broquelillos de diamantes en las orejas, pañuelo de seda de la India en la cabeza, un terciopelito con un medallón esmaltado á la garganta, gran pañuelo de alfombra, cintillos ricos en las manos, traje de seda y lana adornado á la moda, y sobre esto el aire más español del mundo, con estilo de barrio bajo de Madrid, y veinte ó veintidos años frescos y brillantes.

Don Pedro se sintió cogido por una especie de espasmo, y se le encandilaron los ojos.

—¡Vaya, señor!—dijo la chula, acercándose á don Pedro; —¡ni aunque estuviera usted muerto! Si no es por mí, le quitán á usted el reloj.

—Pues no he visto á nadie,—dijo D. Pedro.

—Pues *vela usted ahí*,—dijo la chula;—así lo hacen: y si no, mire usted, lo tiene usted colgando de la cadena.

En efecto, el viejo reloj de plata de D. Pedro, pendía de su casi mohosa cadena de acero.

Don Pedro cayó en el lazo: la chula había tenido una buena manera de engancharle sin que él sintiera el gancho.

—Vaya, hija mía,—la dijo;—pues muchas gracias.

—No las merece.

—Pues yo quiero obsequiar á usted.

—¡Vaya una graciosa! ¡Por eso!

—¿Quiere usted almorzar conmigo?

—Ya es después.

—Y un cafetito.

—Vamos, señor, porque no diga usted que lo desprecio.

Y se metieron en un café: Don Pedro acabó de ser cogido: una hora después salía con la chula de un carruaje, delante de una casa de la calle del Sombrerete.

Allí se encontró Don Pedro con una vieja, á quien la Pilar llamaba su tía.

Era de rigor obsequiar á don Pedro, con quien la Pilar había simpatizado de una manera prodigiosa. Pero la Pilar, según decía su tía, era una muchacha honrada, que cosía á máquina, y se buscaba limpiamente la vida, y si no iba el *caballero con buen fin*, podía ir tomando la puerta.

Por último, sobre las tres copas de rom, sobre lo que había bebido con la Pilar en el café, continuó bebiendo y se puso malo, y de tal manera malo, que quiso irse y no pudo: se puso de pie, vaciló y cayó.

—Esto está ya acabado,—dijo la vieja;—es necesario avisar al señor; él verá cómo nos saca del atolladero en que nos ha metido.

CCCV

Una hora después entraba en la casa un hombre con blusa y gorra de obrero: hubiera podido tomarse por un oficial de carpintería: se metió en la oscura alcoba, donde sobre un lecho estaba estendido, yerto, contraído, horrible, don Pedro.

—¿Ha tocado alguien á lo que tiene encima este hombre?—dijo con voz breve y acerada el que parecía obrero.

—Señor conde,—dijo la Pilar,—nosotros no faltamos nunca á lo que se nos manda, y más tratándose de vucencia, porque sin vucencia, ¿qué sería de nosotros?

—Este hombre, ¿no se ha separado desde que tú le abordeste?

—No señor.

—¿Ha hablado con alguien?

—No señor.

—Salte.

Pilar salió del cuartucho: sobre una silla había una de esas lámparas de mano que se llaman capuchinas. La luz iluminaba de abajo á arriba, y el cadáver estaba en la sombra. A pesar de esto, en su rostro convulsionado por la congestión, en sus ojos, quedaba una expresión misteriosa, como si en el momento de sentir la muerte lo hubiera adivinado, lo hubiera visto, lo hubiera recordado todo, y hubiera sentido que una justicia implacable le castigaba por la misma mano fría, despiadada é infame de aquel hijo del adulterio y del crimen; efuían algo horrible sin nombre; representaban algo pavorosamente infinito, incalculablemente aterrador.

Y, sin embargo, el conde, impasible á todo aquel horror, profanaba con las manos trémulas de impaciencia el cadá-

ver, buscando las pruebas de la deshonra y de los crímenes de su madre; de aquella terrible mujer que había sido su maestra, que había hecho de él uno de esos misteriosos criminales que desde lo alto de una gran posición social dirigen esa terrible asociación, en la que los criminales vulgares, los ladrones, los falsificadores, los asesinos, los rateros, los espiones, todos, en fin, los que traga la cárcel, retiene el presidio y devora el patíbulo, son los obreros.

CCCVI

Encontró primero los seis billetes de á cuatro mil reales y los guardó con avidez, lo que probaba que era avaro: después el paquete de cartas, que guardó con un gozo feroz; continuó un rebusco minucioso, asqueroso; y todo esto á sangre fría, como si aquel registro se hubiera hecho en un mueble. Salió después.

—Esta noche—dijo—, vendrá quien haga desaparecer eso.

Y se fué. Recorrió algunas calles hasta la de la Cabeza; se entró en un casucho, se quitó el disfraz, se lavó, haciendo desaparecer el color que había alterado el de su tez, de su barba y de sus cabellos; recobró su traje de costumbre, y por un pasadizo, por una puerta secreta pasó á otra casa, que correspondía á la calle de Atocha. En la puerta de aquella casa encontró su carruaje, que le esperaba y que le condujo á la suya.

Cuando entró le dieron una carta sin sobreescrito. Aquella carta la había dejado un hombre que había dicho que volvería.

El conde se sintió inquieto; abrió con temor la carta, y vió que decía:

«Mi querido compañero: Tú me harás el favor de recibirme. Tenemos que entendernos. Yo soy uno de los miembros más importantes de nuestra gran familia. Tú no me conoces porque me he *cortado la coleta*, ó si te parece mejor, me he dado de baja. Pero yo te conozco á tí, sé lo que vales y te necesito. Así, pues, hasta luego.»

CCCVII

El conde se sintió malo. Creía haber conjurado un peligro á costa de un crimen horrendo, de un parricidio, y le amenazaba un nuevo peligro misterioso. ¿Quién era aquel hombre que le llamaba compañero, que por consecuencia le conocía; es decir, sabía que pertenecía á una sociedad secreta utilitaria, como lo dejaba conocer de una manera harta transparente en su carta? Esto era excepcionalmente inquietante. Como por instinto, el conde de X sintió que le cogían unas tenazas, de las cuales no podía libertarse.

Aún no había acabado de leer la carta, cuando le anunciaron que el hombre que la había traído preguntaba por él.

—Que pase,—dijo el conde.

Y esperó con una insoportable ansiedad.

CCCVIII

No tardó en presentársele el señor Blas.

—Cierra bien las puertas, amigo mío,—dijo por todo saludo:—á tí más que á mí importa que nadie pueda oírnos: el padre Pascual, antes de morir, me encargó una visita para tí.

El conde no respondió: fué á la puerta del gabinete y la cerró: luego, yendo á una puertecilla de servicio, hizo seña al señor Blas de que le siguiese.

Atravesaron dos habitaciones: al llegar á la tercera, el conde, volviéndose bruscamente, dijo:

—Sepamos de qué se trata: acabemos pronto.

—Yo no tengo prisa,—dijo el señor Blas sentándose;—el asunto no es apremiante: dame un cigarro: para fumar un buen habano es necesario pedirselo á los que pueden tenerlo.

El conde sacó su petaca, y dió un magnífico cigarro al señor Blas.

—Ni á un fósforo tengo,—dijo éste.

Encendió un fósforo el conde y lo dió al señor Blas, que dijo:

—Veo que tienes el buen sentido de tratarme con confianza. Yo te he enviado á un bribón viejo y estúpido porque le matases: me estorbaba el tal señor: me importaba muy poco que fuera tu padre, pero no podía sufrir que fuese abuelo de Dolores. ¿Has podido despacharle ya, ó piensas despacharle pronto?

CCCIX

Pasó algo horrible por la mirada y por el semblante del conde, que echó mano á un bolsillo interior de su *pardesus*.

—¡Ah! ¡no!—exclamó el señor Blas, saltando con la fuerza, con la rapidez y con el acierto de un tigre, del sillón donde se había sentado, cayendo sobre el conde, y asiéndole la mano que había llevado á un bolsillo;—yo soy tu jefe, y no sería digno de serlo si tú te pudieses quedar conmigo.

Y doblégó al conde hasta hacerle caer de rodillas.

—¡Ah! ya lo sabía yo,—añadió el señor Blas:—eres cobarde, tiembles, te pones malo; hubiera sido muy cómodo para tí decir á los que hubieran acudido al tiro que pensabas regalarme *madrugando*: «Era un ladrón que venía á robarme.» Lo hubieran creído, porque tengo mala fama y soy licenciado de presidio, y ya que he dicho esto, para que acabes de subordinarte, te diré que yo era el lugar-teniente, *factotum* del difunto Pedro Pascual.

Y al mismo tiempo sacudía el brazo del conde, haciéndole ir violentamente á uno y otro lado:

—Entendámonos,—dijo sudoroso y aterrado el conde.

—Primero es desarmarte,—dijo el señor Blas,—para excusarme de tener cuidado, á fin de que no me hagas un favor como tuyo; parece mentira las entrañitas que tienen los bandidos de agua dulce como tú; para vosotros el provecho, para los otros pobres diablos el peligro. ¡Ah! ya lo decía yo: uno de esos juguetes anglo-americanos que se pueden llevar en un bolsillo del chaleco y con los cuales sin ruido se atraviesa á un hombre. Me parece bien: uno de estos *revolvers*; son una preciosidad, y le guardo en memoria tuya. Muchas gracias. ¡Ah! billetes de Banco, bueno, otro regalo: ¡un paquete de cartas!

El conde hizo un esfuerzo desesperado para desasirse, consiguiendo sólo que el señor Blas le doblégase con una mayor violencia.

Al fin le soltó y le dijo:

—Siéntate: hablemos como dos buenos amigos: como dos filósofos que conocen la realidad de las cosas.

—Sí, es necesario que nos entendamos,—dijo el conde levantándose aturrido y sentándose en un sillón.

El señor Blas, sin dejar de atender al conde, deshizo el paquete de cartas y examinó rápidamente algunas de ellas.

—Basta,—dijo;—materiales para mil y quinientos años de presidio: veo que hice muy bien en acechar á don Pedro, en seguirle, en venir á buscarte en el momento en que le ví enchiquerarse con aquella buena moza: pero estamos perdiendo el tiempo: entre nosotros todo está explicado: tengo prendas bastantes para obligarte á que me obedezcas: á más de estas cartas y de la muerte probable de don Pedro, de que yo no te pido cuentas, porque cabalmente para que libertases á Dolores de un tal abuelo te lo envié yo, tengo otras pruebas de la muerte que se dió por envenenamiento en la cárcel á un pobre diablo para sellarle los labios hace algunos años, pero no los bastantes para que se haya cumplido la prescripción legal: como tú, desde muy joven, eres cómplice y coadjutor de tu madre, es muy posible, casi seguro que estés complicado en aquel envenenamiento. Te advierto que contra mí eres impotente, porque yo, en nuestra comunidad, soy un padre grave de muchas más campanillas que tú, y una sola palabra, la más ligera acción que contra mí intentases serían puestos en mi conocimiento: además, yo no soy don Pedro; antes de venir aquí me he garantido.

—Tus condiciones,—dijo el conde viendo que no podía nada contra aquella calamidad que se le venía encima.

—El reconocimiento de Dolores, su legitimación, puesto que eres soltero.

—Procura por tí y deja á los demás,—exclamó irritado el conde.

—Es que Dolores soy yo; es que yo la he criado, es que yo la amo como si fuera mi hija; es que yo por ella soy capaz de todo; ¿qué quieres? Me habré vuelto loco, y me habré dado por ahí la locura, ó será tal vez que Dios ha querido que Dolores tenga padre: fenómenos del sentimiento. Por eso yo lo quiero todo para ella.

—Bien, bien: lo reflexionaré, veré la manera...

—Es que debes obedecerme; no puedes reflexionar acerca de lo que se te manda: ahora mismo vas á hacer venir un escribano.

—¡Cómo!—exclamó el conde:—¡una tal violencia!

—O me voy á buscar al muerto que has dejado en la calle del Sombrerete, y entrego á la publicidad esta infame correspondencia, y con las otras pruebas que poseo, meto á tu madre en la cárcel: y mira que me canso ya de hablar, y me irrito de que no se me obedezca. Yo no me muevo de aquí; el reconocimiento, la legitimación, han de estar hechas, y una copia en forma en mi poder dentro de dos horas.

El conde se sintió impotente y no resistió: las consecuencias de su vida de crímenes se le venían encima. Tenía además el alma perversa y pensó en que, ganando tiempo, podía tal vez encontrar medio para salir de la situación en que se le ponía.

CCCX

El escribano fué llamado; se llamaron testigos; el reconocimiento del conde de X de hija suya natural de mujer libre, como constaba del pleito que estaba en suspenso, se hizo en forma de ley; el señor Blas tuvo una copia, y aquel mismo día el conde de X solicitó el rescripto del Príncipe; esto es, el rescripto real por el que debía ser considerada como hija suya legítima, de legítimo matrimonio, Dolores.

CCCXI

El señor Blas volvió contentísimo á su casa. Pero se encontró con que no podía hablar con Dolores. Dos vecinas la asistían, Casquetillo agonizaba de ansiedad. Dolores estaba muy enferma; el médico no respondía de ella.

—¡Dios no querrá, Dios no querrá!—exclamó desesperado el señor Blas.—¿Por qué había yo de haber hecho todo lo que he hecho por ella? ¿para que se me muriese entre las manos al día siguiente de haberla encontrado, cuando ella podía ser tan feliz?

—La felicidad no se ha hecho para Dolores,—dijo Casquetillo;—entre todos la hemos matado.

Y se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar sofocando su llanto para que Dolores no le sintiese.

Estaban en el descansillo de la escalera.

En aquel momento se oyeron los pasos de una persona que subía. Casquetillo se avanzó á la caja de las escaleras;

—¡Ah!—exclamó con una inmensa alegría:—es el médico: el médico que vuelve para no separarse de ella.

Los que han tenido en peligro á un ser querido, sabrán con cuánta ansiedad se espera al médico; cuánta importancia y cuánto poder se atribuye á su ciencia, cuánto se espera y cuánto esperando se agoniza.

CCCXII

El médico reconoció á Dolores, y declaró al fin que el peligro había desaparecido: que aquello no había sido más que un accidente: que la excitación nerviosa, con tendencia cerebral, había cedido; que, en fin, pasados algunos días, la enferma se habría restablecido completamente.

Cuando el médico, declarando que su permanencia al lado de la enferma no tenía ya causa, se fué, Casquetillo, sacando al señor Blas al descansillo de las escaleras, le dijo:

—Vámonos á coger una mona con rabo: yo estoy loco de alegría, y necesito beber, divertirme, yo no sé... pero volveremos al momento: no sé lo que me pasa, pero la adoro, me muero por ella, yo no sabía lo que la quería.

—¿Y la otra?—preguntó el señor Blas.

—¡La otra!—exclamó Casquetillo poniéndose pálido como un muerto: ¡sí, sí, necesito achisparme, algo que me embote el sentimiento, algo que me haga olvidar!

—Sí, sí, pequeño,—dijo el señor Blas;—ven conmigo, que yo te diré acerca de la fortuna de la Dolores algo que te va á curar del todo. Pero convengamos en que no hemos de estar fuera más que un cuarto de hora.

—Por supuesto.

—Pues bien, vamos andando, excelentísimo señor.
—¿Cómo excelentísimo señor?
—Anda, pelon, anda, que ya lo sabrás.
Y asiendo del brazo á Casquetillo, los dos bajaron rápidamente las escaleras.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

CRÓNICA.

Cerróse la Exposición de flores, donde en competencia con ellas vimos muchas caras bonitas; dejaron de caracolear y de hacer primores, para llevarse el premio, los briosos potros de ancho pecho y lustrosa crin que en la Exposición de ganados había; desaparecieron de la subida del Retiro como vamos á San Jerónimo, la máquina de música infernal que era capaz de dejar sordo á un murguista; los caballitos del Tío Vivo, mareadores como unos ojos negros; las mujeres de cincuenta arrobas de peso; los monos sábios y los generales de carton; despojó al Prado nuestro celoso municipio del collar de perlas (léase bombas de cristal), con que le engalanara para hacerle más bello; apagáronse y enmudecieron los templetes, por cuyas puertas veíanse salir todas las noches torrentes de luz y de armonía; y de tanta animación, de tanto bullicio, de tanta felicidad, no queda ya más que el recuerdo.

Es decir, no.

Quedan algunos juguetes rotos y el amor.

Un juguete de que nunca se cansan las mujeres.

De pronto, en la despejada atmósfera ministerial, retumbó un trueno. La torpeza tiene á veces el mismo privilegio que el genio, y el Sr. Bugallal ha desencadenado en contra de sus amigos una tempestad furiosa. El Sr. Cánovas debe estar agradecido á su ministro de Gracia y Justicia por el decreto ya famoso de 20 de Mayo.

Mentira parece, aun viéndolo, que hombres públicos, apellidados conservadores, atenten con tan inusitada crudeza á ese derecho de propiedad, cuyo fundamento sagrado les sirve de pretexto para ametrallar, bajo el dictado de comunistas, las más espontáneas y necesarias expansiones populares; imposible se hace creer, aun poniéndolo ante los ojos, que un legislador grave y sesudo ponga los intereses generales del país al servicio de una compañía cuyos extraños privilegios hacen pensar en lo misterioso de las tumbas de los Faraones. El Sr. Bugallal, cuya fama de juriscónsulto excede bastante á su mérito; el Sr. Bugallal, cuyos méritos parecen un lienzo de teatro segun lo esplendidos que de lejos aparecen y lo informes y mal trazados que son de cerca; el Sr. Bugallal no ha comprendido que la disposición legislativa del 20, dictada á espaldas de las Cámaras y del Consejo de Estado, no puede derogar el art. 82 ni ningún otro de la ley hipotecaria, y que sólo intentarlo constituye un escándalo que en otro país cualquiera traería consigo la responsabilidad del ministro que se hubiese atrevido á promoverlo.

El Sr. Bugallal, sin embargo, está tranquilo. Hace bien. Donde el Sr. Cárdenas ha podido derogar de una plumada una ley como la de matrimonio y registro civil; donde el Jurado, aprobado y estatuido por las Cortes, halló su muerte en un mal decreto; donde el general Martínez Campos ha caído del Gobierno sin noticia del Congreso en que aparentemente tenía mayoría, no debe un ministro preocuparse por infracción legal más ó menos. Como razón, basta tener detrás una mayoría que nada discute; como arma de combate, basta recordar los yerros del contrario, á fin de extravíar la atención pública, y de este modo, es cierto que la patria gana poco y prospera menos; pero se vive, y vivir al día es la única preocupación que asalta en sus largos insomnios á los Gobiernos conservadores.

Mas no hay bien ni mal que cien años duren, ni se logra en este mundo dicha completa aun en los sillones de los ministerios. La conciencia pública se apoderó del asunto, lo desmenuzó como hacen los niños con los juguetes, para ver lo que tenía dentro, y vió... vió el Noroeste; vió algo grande y oscuro, y ante esa nebulosa de nuestra moralidad política, los gigantes contendieron con los enanos, y despues de un vivo debate senatorial en que el Sr. Pelayo Cuesta hizo gala de sus conocimientos jurídicos, moldearon la discusión en sus hábiles manos Carvajal, Martos y Sagasta. Acordó el Congreso celebrar dobles sesiones, y en las nocturnas, dedicadas al esclarecimiento de esta cuestión, se puso de relieve que ningún ministro sabía por donde andaba, y que mientras el Sr. Romero Robledo hería al discutir, el Sr. Sagasta confesaba discutiendo, y el Sr. Bugallal ni confesaba ni discutía.

Hemos sabido al fin que el Sr. Sagasta no ha tenido nada que ver con el decreto de 20 de Mayo, á pesar de haber indicado lo contrario el señor ministro de la Gobernación: hemos sabido que todo se inició por gestiones particulares del señor marqués de Alcañices, personalidad la más conspicua del Consejo del Noroeste, segun entiende el Sr. Lasala; y hemos sabido finalmente que despojar de toda garantía legal á los prestatarios de sumas enormes ó á los socios industriales de grandes trabajos, solo trae consigo una responsabilidad baladí, segun el ministro de Gracia y Justicia. ¿Qué pensará en materias de justicia el señor marqués de Fuentefiel cuando así piensa el encargado

de darla fuerza y de vigorizar su influencia en la sociedad española?

El debate en cuestión ha sido una prueba más de los especialísimos caracteres que distinguen la oratoria de una sola cuerda del Sr. Bugallal. La palabra de su señoría no es una revelación, ni mucho menos; su pensamiento es probable que sea claro y preciso, pero tan poderosa como una niña convertida en mujer. Esta cubre el escote con elegantes gasas. El Sr. Bugallal oculta la desnudez de su pensamiento entre mil vaguedades. Detrás de las anfibologías, puede ocultarse algo profundo sin duda alguna. ¿Es probable que haya también algo hueco y vacío? ¡Chi lo sa!

Estas son cuentas que su excelencia debe arreglar consigo mismo en sus breves horas de meditación y de estudio.

Hay hombres que dedican su vida entera á una sola cosa, como hay astros que giran eternamente en una misma elipse; y hay otros seres que van sin rumbo fijo inundando de luz distancias infinitas. En el cielo se llaman cometas; en la tierra se llaman genios. El año pasado, uno de los primeros cruzó sobre nuestro horizonte enseñando sus resplandores rojizos: hace pocos días, uno de los segundos iluminó por un instante el Congreso de los diputados.

El autor de *Locura ó santidad*, el matemático insigne cuyo nombre ha pasado el Pirineo, habló sobre el presupuesto de ingresos, y habló como él sabe hacerlo, mezclando los números y la elocuencia con tal arte, que las sumas y las restas, la vindicación de la hacienda revolucionaria ultrajada; las soluciones prácticas; el deseo patriótico; la aspiración nobilísima, quedaban resplandecientes en el centro de su discurso, como acuarela que en lujosísimo marco añade al propio mérito el que le prestan toda la luz y todo el brillo recogidos en las doradas molduras que la circundan.

¿Es compatible la aridez de las cuestiones financieras con esos vuelos altísimos en que las cimas de las ideas ponen cerca de la inteligencia humana las adivinaciones del ideal eterno? Para el mundo sí, porque unas y otros viven en el mundo; para la generalidad, no, porque abren un abismo entre la poesía y el cálculo.

Pero así como hay minutos que valen un siglo, hay cerebros por cuyos surcos corre como lava ardiente la inteligencia clara de un siglo y las aspiraciones más notables de la humanidad. Son excepciones, es cierto. Por eso mismo son grandes. La historia no habla nunca de las muchedumbres, sino cuando las mismas muchedumbres son escepciones.

Echegaray tiene además otro título á la consideración de las gentes. No es académico de la Española y no sólo no lo es, sino que recientemente ha visto su nombre pospuesto al de D. Gabino Tejado. El caso se explica muy bien.

Mirando al sol los pensadores y los poetas, suelen ver el admirable juego de las fuerzas naturales; los ignorantes sólo ven mucha luz, mucho calor y algo que físicamente molesta. Los académicos que no necesitan de la calle de Valverde para ser famosos, habrían visto con gusto á Echegaray entre ellos. La mayoría de la Academia encontró que Echegaray era demasiado grande. Disculpémosla.

Ha sustituido al autor de *El Tejado de vidrio* con Tejado (D. Gabino), y es más sabia que todos los hombres políticos de nuestro país. Estos no encuentran la manera de sustituir á Cánovas. La Academia le sustituiría con cualquier autor dramático silbado, ó con cualquier poeta casero.

Nombrando al Sr. Cánovas, viene á los mientes, sin querer, el voto de confianza que actualmente se discute en el Senado.

Que el presidente del Consejo de ministros ha implorado, más que solicitado, las firmas para el tal voto, cosa es que nadie ignora despues de las gestiones practicadas cerca de los Sres. Santaña, Santa Cruz, Casa Galindo y Quesada; pero en cambio nadie sabe el objeto real y verdadero de esa moción que defiende con tanto encarnizamiento el mismo Gobierno interesado en ella, y cuya conservación, segun el texto de la proposición susodicha, es conveniente para el afianzamiento de las instituciones. Lo desusado de este artificio parlamentario le da cierto carácter de coacción que no se oculta á una mediana inteligencia ensayada en perseguir ardides políticos, y le reviste de una gravedad tal, que á poder discurrir libremente sobre el asunto, no sería difícil demostrar lo anti-constitucional del fondo y lo anti-parlamentario de la forma en que la discusión se lleva, teniendo como principal mantenedor al señor ministro de la Gobernación, alma del Gabinete Cánovas, y tan poco reparón con la historia como amigo de excomunion y desafíos cuando discute.

Si se trata de que el Senado exponga con entera claridad su pensamiento acerca de la actual política, nada más natural que ver al Gobierno por completo alejado de aquel sitio para que sea, ó por lo menos, parezca libre la iniciativa de los senadores. Si, por el contrario, la cuestión se reduce á un alarde de fuerza para hacer ver arriba y abajo que no hay en España quien pueda sustituir al Gobierno, confiese éste francamente que tiene miedo, que le roba el sueño pensar en ataques imprevistos y en discusiones fatales, que se halla mal seguro, en suma, y que no tiene ganas de abandonar el banco azul, aún cuan-

do el país lo desee, la necesidad lo exija y la oposición liberal-dinástica crezca en pretensiones y estreche el sitio del que espera rendición ciertísima y completa.

A raíz del voto de confianza, se leyó en la alta Cámara una proposición de *no há lugar á deliberar*, que fué mantenida en un brillante discurso por el Sr. Pelayo Cuesta; y encontró impugnador audaz en el Sr. Romero Robledo. El ministro no hizo más que atacar duramente la fusión, á pretexto de defenderla; el senador ex-constitucional declaró muerto á su antiguo partido; dijo que la fusión aceptaba el Código fundamental de 1876 con ánimo de interpretarle en el sentido más liberal posible; sostuvo que entre los fusionados había plena y absoluta uniformidad de criterio en todos los asuntos y bautizó al nuevo partido con más nombres que si se tratara de un príncipe ó de un portugués.

A creer al Sr. Pelayo Cuesta, sería la presente la ocasión primera en que partidos ambiciosos del poder tuviesen verdadera unidad de aspiraciones. Pero por lo ménos, hay que poner en duda tantas maravillas. Logre ó no logre la fusión su objeto, nada espera ni puede esperar la democracia de un cambio de gobierno en este sentido. Porque lo probable es que tendremos política canovista sin Cánovas, húsares sin Romero Robledo, déficits sin Orovio, campanillazos sin Toreno y fiscal de imprenta sin Melendo.

Hay que temer además que el desprendimiento de los fusionistas se cause pronto de esperar, y entonces, el partido que ahora nace, morirá pronto. Si así sucede, no se llamará la fusión flor de un día, sino mosaico deshecho.

Desde el día 23 de Mayo al 3 de Junio ha celebrado sus sesiones en Madrid el Congreso general de agricultura y ganaderos, convocado por la asociación de ingenieros agrónomos. Estas reuniones, bajo múltiples aspectos ventajosas, tienen ya la sanción que les presta la costumbre de los pueblos cultos, donde cada día son más frecuentes. En ellas se discuten los problemas de capital importancia para el progreso y adelanto de los pueblos, las causas de los males que los agobian, la forma de remediarlos y evitar sus efectos. Los Congresos desenvuelven además entre las clases convocadas á participar en sus tareas un sentido social y un espíritu de armonía que siempre serán fecundos y eficacísimos para el bien.

El Congreso general de Agricultores de España ha cumplido de una manera escrupulosa este programa. Ha discutido amplia y profundamente los problemas relacionados con la instrucción agrícola; nos ofrece un proyecto de Bancos agrarios que abre nuevos horizontes á la esperanza del cultivador, y ha consignado en materia de riegos, cultivo de cereales, fabricación de los vinos y mejora de la raza caballar y lanar, observaciones, datos y proyectos que serán fuente inagotable de estudios y de reformas de seguro éxito.

Al terminar sus tareas, el Congreso ha echado las bases de una asociación de agricultores y ganaderos, en la que ha de hallarse necesariamente el germen de esa idea de fraternidad y compañerismo, que frente á los antiguos gremios diferencia nuestra edad de las pasadas edades y simboliza mejor que otra alguna el espíritu de nuestro siglo.

En la última sesión del Congreso es en la que todos los representantes trabajaron más. La última sesión fué un banquete.

En los debates hubo quien habló y quien se contentó con oír. En el banquete comieron todos.

Antes un café era un templo consagrado á la conversacion. Se hablaba del último secuestro y de la próxima corrida de toros; se daban batallas sobre el blanco mármol de las mesillas, ordenando, como si fueran un ejército, vasos, cucharas y *perros chicos*; se murmuraba del prójimo, se reparaban destinos para cuando llegara la anunciada crisis, porque crisis anunciadas las hay siempre; se acertaban las charadas de *La Correspondencia* y se maldecía de todos los Gobiernos. Hoy el café, sin dejar de ser templo de la conversacion, es además un museo. Fornos nos ofreció al abrirse, preciosas pinturas que firmaban los más notables artistas españoles.

La Iberia no ha querido ser ménos, y se nos presenta como una enciclopedia, donde pueden encontrarse todos los platos de la cocina francesa, todas las novedades de la repostería, vinos de todas las marcas y cuadros de los pintores españoles que están de moda. Francés en la vista de la calle de Sevilla, ha hecho una ingeniosa sátira del arte de dar sablazos fuera de la escuela de esgrima. Ricardo Madrazo ha puesto un cuadro notable que representa un moro; Gomar sus preciosos paisajes; Luque sus caricaturas chistosísimas.

Si este sistema sigue no vá á haber más que un café posible.

El Museo de Pinturas.

Se ha discutido mucho si pueden ser titulados los toreros.

Discusión inútil. Creemos que á los toreros les importa ménos saber si pueden ser titulados que si pueden ser cogidos.

MIGUEL MOYA.

LA CATARATA Y EL RUISEÑOR.

I

Desplómase la ráuda catarata
envuelta en luz y plata,
rompiendo en mil pedazos su diadema:
al abismo se lanza y precipita,
y ruge, canta, grita,
formando con sus ritmos un poema.

Al ver sus vestiduras y cendales
cubiertos de cristales
y de resplandeciente pedrería,
un ruiaseñor contemplaba extasiado,
y canta entusiasmado
sublime y amorosa melodía.

Y en torno del torrente que flamea
el pájaro aletea;
moja en el agua límpida su pluma,
y por la catarata arrebatado
el pájaro, asfixiado,
en el abismo rueda entre la espuma.

II

El vicio es una hirviente catarata,
que ráuda se desata,
y en el oscuro abismo se despeña;
y al mirar su diadema de brillantes,
su luz y sus cambiantes,
el alma, alguna vez, suspira y sueña.

Y el alma clava su pupila ardiente
en el claro torrente,
y agita, en torno de él, sus nubes alas;
y henchida por el gozo resplandece,
y canta y se estremece
al mirar tanta luz y tantas galas.

¡Ay del alma ligera y atrevida,
que ciega y seducida
por el brillo y rumor de la cascada,
en ella bañe su ligera pluma!

Envuelta entre la espuma
rodará en el abismo destrozada.

MANUEL REINA.

A LÚCAS,

ESTUDIANTE DE MEDICINA Y ENAMORADO.

ROMANCE. (1)

Te quejas, Lúcas amigo,
con palabras nada cultas
de las novias que te engañan
y las penas que te abruman.
Y tanto ofendes al sexo,
y con tan creciente furia,
que yo para defenderle
cojo esta tarde la pluma.
Todas las cosas del mundo
tienen acibar y azúcar;
la cuestión está en tomarlas
por el lado que nos gusta.
Mundo sin hembras ¿qué fuera?
vasto limbo, noche oscura
donde el hombre harto de vida
se moriría en ayunas.
Si son malas ó son buenas
no lo pondré yo en disputa;
sólo sé que hay que aceptarlas
como son, pues que son únicas.
Que ésta ó aquella inconstantes
te dan guerra ó te dan murria;
pero, señor, donde hay tantas,
¿quién va á perderse por una?
Aún tienes sobre la frente
mucho pelo, amigo Lúcas,
y yo, que en mi calvatuero
llevo del amor denuncias,
voy á probarte ahora mismo
sin teorías abstrusas,
que el que toma en serio cosas
que no pueden serlo nunca,
no puede menos de verse
cual tú, pobre criatura,
con ictericia constante,
torva la mirada y mústia,
el corazón trasnochado
y el bolsillo sin pecunia.
Has de saber, hijo mio,
que estas raras hermosuras
echadas por Dios al mundo
para eterna travesura,
no tienen otra delicia
desde el albor de la cuna,
que ver como nos aflan
y que acabemos en punta.
De solteras nos atrapan,
de casadas nos estrujan,
y de viudas... es muy largo
este cuento de las viudas.
Lucha constante es la eterna
unión, que acaba en coyunda;
cosas de hombres y mujeres,
no son acuerdos, son luchas.
Y así como en tenue tela
que teje la araña astuta
cae la imprevisora mosca
cuya sangre aleva chupa,
del mismo modo las hembras,

con labor constante y muda
te van armando la trampa
donde tú, mosca errabunda,
pensando que había mieles
vienes á encontrar cicuta.
Salvarse de estos peligros
siempre ha sido ciencia infusa,
que ni los libros la enseñan,
ni la predicación las curas,
—y el que á fuerza de vaivenes
no aprenda á tragar espumas,
que no se embarque en amores
do la tormenta es segura.
Cuando tú ves unos ojos
que en los párpados se ocultan,
haciendo dulces visajes
de cordera moribunda;
cuando por entre la falda
que recoge mano astuta
ves asomar un pié breve
(ó largo) pero que anuncia
la vecindad tentadora
de lo que á la vista oculta
la negra excitante seda
que el opoponax perfuma;
cuando entre los frescos lábios
que sonrientes murmuran,
palabras dulces de amores
con arrobamiento escuchas
fascinando tus miradas
la igual nivea dentadura;
cuando, en fin, contemplar sueles
con melancolía muda,
los escultóricos hombros
la tez de tersa blancura,
ó el flexible esbelto talle
de una mujer que deslumbra
tus ojos, de amor sedientos,
tu alma, de pasiones tumba,
piensas, crees, presumes,
imaginas, sientes, juzgas,
que no hay más mujer que aquella
ni puede darte ninguna
los tesoros que ambiciona
tu avarienta calentura.

Pero, ven acá, inocente,
desecha esa idea absurda;
¿tan pobre es la especie humana
que hoy siete de Junio, fundas
toda la humana belleza
y la bienandanza suma
en ese cuarto segundo
de la calle de la Ruda
donde seis Vénus conquenses
le dan vueltas á la aguja?
¿Pues tú no sabes, incauto,
que de humanas criaturas
hay mil doscientos millones,
según recientes compulsas,
de las cuales por lo ménos
la tercera parte justa
es de mujeres tan guapas
y de tan vária hermosura
que yo no sé qué daría
por cenar con todas juntas?
Piensa bien los ojos negros
que dá un millón de figuras
desde las ardientes árabes
á las sectárias de Budha.
Calcula tú si en sus pechos,
(y aquí el plural no es de hechura)
habrá pasiones á gusto
del consumidor de angústias.
Dime si las tristes horas
de imponderable amargura
que te han dado y han de darte
María, Antonia, y Angustias,
Cármen, Casilda y Dolores
y Sempronia y Rudegunda
y esa epidemia de novias
que en mengua de tu ventura
te han hecho perder el curso
de anatomía quirúrgica,
no te las hicieran dulces
otras mil más pudibundas
que están esperando novio
con una prisa que asusta.
Has de saber que en el mundo,
que es tierra grata y fecunda,
quien mucho siembra, algo coje
y Dios dá ciento por una.
Yo notaba en mis verdoros
(y ya van siendo negruras,
que daños de la morena
me los calmaba la rubia,
y lo perdido en España,
lo recuperaba en Rusia.
La más hermosa del mundo
llamé á una isleña de Cuba,
y una negra junto á Tebas
se me figuró hermosura.
Corriendo la hermosa Flandes,
me engañó en Gante una rusa,
y en Brujas otra hizo el gasto,
(siempre dá el amor en Brujas.)
Médico has de ser en breve;
por serlo, á la vida buscas
sus más íntimos secretos,
con experiencias que asustan.
Tú que en el anfiteatro
con la escolar turba-multa,
tantos rígidos cadáveres
trinchas con mano segura,
donde muchos corazones

hacen oficios de trufas,
vé cuando caiga en tus manos
cadavérica hermosura,
—de la que tal vez por serlo
paró en aquella espelunca,—
vé si el corazón conserva
las imágenes oscuras
de cien galanes distintos
que allí encontraron su tumba;
y á fé que suspenso digas;
—parece mentira, Lúcas,
que en tan poco espacio quepan
tantas liviandades juntas.
¡Oh, sí! Mientras tú inocente,
por una sola te apuras,
ellas te dan el ejemplo
multiplicando errabundas,
esa edición microscópica
de amante literatura.
Y pues que libre y soltero
vas en busca de aventuras
ó saber serlo de veras,
ó refugiarse en la cúria.
¿Quieres una sola? Cástate!
dá dulce trégua á la lucha.
Busca compañera honesta
que en doméstica dulzura,
te haga olvidar tantas gracias
como por el mundo abundan,
y si entonces, desdichado,
se renueva en tí la furia
con que hoy á todas las hembras
desaladísimo buscas,
no uses más, te lo suplico,
de ese corazón de azúcar,
al cual desde este momento
debes de ponerle funda,
para que no se te ponga
como una breva madura.
Hasta que llegue ese instante,
que ojalá no llegue nunca,
diviértete y gasta poco,
prepara honesta coyunda
y si te casas, que sea
después que el exámen sufras
de la médica carrera
en sus cien asignaturas:
que pues todas las mujeres
son enemigas ocultas,
ya con tu título en mano
la defensa es más segura!

EUSEBIO BLASCO.

CABALLERO Y TROVADOR.

(ROMANCE.)

Hijastro de la fortuna,
aunque hijo de buenos padres,
trovador y caballero,
soy cisme de mis pesares.
Esclavo de una hermosa
que fué, del Ebro en la márgen,
aurora para mis ojos,
para mis deseos tarde,
rompí lanzas, hendí yelmos,
regué el suelo con mi sangre,
é hice al fin de mis amores
trofeo de mis combates.
Reveses del hado adverso
dejáronme sin lugares,
sin villas y sin hacienda,
mas no sin fiero coraje.
Sonó el clarín de la guerra:
era fuerza separarse;
y una noche, al tenue brillo
de las luces celestiales,
yo con el alma deshecha,
mi dama llorando á mares,
eterna fé nos juramos,
de Dios Cristo ante la imagen.
Antes que riese el alba
ricas perlas orientales,
ya marchaba el caballero
á buscar nuevos combates
que á su rey diesen más tierra
y á su dama honor más grande.
Cinó el rey su noble frente
de laureles inmortales;
yo ceñí el alma de penas,
del amor inseparables,
pues á quien ausencias llora
ya no hay pena que le falte.
Si combatí como bueno,
dígalo la hermosa Nápoles;
si fué tirana mi suerte
no lo dirá mi romance,
que no hay lenguas con que puedan
mis desventuras contarse.
Pasó el tiempo, y cuando al cabo
volvía á los pátrios lares,
corsarios de Berbería
cayeron sobre mi nave.
Mas el cielo que así prueba
de mi amor la fé constante,
pues la vida me ha dejado,
para algo quiere guardarme.
Rompí el cautiverio, puse
mi salvación en los mares,
y Dios me volvió á mi patria,
donde quiere que relate
pobrezas del caballero
y constancias del amante.

VALENTIN GOMEZ.

BODAS FECUNDAS.

Unidos por el amor
una noche se casaron;
pobres, los dos se llamaron
Necesidad y Dolor.

Fué su consorcio fecundo,
como de Dios bendecido:
de aquella unión han nacido
los géneos que honran al mundo.

E. SEGOVIA ROCABERTY.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION DE LA
FUENTE DE LLANOS Y ALCARÁZ.

Concha: si yo tuviera
la cítara de algunos trovadores,
y la divina inspiración me diera
ese beso de amores
con que electriza el alma que lo siente
y dá imágenes bellas á la mente,
al oído mil cosas te dijera,
dulces como el aroma de las flores
con que ufana se viste la pradera.

Porque vive tu nombre en mi memoria
como la esencia en ánfora guardada,
y una página bella de mi historia
me viene á recordar.—urna sagrada
donde encierro mis muertas alegrías,
memoria de tu suelo mejicano,
donde en felices días
ví en cada sér un generoso hermano.

Como la imagen de un ensueño vaga
apareciste ante mi vista entonces;
eras tal vez la venturosa maga
que las puertas girar sobre sus gonces
hiciste de un palacio allá en tu suelo,
para que viese el trovador hispano
que era tu patria un cielo,
que era el cielo del mundo americano.

¡Amiga generosa!
¿Quién que escuchó tu acento
y admiró tus virtudes, quién podría
tu recuerdo borrar del pensamiento?
En aras de la noche muere el día,
tachónase la bóveda de estrellas,
su dulce claridad la luna envía,
y amantes la rodean todas ellas;
mas, siguiéndola absorta la mirada,
persiguiendo sus pálidos fulgores
se detiene extasiada
y recuerda del sol los resplandores,
y tanta poesía
cede ante el astro que ilumina el día.

El cielo mejicano, esplendoroso,
á tus ojos dió luz, fuego á tu alma,
y hay en tu rostro hermoso
ese destello de su luz divina,
que al corazón doliente dá la calma,
y que al cariño y al respeto inclina.

Niña te ví, y en tu semblante bello
halló la fantasía
de la hermosura el sello;
y el pensamiento, en el crear galano,
que eras pensó, cuando tu rostro vía,
ángel puro del cielo mejicano;
y en su afán ardoroso y peregrino,
quiso alzarte loores
y alfombrar tu camino
con flores del land:—¡tímidas flores!

Hoy que el tiempo ha pasado,
que la niña es mujer, la mujer madre,
que á un amigo querido se ha ligado,
y que el amigo es venturoso padre,
digo á mi corazón quedo, muy quedo,
porque de alzar la voz no le dé miedo:

—No te has equivocado:
si un ángel la creiste, un ángel mira;
un ángel del hogar que vela amante
y amoroso suspira
por aquél á quien dió su fe constante;
un ángel de la guarda para el niño
que ha nacido al calor de su cariño.

¿Lo ves? Cuando hay asunto
para halagar tu oído
con música y con cantos seductores,
pongo en mi humilde relación un punto,
y perdones te pido,
pues no hallo en el jardín de mi memoria
para ensalzarte, flores,
ni en mi roto land cantos de gloria.

Me callo, y á manera de conseja,—
que bien las puede dar quien peina canas,
y va camino ya de Villa-vieja,
de menjurges, jarabes y tisanas,—
te diré que en la vida
en ángeles se truecan las mujeres,
en ángeles cual tú, que un ángel eres.
¿Cómo? ¿por qué anormal procedimiento?
¿de qué modo y manera?
—Dando abrigo en el alma al sentimiento;
teniendo la virtud por compañera.

JOSÉ E. TRIAY.

Habana; 15 de Abril 1880.

(1) Este precioso romance, escrito con el gracejo que distingue al Sr. Blasco, forma parte del volumen de sus poesías festivas que tiene en prensa la casa editorial de Fé y que verá la luz pública á principios del mes próximo.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
 Paris, 10, Rue St. Georges
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
 DE
JULIAN MORENO
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
 DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
 Y
 UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
 MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
 SASTRES.
 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.

DIESTIONES ARTIFICIALES
VINO
 BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
 PREPARADO CON
 PEPSINA Y DIASTASIS
 Agentes naturales é indispensables de la
 DIGESTION
12 años de éxito
 CONTRA LAS
 DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
 MALES DEL ESTOMAGO,
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
 ENFLAJECIMIENTO, CONJUNCION,
 CONVALENCIAS LENTAS,
 VÓMITOS...
 PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
 En provincia, en las principales boticas.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
 Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros
 Guanteros, etc., etc.

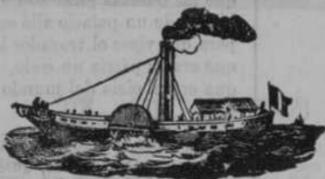
La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
 La "NUEVA SILENCIOSA"
 verdadera "Expeditiva" completa de 40 guías
 accesorios. Garantía 10 años.

MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS
 MÁQUINAS PARA PLEGAR, CLAVETEAR, etc., etc.

Maison A. RICBOURG (B. S. G. D. G.)
 Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla
 de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.
 (Envío franco de
 precios y Catalogo)
20, Boulevard Sébastopol, 20 (Envío franco de
 precios y Catalogo)
 Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

AVIS.

MM. les annoçants sont prevenus que les annonces et reclames qu'ils desiront faire passer á LA AMERICA doivent étre remis necessairement á l'Agence Perojo, 31, Boulevard Bonne-Nouvelle, la seule agence á Paris fermiere et des annonces et des reclames.



VAPORES-CORREOS TRANSATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
 PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
 Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
 Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
 Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
 Proveedor de S. M. la Reina da Inglaterra y de S. M. el Emperador de Rusia.
 1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA

REPARATEUR AU QUINQUINA
 Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.
 PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
 y en casa PINAUD, 37, boulev. de Strasbourg, Paris

El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.

PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
 Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
 Por Menor: En todas las Perfumerías y Peluquerías.

SIMILI-DIAMANTES.



Estas piedras, verdaderamente preciosas, de un agua muy pura, y de un fuego y brillo inmenso, sólo por medio de la prueba pueden distinguirse de los diamantes naturales. Expido libre de porte y de derechos.
 Un anillo, oro macizo, de 18 quilates, por 18 francos.
 Un par de zarcillos id. id. id. id.
 Botones para camisa id. id. la pieza 10 id.
 Fistoles para corbatas id. id. id. 16'50 id.

Además, expido por francos 0'75 mi álbum ilustrado, que, en 102 grabados, presenta los objetos de mi fabricacion, y puede satisfacerse este importe en sellos de correo.

Llamo la atencion, para precaverse de las imitaciones, pues sólo mis productos fueron premiados con dos medallas honoríficas.

Se reciben las entregas, por mi cuenta, en casa de los señores Olano y Compañía, Cármen, 38, Madrid, y en Málaga, en casa de los señores Rieu mont, Hermanos.

JULES LUTZÉ.

16 Boulevard Voltaire.—Paris.

OPRESIONES ASMA NEURALGIAS
 Tos, Catarrros, Contusiones, Asma, Cefalalgias, Cigarrillos Espic
 Curados Por los Cigarrillos Espic
 Aspirando el humo, penetra en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Registrar esta firma J. ESPIC.)
 Venta por Mayor J. ESPIC, 128, r. St-Lazare, Paris.
 Y en las principales farmacias de España: 21, la calle...

VIRUTAS DE ALQUITRAN
 del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.
 Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Calzarros, etc., etc.
 Deposito general: LIEUTARD & C^o, 88, Boulevard Sébastopol.
 Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

LA PESTE
 El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante enérgico y sin olor, muy superior al Fenol, Sanca y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canalones, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Púes la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1 fr. 20 tomada en Paris.
 E. FORCADE y C^o, 17, rue Grange-Batelière, Paris.
 POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Mayo de 1880.

	Pesetas.	Cénts.
ACTIVO.		
Efectivo metálico.....	101.783.539'39	
Caja. Casa de Moneda.—Pastas de oro	25.431.488'52	130.496.536'91
Efectos á cobrar en este dia. . .	3.281.509	
Efectivo en las sucursales.	70.771.093'11	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.	64.596.312'01	135.367.405'12
		265.863.942'03
Cartera de Madrid.	324.429.635'13	
Idem de las sucursales.	64.159.465'54	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.	385.353'71	
Bienes inmuebles y otras propiedades.	3.029.347'65	
Tesoro público: por amortizacion é intereses de los billetes hipotecarios.	3.347.500	
Idem idem: por amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.	10.131.269'41	
Idem idem: por id. id. de id., ley 3 Junio 1876, série exterior.	7.639.802'80	
Idem idem por id. id. de id., ley 11 Julio 1877.	7.568.916'25	
Idem idem: por id. id. de los bonos del Tesoro.	32.919.860'15	
		719.475.092'67
PASIVO.		
Capital.	100.000.000	
Fondo de reserva.	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.	97.006.950	226.057.025
Idem idem en las sucursales.	129.020.075	
Depósitos en efectivo en Madrid.	34.033.893'30	
Idem idem en las sucursales.	2.706.294'18	
Cuentas corrientes en Madrid.	147.422.357'39	
Idem idem en las sucursales.	45.620.851'28	
Dividendos.	147.422.357'39	
Ganancias y pérdidas. [Realizadas. 6.503.305'67]	7.940.878'02	
[No realizadas. 1.437.572'35]		
Pagarés del Banco, emision de 1.º de Mayo de 1877.	265.000	
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.	1.418.995'65	
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.	1.007.802'51	
Idem idem de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.	1.087.662'11	
Idem idem de las obligaciones, ley 11 Julio de 1877.	3.269.600'14	
Obligaciones de bienes nacionales cobradas con destino al pago de intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.	5.569.046'96	
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley 3 Junio 1876.	31.749.53.9'51	
Idem de idem para pago de amortizacion é intereses de los bonos del Tesoro.	46.651.437'38	
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.	9.626.550'52	
Diversos.	35.541.526'87	
		719.475.092'67

Madrid 31 de Mayo de 1880.—El Interventor general, Teodoro Rubio
 —V.º B.º—El Gobernador, Cabra.

BANCO DE ESPAÑA.

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupon de las obligaciones del Banco y del Tesoro, séries exterior é interior del Tesoro, sobre el producto, de aduanas, y de los bonos del mismo, se previene á los depositantes que quieran retirar los referidos cupones en rama se sirvan manifestarlo antes del dia 5 del corriente para que deje de cortarlos el Banco.

Este establecimiento, sin embargo, cortará y pagará el cupon corriente de los citados valores que se depositen con él hasta el 26 del actual.

Desde el dia 10 se admitirán en la Caja de efectos los valores que á continuation se expresan para el pago de intereses y amortizacion y por el órden siguiente:

Dias 10, 14 y 17, cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, série interior.

Dias 11, 15 y 18, id. é id. id. del id. id. exterior y aduanas.

Dias 12, 16 y 19, cupones de bonos y bonos amortizados.

Desde el 21 en adelante se admitirán toda clase de valores sin distincion.

Al respaldo de los efectos amortizados deberá ponerse el siguiente endoso: «Al Banco de España para su amortizacion y pago.» Fecha y firma del presentador.

Comprobados los efectos á que se refiere el párrafo precedente con sus respectivas facturas, se entregará el correspondiente documento al interesado con el señalamiento del dia en que ha de tener lugar por la Caja de efectivo de este Banco.

El pago de los intereses de los valores antes detallados depositados en este Establecimiento, se verificará desde el 2 de Julio próximo, y desde la misma fecha podrán presentarse en la Intervencion los depositantes con los resguardos respectivos á recoger el oportuno libramiento.

Los valores que habiendo sido amortizados formen parte de un depósito, deberán ser retirados por los interesados á fin de hacer por sí la presentacion de aquellos en la forma que queda establecida.

Los que deseen domiciliar en provincias el pago de intereses y amortizacion de las obligaciones y bonos, lo manifestarán por escrito al Banco hasta el 15 del corriente y á las sucursales y comisionados hasta el 22, expresando el número de cada uno de los efectos que hayan de domiciliarse; en el concepto de que pasados aquellos dias sin haberlo solicitado, solo se pagarán en la Caja de este Establecimiento los intereses y amortizacion.

Madrid 1.º de Junio de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

PIANOS BLONDEL



Paris, r. de l'Echiquier, 53
 Y en las principales Casas
 DE ESPAÑA Y AMÉRICA
 9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
 Pianos de Estudio y de Lujo

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
 DE LOS SEÑORES M. P. MONTOTA Y C.
 CANO 1.